



EMILY
DELEVIGNE

UNA
CHICA
MALA
PARA
DOREK

zafiro[♥]

Índice

Portada
Sinopsis
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Biografía
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Irina Maxwell es una reconocida modelo internacional que disfruta de su apacible vida junto a su hija Amy. De origen humilde, ha luchado mucho por darle a su pequeña un buen hogar, alejada de los hombres y de los múltiples problemas que causan... hasta que Dorek Nowak decide cruzarse en su camino una vez más.

Pícaro y terriblemente seductor, el marine Dorek sólo tiene un objetivo en mente: derribar las barreras que Irina levanta cada vez que lo ve. Para ello no dudará en utilizar las más sucias estrategias, dispuesto a todo por conquistarla.

CAPÍTULO 1

—Descríbeme en dos palabras cómo es tu vida, Irina Maxwell.

Irina miró detenidamente a la periodista que le hacía la entrevista; estaba impecable, tanto que su oscuro cabello parecía dibujado por un experto ilustrador. Si tuviese que ser sincera, diría «simple» y «aburrida», pero eso no era lo que deseaban de ella. Como modelo internacional, tenía que proyectar una gran imagen de sí misma... debía parecer independiente, pero no demasiado; fría, pero no excesivamente distante, y solidaria, aunque tenía que evitar pronunciarse sobre política. Además, era imprescindible que transmitiera seguridad, mucha seguridad.

Deseaba soltarse, dejar de ir tantas horas al gimnasio, reducir el número de viajes que hacía, pues eran demasiados, abandonar las estrictas dietas y renunciar a intentar ser perfecta en todo momento.

De todas formas, pensaba retirarse. Todavía era muy joven, apenas veintipocos, pero aquel mundo de la moda la estaba consumiendo, tanto que a veces echaba de menos tener un mínimo de tiempo libre y hacer planes «no planeados». Necesitaba la imprevisión en su vida, la irregularidad.

Forzando una sonrisa, se echó el pelo color azabache hacia atrás.

—Se me vienen muchas palabras a la cabeza, pero creo que escogería «feliz» y «libre»; estoy en uno de los mejores momentos de mi vida —dijo escuetamente.

—Gracias por todo, Irina.

—A vosotros.

Abandonó el gran edificio a toda velocidad y se puso las gafas de sol antes de salir al exterior. No, seguramente nadie la reconocería, no se trataba de eso; el caso es que siempre había tenido los ojos delicados, muy sensibles a la luz. Miró el reloj de su muñeca y fue lo más rápido que pudo a la cafetería ToloVe, donde había quedado con sus amigas. Aquel local pertenecía a una amiga de Grace y habían decidido quedar allí.

El negocio de Taylor iba tan bien que había contratado personal suficiente como para no tener que estar metida allí todo el día. Además, como estaba en su sexto mes de embarazo, Kevin tampoco quería que ésta se esforzara mucho. Ese día quizá les comunicaría a todas si se trataba de un niño o una niña. Por otra parte, la boda de Andrea estaba programada para realizarse en apenas un mes. Habían adelantado la fecha para que Taylor pudiese estar en ella lo más cómoda posible.

Andrea estaba luchando frenéticamente para conseguir cuadrarlo todo. Con una sonrisa, pensó en el futuro tan halagüeño que le esperaba a su amiga. Al menos le quedaba la independiente y fría Grace, quien no deseaba meter a nadie en su vida. Para ella, los sentimientos no traían más que problemas y anhelaba tener una existencia muy tranquila.

Cruzó un paso de peatones y las vio sentadas en la terraza, bebiendo animadamente. Taylor fue la primera en advertirla.

Alzó una mano.

—¡Ira, estamos aquí!

Todas se giraron y sonrieron. Violette tenía a *Pearl* sobre sus piernas, que ladró de forma muy escueta al verla también.

Llegó hasta ellas y se sentó entre Andrea y Taylor. Dejó su bolso a un lado, en un hueco, y suspiró.

—Ya estoy aquí, perdonad la tardanza.

—No te preocupes, cariño. Hemos pedido ya. Para ti, un *latte*.

Irina asintió con una sonrisa.

—Estupendo, gracias.

—¿Qué tal ha ido la entrevista? —Andrea dejó un pequeño cuaderno sobre la mesa, cerrándolo—. ¿Ha resultado muy pesada?

—Para nada, ha sido más fácil de lo que me esperaba. La campaña de trajes de baño y complementos está funcionando genial. Además, en este tipo de entrevistas no preguntan sobre la vida personal, por lo que... —Sonrió a su amiga y señaló el cuaderno—. ¿Qué es?

—Oh, ¿esto? Los contactos para mi boda: peluquero, flores... Es una locura todo lo que hay que preparar.

—Puedo facilitarte el número de Anthony. —Violette dio un sorbo a su té tras el ofrecimiento—. Fue quien preparó mi enlace. Con él, no tendrás que preocuparte de nada, aunque... es bastante caro. ¿Quieres su teléfono? Eso sí, no creo que quede mejor que la mía —comentó solemne.

Tay puso los ojos en blanco.

—Creo que sobrevivirá.

—Le diré que vas de mi parte, así te hará un descuento. —La exquisita rubia le guiñó un ojo—. Soy una clienta exclusiva. Me trata como debe.

Andrea aguantaba la risa, intentando parecer seria.

—Muchas gracias, Violette. Lo llamaré mañana, entonces.

—Por cierto, ¿soy la única que está tan mal con la alergia? —Grace habló por primera vez, luciendo unos ojos lacrimosos—. Estoy asqueada con el polvo y el polen. Las pastillas no me hacen efecto. Cambiando de tema, os anuncio que en unos meses voy a hacer la presentación de mi nuevo libro, ¿alguna de vosotras se animará a venir?

Ira la miró con los ojos como platos.

—¡Por supuesto! No nos habías dicho nada.

—¿Qué guarrada has escrito ahora? —Taylor sonreía—. Oh, no me digas, un bombero sucio y grande con problemas para apagar un fuego...

—Buena idea, pero no. —Grace sonreía con picardía, mordiendo la cañita de su batido de chocolate helado—. Marines.

—¿Marines? —Violette la miró fijamente durante unos segundos—. ¿Por qué?

—Porque las mujeres amamos a los hombres uniformados, casi todas. Y los marines son como los orgasmos: poco duraderos, pero muy satisfactorios. —Grace abrió su bolso cuando el móvil comenzó a sonar—. Perdonadme, espero una llamada de mi padre.

—Por supuesto. —Andrea asintió.

Al alejarse, Taylor la contempló con una ceja alzada mientras se acariciaba la barriga, que había crecido bastante en dos semanas. Llevaba una camiseta blanca de premamá y unos vaqueros que acentuaban sus nuevas curvas. Según ella, uno de los muchos beneficios que aportaba el embarazo era el aumento de los pechos y la cadera. Lo que Irina no le dijo fue que los

pechos, tras eso, quedaban estropeados y no volvían a ser los mismos. No, definitivamente no se lo explicaría..., no quería arruinar su espléndido momento.

—¿Sabéis qué? Algo me dice que aquí hay gato encerrado.

—¿Gato encerrado? —preguntó Violette.

—Algo sucio. Creo que entre Grace y Bryan ha habido... algo.

—¿Algo?

Taylor soltó una maldición que hizo voltear todas las caras hacia el grupo de amigas. Había perdido la paciencia.

—¡Demonios! ¿Cómo voy a hablar bien si ésta no me entiende?

—Lo estás haciendo genial, cariño. —Andrea sonrió—. Sigue.

—Han follado. Lo sé. Lo huelo.

—Yo no huelo a nada. —Violette parecía enfadada. Su perrita ladró antes de cerrar los ojos y quedarse dormida—. ¿Soy la única?

Suspirando, la embarazada continuó.

—Cuando Kevin y los demás se fueron, le pregunté si echaba de menos a Bryan.

—¿Y qué dijo? —Ira, sin poder contener la curiosidad, se acercó más a ella.

—Que no, que no estaba enamorada. Y creo que lo dijo de verdad, como si todo le diese igual.

—Bueno, es que no todo el mundo desea enamorarse, Tay. —Andrea llamó al camarero con la mano—. Grace está centrada en su carrera como escritora.

— ¿Y tanto gana como para poder vivir de ello?

—Suele estar en las primeras posiciones de ventas. —Andrea se encogió de hombros—. Podríamos preguntarle.

Grace volvió en ese mismo momento, sonriendo plácidamente. Se había rizado el pelo y, echándoselo hacia atrás, las miró a través de sus oscuras pestañas. Cualquiera que la viese diría que había estado tomando el sol o sesiones de rayos ultravioletas. Su olivácea piel brillaba bajo los rayos solares.

—Esta noche me toca trabajar hasta tarde. Pensaba quedarme durmiendo en casa, pero bueno...

—Yo debería irme. —Irina dejó unos cuantos billetes sobre la mesa—. Tengo que recoger a Amy.

—¿Tan pronto? —Andrea bufó—. Creía que comeríamos todas juntas.

—Prometo apuntarme la próxima vez. —Sonriendo, dio un beso a todas sus amigas. Luego miró de nuevo el reloj de pulsera—. Lo siento de veras.

Irina se fue con rapidez sin mirar atrás, cruzando un semáforo en rojo, lo que fue seguido por unos pitidos del coche que tuvo que frenar para no llevársela por delante. Sentía la mirada de sus amigas clavadas en su espalda, pero, ¡qué demonios!, el caso es que había visto un grupo de hombres altos, todos morenos menos uno de ellos, y estaba segura de quién se trataba...

Se comportaba como una niña, lo sabía, pero la mejor forma de seguir con su apacible vida era manteniendo alejado a Dorek de ella. Oh... Dorek, aquel marine de ascendencia polaca... con su cálida mirada siempre siguiéndola a todas partes, o su pelo rubio, tan brillante que muchos modelos masculinos matarían por tenerlo, incluso mujeres... o sus fuertes brazos cubiertos de aquel vello arena, o su ancha espalda... ¡Diablos, Dorek era su tentación personalizada!

Y no había nada que ella pudiese hacer para evitarlo.

Bueno, sí... correr.

Lo que estaba haciendo en ese momento.

Las cosas no podían ser tan fáciles como él quería hacerlas parecer. Irina llevaba mucho vivido, sobre todo con los hombres. Si ya de por sí su vida no había sido fácil con un padre que la abandonó al cumplir los tres años, ser criada por una estricta mujer de California debería haber sido un delito. Su madre, enfadada por el abandono de su padre, había intentado hacer de Irina una mujer fuerte e independiente, que no necesitase la compañía masculina.

Siempre se preguntaba dónde podría estar su progenitor y si realmente habían sucedido las cosas tal y como las contaba su madre.

Ella quería oír las dos versiones.

Estirando el cuello y moviéndolo de un lado a otro, tuvo la sensación de tener un par de ojos clavados en la espalda.

Anduvo durante veinte minutos, hasta llegar a la escuela. Con casi cuatro años, Amy era el fruto de una relación con un español que no había salido nada bien, quien, de hecho, ya había rehecho su vida con otra mujer. A

veces envidiaba la rapidez con la que algunas personas conseguían olvidar a otras, rehacer sus vidas y no mirar atrás. Ira cometía el enorme error de mirar una y otra vez hacia el pasado.

Una de las profesoras del colegio estaba en la puerta, fumando. La llevaban tres hermanas que se habían ganado una buena fama en apenas pocos años. Su profundo amor y comprensión por los niños, además de las excelentes referencias, habían convencido a Irina de inscribir allí a su hija.

Natalie sonrió.

—¡Irina! Vienes antes de lo normal.

—He terminado por hoy. ¿Se ha portado bien?

—Genial, como siempre. —Natalie apagó la colilla en un cenicero y allí la dejó—. Hemos insistido con su español, pues hoy venía la chica de Barcelona, ¿te acuerdas de ella?

—Claro. —En realidad, no sabía de quién le hablaba. Hizo un esfuerzo para recordar mientras la seguía al interior del pequeño colegio.

Si tuviese que describir cómo era el centro, las palabras que utilizaría serían «cálido», «acogedor» y «colorido». Los pasillos estaban iluminados por ventanas en el techo que dejaban ver el cielo azul, aunque podían taparse con toldos. Las paredes estaban decoradas con dibujos de los niños y las niñas, entre los que reconoció uno de su hija Amy. Con una sonrisa, saludó a la chica que se encontraba en recepción, organizando cientos de papeles.

A continuación observó las puertas que dividían las distintas clases. A través de los cristales podían observarse las diferentes clases, desde los más pequeños hasta los más mayorcitos, de seis años. Finalmente llegó a los de tres y cuatro. No necesitó mucho tiempo para dar con el pelo rubio de su hija.

Amy dibujaba con muchos colores mientras un chico pelirrojo hablaba con ella, haciendo exagerados gestos que le sonsacaron otra sonrisa.

Cuando Natalie, la profesora, abrió la puerta, la atención de todos se enfocó en ellas.

—¡Mamá!

—Amy, hoy te vas antes. Tu mamá está aquí. Recoge tu sitio y coge tus cosas, cariño. Perdona la interrupción, Victoria.

La profesora de español sonrió. Irina no conseguía recordarla, aunque sus ojos casi negros le parecieron familiares.

—No te preocupes, ya casi hemos acabado. Amy va muy adelantada. ¿Verdad? — preguntó lo último en español, haciéndola reír.

—Sí. —La dulce voz de la niña la embriagó, estremeciéndola.

En poco más de dos minutos salía del centro de la mano de su hija. El brillante sol de primavera impactaba contra ella, calentándolas.

—¿Qué has hecho hoy?

—Hemos repasado los saludos en español y luego hemos estado haciendo...

Irina escuchaba con atención a su parlanchina hija cuando, al pararse en un semáforo en rojo, trastabilló con los zapatos de tacón blancos que llevaba. Una ambarina mirada estaba clavada en ella, y no parecía precisamente muy amigable. Cerró los ojos y apretó los párpados, segura de haber visto mal.

Iba a abrirlos cuando...

—Oh... ¡mamá, mamá! ¡Es Dorek, es Dorek! Mira, ¡cuánto tiempo sin verlo! Viene a saludarnos.

El semáforo se había puesto en verde, pero no cruzó. Tenía la suficiente educación como para no darle un plantón delante de todos los que se encontraban allí. Alzando la cabeza y tensa como la cuerda de un violín, se obligó a sonreír cuando lo vio caminar hacia ellas, con las manos metidas dentro de los bolsillos de los pantalones negros.

Por todos los santos, qué guapo era...

Su pelo rubio estaba despeinado, como si se hubiese pasado las manos varias veces por él. Llevaba una camiseta blanca que marcaba todos y cada uno de sus trabajados músculos, haciendo que más de una transeúnte se parara a mirarlo. Y su forma de andar... tan felina..., los anchos hombros, los fuertes brazos cubiertos por vello dorado... ¡Maldición!, incluso la forma en que los rayos del sol incidían sobre él resultaba atractiva... Ninguna portada de revista conseguiría tal perfección. Era todo lo que una mujer podía desear.

Curvó las comisuras de la boca hacia arriba.

—¡Dorek! —Amy se lanzó a sus brazos.

Él la cogió y la subió sin ningún problema sobre sus hombros, colocando cada pierna a un lado de su cabeza.

—Pero, bueno, ¿quién es esta chica tan guapa? ¡¿No será Amy?! Has crecido mucho.

—Te hemos echado mucho de menos, Dorek.

—¿Tu mamá también? —La ronca voz del hombre la confundió.

—Las dos —afirmó la madre con sinceridad, sonriendo relajadamente—. Hemos estado ocupadas. Sólo eso.

—¿Sí? Entonces, si os invito a comer, supongo que aceptaréis. No soportaría irme sin estar un rato más con vosotras. Incluso os dejo elegir.

Irina frunció el ceño, sorprendida ante la inesperada proposición. Amy no tardó en exclamar efusivamente muchos síes antes de mirarla fijamente con sus grandes ojos tostados. Si decía que no, acabaría siendo ella la bruja del cuento y su hija dejaría de hablarle durante las dos próximas horas.

No se sintió enfadada, sabía que Dorek quería algo con ella. Lo había dejado claro desde la primera vez que se vieron, cuando Scott y Andrea se reencontraron. Lo malo era que no sabía exactamente para qué y, además, Irina le cogía demasiado cariño a la gente y, cuando las personas salían de su vida, la dejaban mal. Así que se dijo que, si no se trataba de algo realmente serio, no pasaría por aquella transición.

Sin salida, accedió.

—De acuerdo, si es lo que quieres...

—Por supuesto, insisto.

—¿A dónde nos vas a llevar? —preguntó Amy sin hacer amago de descender de sus hombros.

—Cariño, bájate. Vas a hacerle daño.

—¿Estás bromeando? Apenas la noto.

Tras asentir, comenzaron a andar. Mientras caminaban, Irina se sorprendía a sí misma de las bromas que compartían. Tenían tanta química... Ira frunció el ceño. Ella nunca había tenido esa facilidad para hablar con los hombres. Generalmente se trababa, perdía el hilo de la conversación e incluso acababa nerviosa, pensando en si lo que decía tenía sentido o no. Su idioma materno era el ruso y, aunque hablaba un inglés fluido, temía no dominarlo nunca del todo.

Gracias a los pocos recuerdos que tenía de su padre, sabía que había sido un comandante ruso que, tras conocer a su madre durante unas vacaciones, decidió formar una familia. Su madre se trasladó a Rusia con él. Ella nació allí y pasó los primeros años de su vida en aquel país, hasta que él se fue.

Desapareció. Sin explicaciones. Le había pasado la pensión sin retraso alguno, pero poco más. No fue a verla ni preguntó jamás por ella. O eso era lo que Irina había vivido. Sin embargo, no iba a mentir, eso no había supuesto un gran peso para ella, no cuando su madre se había encargado de hacer todo lo posible por hacer de ella una mujer fuerte.

Desgraciadamente, no lo había conseguido.

Su madre, Katherine, estaba enamorada de Amy, aunque más de una vez había dicho lo que Ira también había pensado... Una circunstancia que parecía repetirse en las mujeres de la familia de Irina: todas acababan solas y con hijos. Ella no quería eso para su hija. Amy era tan dulce y pequeña que tener que pasar por el trago de que su pareja no quisiera estar con ella...

Con todo, en la actualidad Katherine estaba empezando a relacionarse con un hombre que había conocido a través de la aplicación Tinder. Parecía irle bien, aunque, como siempre, su madre se andaba con pies de plomo.

—¿Qué te parece, Irina?

La aludida sacudió la cabeza y los miró.

—¿El qué?

—Optar por un restaurante italiano. Me muero de ganas de ir, y Amy opina lo mismo. ¿Te parece bien?

—Oh, claro, por supuesto. Me encanta la comida italiana.

—Es ese de ahí. —Dorek señaló un establecimiento con un gesto de cabeza.

Se trataba de un gran edificio con la bandera de Estados Unidos y la italiana en la entrada. De ladrillo de color verde oscuro, se veía elegante y caro. Muy caro. Y aunque ella podía permitírselo perfectamente, que Dorek las invitase no le sentaba del todo bien. Los pulcros cristales dejaban ver un interior fantásticamente decorado al estilo siciliano, con mesas oscuras de madera y manteles blancos que hacían un precioso contraste.

Un toldo verde los recibió, dejando de sentir los rayos del sol sobre el rostro. Nada más entrar, un camarero moreno de ojos verdes les sonrió.

—Dorek, ¡qué alegría! Veo que vienes muy bien acompañado.

Amy soltó una risita antes de sonrojarse.

—Vamos a ser tres y eso no cuadra con mi reserva, espero que no suponga ningún problema —dijo con una sonrisa mientras la miraba.

—Para nada. Os acompaño a vuestra mesa.

El suelo era de parquet barnizado y deslumbraba incluso más que las ventanas. El increíble olor a pasta fresca llegó hasta ella. Su estómago rugió con fuerza, pero por suerte no lo oyeron gracias a la suave música que los rodeaba. Había muchísimas personas comiendo: parejas, amigos y familias. Ellos parecían una de éstas, se dijo Irina observando de reojo cómo Dorek bajaba a la pequeña de sus hombros para luego darle la mano.

La conexión entre ambos era muy profunda. Quizá se debía al aura de tranquilidad que desprendía, que hacía que los niños, y las personas en general, confiaran en él.

Llegaron hasta una mesa que daba a un enorme jardín con un patio de piedras y una fuente. ¡Vaya!, llevaba años frecuentando esa zona y nunca se le había ocurrido entrar en ese establecimiento. La pequeña fuente estaba ubicada en el centro y tenía forma de olas de mar y una sirena en medio. Además de bonita, refrescaba el ambiente.

—¿Qué te parece? —Dorek le retiró la silla para que se sentara.

—Gracias. —Le sonrió—. Me encanta.

—Me alegro. —Hizo lo mismo con Amy—. Es uno de mis restaurantes favoritos. Os va a encantar la comida.

—La verdad es que...

Irina dejó de hablar cuando le pareció oír la inconfundible voz de Taylor. Miró hacia la puerta y allí estaban todas sus amigas, acompañadas por Kevin, Scott, Bryan y Duncan. Frunciendo el ceño, sonrió con incredulidad. ¿Qué demonios hacían allí? De repente, se vieron rodeados por todos ellos, que se encargaron de hacer que unieran más mesas para cenar juntos. Vio cómo Dorek negaba con la cabeza antes de pegarle un juguetón puñetazo a Kevin en el hombro.

—No puedo deshacerme de vosotros.

—Ha sido casualidad —intervino Taylor—, pero no te preocupes, te vas a sentar al lado de Ira.

—No seas grosera, Tay. —Andrea cogió sitio entre Scott y Violette—. Nosotras te dejamos en paz cuando ibas detrás de Kevin.

La rubia puso los ojos en blanco.

—Eso no quiere decir que yo tenga que ser igual.

—Compórtate. —Grace sonreía—. O, al menos, inténtalo.

—¿Y lo dices tú, que hiciste un vídeo porno? —Taylor puso los ojos en blanco de nuevo—. Oh, rayos, dejad de mirarme. Deberíamos hacer uno, Kevin.

—Deberías dejar de gritar.

—Yo no grito, Ira. Yo alzo la voz. —Cogió la carta—. Me muero de hambre... ¡oh, lasaña!

—¿Hay lasaña? —Grace cogió otra carta—. Está tan rica, caliente, y la bechamel...

—Oh, Dios mío. —Andrea soltó una risita—. Creo que soy la única cuerda del grupo. Tú también, Ira.

Violette frunció sus carnosos labios. Luego miró a su enorme marido.

—Debería comer algo que no engordase mucho.

—Por un día, no te va a pasar nada. —Duncan le cogió la mano—. Vamos a compartir algo.

—¡De ninguna manera! —Retiró su cuidada mano, en la que lucía su manicura francesa—. Sigo enfadada contigo, me has hecho dejar a mi pobre *Pearl* en casa.

—No puede entrar aquí, Violette. —Scott intentaba contener la sonrisa mientras la aludida lo observaba detenidamente.

—Pues ahora me odia.

—Se quedó dormida en el sofá. —Duncan gruñó algo ininteligible antes de llamar al camarero—. Pidamos las bebidas.

El camarero de antes volvió a acercarse y, tras tomar nota, se fue para dejarles unos minutos más para que decidieran qué iban a almorzar. Irina tenía sentimientos encontrados; por una parte se alegraba de que todos hubiesen llegado y el aspecto de «cita» hubiese desaparecido, pero, por otra, temía haber perdido una gran oportunidad de llegar a conocer a Dorek más profundamente.

Mientras hacía como que leía la carta con Amy, miró de reojo a Dorek. Éste charlaba animadamente con Scott, soltando unas risas mientras hablaban de fútbol. Nerviosa, tragó saliva.

—Mamá, ¿puedo pedir espaguetis a la carbonara?

—Por supuesto, cariño.

—¿Qué vas a pedir tú, tía Tay? —preguntó la niña mirando a su rubia amiga.

—Pues creo que lasaña, ¿y tú, guapa? ¿Sólo espaguetis? Aprovecha que tu madre tiene dinero y pide...

Perdiendo el hilo de la conversación, Ira dio un pequeño salto cuando alguien la tocó. Era Dorek. Sonriendo, intentó que su voz no temblara.

—¿Sí?

—¿Confías en mí? Prometo que pediré algo muy bueno.

Vaya, eso no se lo esperaba...

—¿Algo bueno?

—Muy bueno —enfaticó con su marcado acento.

Sonrojada, asintió tímidamente antes de desviar la mirada y ser consciente de que todos estaban pendientes de ellos. Mortificada, ignoró la sonrisa de Taylor y cerró la carta, mirando a Grace, que conversaba con Bryan sobre algo. Él tenía toda la atención puesta en ella, observándola con detenimiento y un peculiar brillo en sus bonitos ojos celestes.

—Grace, ¿has encontrado por fin la camiseta que andabas buscando?

—Oh, sí, gracias. La compré *online*, pero en otro color.

Cuando la atención de todos pareció dispersarse, Irina respiró hondo. Amy hablaba con Andrea en ese momento, mientras ella lo hacía con Violette, cuya preocupación estaba centrada en su perrita y el hecho de haberla dejado en casa. Iba a preguntarle a Andrea cómo iban los reportajes en la revista cuando su móvil sonó.

—Disculpadme, sólo será un segundo.

—Nosotras nos quedamos con Amy. —Andrea asintió con una sonrisa tranquilizadora.

Tras salir del restaurante, se sorprendió al ver el número de su madre. Conteniendo un suspiro, cogió la llamada.

—¿Mamá?

—¿Irina? Tu padre me ha llamado.

Katherine siempre había sido directa; odiaba no ser entendida a la primera y le daba igual si para ello tenía que lastimar o remover viejos recuerdos... como estaba haciendo en ese instante. Como si le hubiesen

echado encima un balde de agua fría y sintiendo una gran expectación, cogió aire.

Su padre nunca se había puesto en contacto con ellas o, si lo había hecho, su madre jamás se lo había dicho.

—¿Pasa algo?

—Por algún extraño motivo que no logro comprender, quiere ponerse en contacto contigo.

—Y... ¿le has dado mi número de teléfono?

—Sí, ¿qué remedio? Si no, tarde o temprano lo habría conseguido por otros medios. Sólo quería avisarte.

Su fuerte y femenina voz fluyó con suavidad, aunque fría. De un momento para otro, sintió el corazón latiendo cada vez más rápido, golpeando contra su pecho. Incluso percibía cierta rudeza al coger aire, como si tuviese la garganta irritada. ¿Su padre quería saber de ella? ¿Ahora?

—Lo siento, Irina.

—No te preocupes, mamá. Ya te llamaré.

—De acuerdo. ¿Todo bien?

—Sí, cenando con el escuadrón —dijo con una débil sonrisa. .

—Pásalo bien, cariño.

Tras colgar, entró de nuevo en el restaurante, pero esta vez con el estómago completamente cerrado. ¿De verdad su padre quería saber de ella? ¿Y por qué ahora? Ya era demasiado tarde como para recuperar el tiempo perdido. ¿Se habría cansado de dejar a mujeres embarazadas a su paso y de abandonar familias, y por ello quería establecer relaciones con sus hijos? Aquel cruel pensamiento pasó fugazmente por su cabeza antes de desterrarlo a lo más profundo de su mente.

Ella no era así. Irina no era cruel.

Hablaban por ella todos aquellos recuerdos en los que había echado en falta la figura paterna.

—Ira, ¿va todo bien?

La voz de Taylor penetró en sus pensamientos. Sacudió la cabeza y sonrió.

—Por supuesto, no era nada importante —murmuró ocupando su sitio.

CAPÍTULO 2

—Perfecto, hemos terminado.

Irina se alejó de los focos donde se había hecho las fotos para la temporada de bikinis de la compañía para la que llevaba trabajando un año. Le dieron una suave bata de seda rosa palo y se fue hacia su camerino, sabiéndose el camino de memoria. Trabajadores y más trabajadores pasaban con rapidez a su lado, recogiendo el escenario donde había estado tumbada para la sesión fotográfica.

Habían recreado una playa paradisíaca en la que, echada sobre la arena, había mostrado complementos y algunos modelos. En unas semanas viajaría para protagonizar un pequeño anuncio televisivo, en el que tendría que correr cerca de la orilla, mojarse y sonreír.

Cada vez quedaba menos para las vacaciones de verano y Amy se iría a España para pasarlas con su padre. Ira solía aprovechar esa época del año para trabajar mucho y, si luego disponía de tiempo libre suficiente, más tarde también se reunía con ellos, alquilando una casa de playa en Huelva. A Carlos y a su mujer no les importaba.

Una vez dentro de su camerino, fue hasta el final del pasillo para darse una ducha. Se puso su ropa con celeridad y salió del estudio.

Cuando salió al exterior, cerró los ojos e inspiró. Una suave brisa nocturna le movió los mechones sueltos del flequillo y también le refrescó la nuca. Se había hecho un moño rápido para evitar la molestia del pelo y así no tocárselo más. Ya se lo habían manoseado bastante durante la sesión.

—Así que al fin sales; te he estado esperando.

Irina miró hacia la derecha, de donde procedía aquella reconocible voz masculina. Era Dorek, que estaba apoyado en la pared, cruzado de brazos. Llevaba unos vaqueros oscuros que estilizaban aún más sus largas piernas.

Además, una camiseta gris corta le daba un *look* informal pero arreglado que le agradó; parecía uno de esos misteriosos hombres que se pierden entre la gente en las grandes calles americanas sin dejar rastro, como fantasmas.

Sonriendo, fue hacia él.

—¿Qué haces aquí?

—Podemos decir que he extorsionado a cierta amiga tuya que se muere de ganas de facilitarnos que pasemos un tiempo a solas —respondió con una traviesa mueca.

Ella suspiró pesadamente.

—Taylor.

—Esa misma, sí. —Él sonrió cálidamente, enturbiándole la mente durante unos segundos—. Amy está con Andrea, por lo que puedo invitarte a cenar sin que me digas que no.

—O puedo hacerlo. —Alzó la barbilla.

—Cierto, puedes.

Irina negó con la cabeza y le hizo un gesto.

—Vamos, te llevaré a un buen sitio de comida rusa.

—¿Comida rusa? —Dorek se puso a su lado, caminando con las manos metidas dentro de los bolsillos—. Creo que me gustará.

Durante los quince o veinte minutos que duró el paseo, Irina se limitó a responder con escuetas palabras a lo que le preguntaba para después plantearle cuestiones a él. Estaba cansada, aunque tenía ganas de conversar con alguien, relajarse, olvidarse del mal día que había tenido debido al poco tiempo que se dedicaba a sí misma o a su hija. Cada día odiaba más su trabajo, aunque en ocasiones lo amaba tanto que temía acabar tomando la decisión equivocada.

—Estás perdida.

Irina dejó de observar a los paseantes para clavar sus ojos en él.

—No, no lo estoy.

Dorek dejó de caminar, ella se paró también.

—Irina, sabes que, si te sientes incómoda, me lo puedes decir, ¿verdad? No tienes que sentirte obligada a cenar conmigo.

—No te preocupes, sólo estoy relajada. Adormilada, quizá —dijo educadamente.

—¿Segura?

Dorek seguía sin moverse. Ella lo miró de reojo y, tras sonreír, lo cogió de la mano para tirar de él.

—Vamos, tengo hambre.

Tras llegar al pequeño restaurante, Irina saludó a Dima, diminutivo de Dmitry. Era un camarero ruso que llevaba unos años viviendo en Estados Unidos. Ella le había echado una mano con el idioma al principio, aunque él rápidamente lo había dominado, en apenas un año, y, si no fuese por el acento, podría decirse que era de allí.

Sus cálidos ojos castaños brillaron al descubrirla.

—¡Irina! Me alegro de verte; pensaba que esta semana no vendrías — dijo en ruso.

—Ha sido casualidad —respondió en inglés y miró a su acompañante—. Dorek, él es Dmitry... y viceversa. Lamento ser tan descortés, pero tengo que admitir que me muero de hambre...

El ruso sonrió y estrechó la mano del marine.

—Un placer. Os llevaré hasta vuestra mesa.

Dorek asintió y sonrió. Los acomodaron en una esquina, alejados de las demás mesas. El mantel de color azul noche con una suave tela en el centro de color blanco hacía de ella una mesa preciosa. Tras sentarse, agradeció al polaco con un gesto de cabeza que le retirase la silla.

Con sus grandes manos, agarró la carta y frunció el ceño. Ira intentó no sonreír ante lo arrebatadoramente atractivo que lucía al estar tan concentrado y se aclaró la voz.

—¿Confías en mí? —susurró ella curvando los labios.

Él levantó los ojos de la carta y la miró.

—¿A qué te refieres?

—A la comida. Déjame que yo la elija. Te prometo que te encantará.

Dorek hizo una juvenil y divertida mueca que le sonsacó una carcajada.

—De acuerdo, Irina. Haré lo que nunca he hecho: confiar en los gustos culinarios femeninos.

—No te arrepentirás. —Tras llamar a Dima con un gesto de la mano, le dio las dos cartas y, sin dejar de mirar a su acompañante, murmuró—: Tráeme lo que pido siempre, pero duplicado.

Dima sonrió mientras apuntaba en una pequeña libreta.

—Diría «buena elección», pero casi siempre escoges lo mismo.

—Quiero impresionarlo. —Se encogió de hombros.

Quedándose a solas, Irina se planteó la idea de dejarlo todo claro. Se respiraba una atmósfera muy tranquila y amistosa entre ellos y quizá no se le volviese a presentar una ocasión como aquélla. Cierto era que su vida era bastante cómoda y envidiable, aunque aburrida y monótona, pero ella no vivía sola. Tenía a su hija. Eso, sumado a que sus relaciones siempre acababan mal, la hacían preferir mantenerse al margen. Sobre todo si el hombre en cuestión era militar, como su padre.

Un miedo interno a que se volviese a repetir la misma experiencia que vivió su madre con ella la echaba atrás. Aunque Dorek era diferente; no iba a encasillarlo en el típico rol masculino.

—Dorek, yo... Mira, agradezco tu insistencia —lo miró fijamente a los ojos, maldiciendo en ruso que fuesen tan cálidos y tentadores—, pero no quiero tener nada con nadie. Ni rollos ni relaciones serias. Tengo a Amy y quiero seguir con mi vida tal y como está. ¿Me entiendes?

Si por algo se caracterizaba era por decir lo que pensaba de forma clara, pero respetuosa. Era directa, aunque para nada había sido así siempre. De adolescente, los rasgos que más habían destacado en ella habían sido la timidez y la desconfianza.

—¿He hecho algo que no te haya gustado?

—Oh, no, por Dios, para nada. —Sin poder aguantar la intensidad de su mirada, clavó los ojos en sus uñas azul oscuro—. Pero... me he criado sin padre, Dorek. Mi madre tuvo el suficiente respeto como para no traer cada día a un hombre diferente a casa y creo que por eso nos fue tan bien. —Suspiró y murmuró—: Me gustaría que nos fuese así a nosotras.

—Pero Amy ya me conoce.

—Cree que somos amigos.

—¿De qué tienes miedo, Ira? —Dorek estiró la mano y jugueteó con un mechón de su oscuro cabello—. Temes enamorarte de mí y que te rompa el corazón, aparte de desaparecer de la vida de Amy, cosa que no va a pasar.

Irina sonrió tímidamente.

—Scott y Kevin no te dejarían.

—Aparte de eso, yo no soy así. Y me molesta que pienses eso.

Alzando una ceja, no añadió nada más. No iba a convencerla. Sí, era un buen hombre, eso no era discutible. Pero, a la hora de irse, quienes lo pasaban peor eran los niños, y Amy era feliz, muy feliz, pero le había costado sudor y lágrimas conseguirlo, pensó amargamente... Muchas relaciones que, tras una noche de sexo, había decidido romper con rapidez.

—No quiero hablar de esto. Lo siento.

En ese momento llegó Dima con *zakuski*, unos entremeses que en este caso consistían en una ensalada hecha con patata, remolacha, zanahoria, huevo y mayonesa, en diferentes platillos. Humedeciéndose los labios, aprovechó los escasos segundos que Dorek dedicó a coger los platos que había traído el camarero ruso y lo observó. O mejor dicho, lo devoró con la mirada... desde su pelo rubio, que deseaba acariciar, hasta sus labios.

Que no fuese a incluirlo en su vida no quería decir que no pudiese deleitarse con él... visualmente.

Se moría de ganas por probarlos otra vez, como en aquella fiesta donde la había besado, en el cuarto de baño. Tan fuertes y tiernos, tan calientes y adictivos. Sintió un suave cosquilleo por el cuerpo. Notó los pechos pesados contra la camiseta y se inclinó.

Y esos brazos, poderosos, con aquel vello rubio claro, y el fuerte pecho que se escondía bajo su camiseta... ancho, musculoso, trabajado por el ejercicio diario que hacía. Lo único que la echaba para atrás era que fuese militar. Su padre lo había sido y la vida que había llevado... no era precisamente respetable. No tras abandonar a su madre y a ella misma.

Si pudiese, aunque fuese unos segundos, acariciarlo, observar su gran cuerpo desnudo, sentir lo que era practicar sexo de nuevo con una persona que significara algo para ella... Cogiendo aire, cruzó las piernas y cerró los ojos unos instantes. Sentía una potente palpitación en el centro de su intimidad. Estaba mojada, y ni siquiera la había tocado.

Su olor fresco, limpio y masculino llegó hasta su nariz.

¡Por todos los santos...!

—Joder...

—Irina, ¿estás bien?

Asustada, levantó la mirada. Dima también parecía confundido.

—Por supuesto —musitó.

—Aquí está, disfrutad chicos. Os traigo el siguiente plato después.

Asintiendo, comenzó a comer sin atreverse a levantar la mirada de su comida. Masticaba y tragaba, bajo la atenta mirada masculina. Debería soltar un comentario, como que todo estaba delicioso o que hacía algo de frío por el aire acondicionado.

Se miró las uñas, perfectamente cuidadas tras la sesión, y odió la perfección que la rodeaba.

—Estás tensa.

Movió el cuello de un lado a otro, sin mirarlo.

—No te preocupes. —Sonrió.

—Puedo hacerte un masaje —susurró sonriente, sin pizca de maldad...
¿O sí?

Irina estuvo a punto de volcar el vino cuando lo miró a los ojos. ¡Oh, cielo santo! Brillaban, con mucha intensidad. Y ella sabía por qué. La deseaba. Y ella a él. Muchas mujeres del restaurante lo miraban, sorprendidas al ver tanta masculinidad y perfección en una sola persona. Dorek era de esa clase de hombre que toda fémina se gira dos veces a mirar.

—Tus ojos brillan, Ira.

—Me acabo de echar colirio —mintió rápidamente, acostumbrada a dar excusas—. Llevo lentillas.

—No te he visto hacerlo. —Sonrió—. Eres una mentirosilla. Pensaba que ésa era Taylor.

—Y yo no sabía que tú fueses tan entrometido —murmuró alzando la barbilla.

—Intento conocerte mejor, pero no me dejas.

Dorek desvió la mirada y la paseó por el restaurante. Parecía cansado y ella no pudo evitar sentirse culpable. Estaba a la defensiva y estaba pagando su mal genio con él.

—Lo siento, a veces olvido que no soy la única que tiene un trabajo estresante. Todos lo son. —Estiró la mano y la posó sobre la masculina, atrayendo su atención—. ¿Qué tal tu día?

Él se acercó a ella, besándole la palma de la mano para luego mantenerla sujeta. Ella se sonrojó.

—Muy cansado, pero bien. Gracias.

—Veo que no soy la única reservada —bromeó antes de retirar la mano y continuar comiendo. Miró su plato e hizo una mueca—. No te gusta, ¿verdad? A veces se me olvida que la gastronomía rusa es... especial. Dima. —Hizo un gesto con la mano—. Ven cuando puedas. Lo siento... —Hizo un mohín con los labios.

—No te preocupes. —Sonrió—. Quizá el siguiente me guste.

—No lo creo. ¿Sabes? Tienen pasta, hamburguesas y perritos calientes.

—Buena idea, creo que me pediré uno —dijo asintiendo, esperando a que el camarero llegara.

—Uno, ¿de qué?

Al ver cómo se cruzaba de brazos, intentó no decir una barbaridad al percatarse de lo grande que se veía. Demonios, necesitaba, y ya, tener una pequeña y fácil aventura. No con Dorek, no; él era su amigo, pero sí necesitaba a alguien, quitarse toda aquella química sexual y poder alejarse por fin otros meses del sexo masculino.

—De cada uno.

Una hora más tarde, ambos llenos, Irina pidió otra copa de vino. Se encontraba relajada, casi hechizada por la voz de Dorek y la hermosa canción que sonaba. Cerró los ojos y tarareó distraídamente, pasando los dedos por la suave tela del mantel.

—Déjame adivinar. —La voz del polaco se coló en sus pensamientos. Alzó la vista e intentó no intimidarse ante la intensidad de la suya—. Te gusta Ed Sheeran.

—Es mi cantante favorito —admitió sonrojada—. Y *Photograph*¹ es mi canción preferida. Fue la primera que Amy se aprendió de memoria, sin contar las canciones infantiles.

—Lo recordaré. ¿Sabes, Irina? Eres una de las pocas mujeres que se sigue sonrojando. Eres inocente. Muy inocente.

Sonriendo, movió la cabeza de un lado a otro.

—Los rusos somos diferentes.

—¿Tus padres son rusos?

—Mi madre es estadounidense. —Sonrió sin mirar a ninguna parte—, mi padre es ruso. Y aunque pasé los primeros años de mi vida en Rusia, la verdad es que no lo recuerdo, ni siquiera recuerdo haber estado alguna vez con él. Era comandante en el ejército ruso. Creo que se retiró hace poco tiempo, no lo sé. Mi madre tampoco quiere saber de él.

—Así que te criaste sólo con tu madre.

Ira se preguntó por qué querría saber sobre ella. Su infancia no había sido cruel, sólo solitaria. A pesar de lo fría que había podido ser Katherine, había sido una madre estupenda. Nunca le había faltado nada. Con una sonrisa, recordó el día en que su madre se presentó tarde en una función del colegio. Al verla allí, seria, con un moño tirante y sus cuadradas gafas, el corazón de Ira había dado un brinco, pues no se había esperado su presencia en aquella representación... O cuando recibió burlas por tener problemas con el inglés; Katherine la defendió con una fuerza y firmeza que consiguió hacer cesar las burlas y apartar a los niños crueles de su camino. Intimidaba, y mucho.

La mano cálida y grande del polaco sobre la suya la sobresaltó.

—¿Irina?

—Lo siento, estaba rememorando algo. —Dorek sonrió y miró la mano. Acarició sus dedos con los de ella, entrelazándolos. Por supuesto, inconscientemente.

—¿Un recuerdo feliz?

—Ajá, un recuerdo feliz. ¿Sabes?, a veces, criarse sin un padre al lado no resulta tan malo. —Lo miró y pensó por qué era tan guapo... de quién habría heredado aquellos rasgos tan fríos y europeos. Y sus labios. Sus deliciosos labios—. Lo peor fue que mi padre le rompió el corazón a mi madre. Eso es algo que no creo que pueda perdonarle. —Suspirando, pidió la cuenta a otro camarero. No encontraba a Dmitry—. Los hombres a veces no tenéis la más mínima empatía —murmuró roncamente antes de incorporarse—. Invito yo.

* * *

Irina dejó su copa a un lado e hipó. ¡Demonios, había bebido demasiado! Dorek había conseguido lo que quería: tenerla plácida y relajada. Al salir del restaurante dieron un apacible paseo y luego ella lo invitó a subir a su casa para tomar una copa. ¿Por qué no? Sólo iban a beber algo y después se iría.

Durante el trayecto se había dado cuenta del increíble humor que tenía, de lo mucho que le gustaba hacer sentir cómodos a los demás. Se había reído de sus malos chistes, de sus primeras experiencias al entrar en la Marina y de cómo había conocido a Scott y a los demás. También le contó, serio, el terrible momento que vivió Kevin al perder a su mujer.

Tras ver la redonda luna entre los edificios y desde fuera el denso parque, dieron la vuelta; allí consiguió saber algo de su tan misteriosa vida. Al parecer, tenía una hermana llamada Elwira, más joven que él, que estudiaba medicina y que había ido a visitarlo. Eso la hizo sonrojar, al recordar lo mal que se lo había tomado al verlo con una mujer alta y rubia, el mismo día que se encontró a Grace dormida en el parque.

La próxima vez no pensaría mal. Seguro... O lo intentaría. Para su desgracia, le costaba seguir el hilo de la conversación.

Y no sólo era eso, desgraciadamente no podía dejar de mirarlo. De arriba abajo. Incluso cuando él se había disculpado para ir al baño de un bar y comprar dos botellas de agua, había observado con deleite su trasero. Envidiaba lo mucho que comía y lo bien que estaba. Irina pocas veces se podía permitir un capricho.

¡Oh, si pudiese tener a Dorek durante al menos dos minutos!

La cantidad de cosas que haría.

—Deberías dejar de beber —susurró al quitarle la copa de vino—. Esa sonrisa me está dando miedo.

Ella frunció el ceño, dolida.

—No estaba sonriendo.

—Sí que lo hacías. —Sentado enfrente de ella en un sillón, le cogió la mano, agarrándola con suavidad—. Voy a leerte la mano, como hacemos en mi país.

Irina soltó una risilla que se alargó más de lo normal por el vino.

—Oh, vamos... ¿Ahora ves el futuro?

Guiñándole un ojo, abrió los dedos hasta dejar la palma a la vista de ambos.

—No te burles, puede influir a la hora de leerla.

Poniendo los ojos en blanco, asintió. Toda la casa estaba a oscuras, a excepción de la lámpara del salón, que apenas alumbraba... penumbra que no ayudaba más que a verlo más atractivo, como si fuese un príncipe de las tinieblas salido de un libro. Su pelo parecía oro fundido, recordándole las tremendas ganas que había tenido de niña de teñirse, y cómo tuvo que descartarlo al ser muy difícil cambiárselo a ese tono por lo oscuro que era el suyo. Deseaba hundir los dedos en él, acariciarlo...

—Oh, oh...

La voz cargada de fingida tristeza la hizo sonreír. Alzando una ceja, sonrió.

—A ver...

—La línea de la vida dice que tendrás una vida muy larga, demasiado larga. Quizá vivas más de cien años.

Ira frunció el ceño.

—No quiero tanto tiempo.

Dorek afirmó su agarre cuando ella intentó retirar la mano.

—¿Por qué?

—A medida que te haces mayor, puedes hacer menos cosas y estás sola. Con los ochenta y ocho, me vale.

—Déjame que siga leyendo. —Un suave masaje con los pulgares sobre su sensible piel la hizo suspirar para luego soltar una risa—. Así que tienes cosquillas en las manos...

—Es mi secreto —murmuró, inclinándose aún más. Quería ver lo que él veía. Pero no, su palma no le contaba nada. Para Irina sólo eran líneas curvas. Frunciendo el ceño, lo miró, escéptica—. Me estás tomando el pelo.

—¿Te estás metiendo con las tradiciones de mi país?

Al verlo tan serio, movió enérgicamente la cabeza.

—No —susurró.

—Sigamos. Humm... —Dejó escapar el aire cuando uno de sus dedos presionó en el centro de la palma, para luego desplazarlo por toda la superficie. Lo miró fijamente. ¿Sabía lo que le estaba causando? ¿Lo mucho

que sufría con su tacto? Demonios, era como ser tocada sexualmente. ¿Desde cuándo tenía tantos puntos sensibles en la mano?

Humedeciéndose los labios, se acercó un poco más..., sólo lo suficiente como para poder apresar su olor. Su increíble olor. Si se acercaba todavía un pelín más...

—Vaya, esta línea dice que tendrás más de cuatro hijos.

Parpadeando, se paró a mirarlo. Pero no, no bromeaba. Sonreía, como satisfecho por sus habilidades para la quiromancia. En ese momento, maldijo ser tan tímida. Seguramente no estaría siendo lo suficientemente clara como para que Dorek supiese que deseaba acostarse con él. Quizá haber bebido tanto vino tenía aquellas consecuencias... Tal vez anhelaba aprovechar que hasta la mañana siguiente no recogería a Amy.

Fuera como fuese, debía hacer algo.

—Cuatro hijos... vaya, Irina. Eres una mujer muy fértil.

Captó su tono de broma y sonrió.

—Por supuesto.

—Podrías ser mamá modelo.

—No, gracias; mi meta en la vida no es estar embarazada durante años.

—Sigamos... —murmuró—. ¡Vaya!, hay una gran curva al final de la línea de...

Irina se inclinó para besarle y, al no calcular bien y no poder apoyar la mano en el sillón, acabó tirada en el suelo. Despatarrada y con el pelo en la cara, se sonrojó. Pensó en el ridículo que estaba haciendo cuando Dorek la agarró y la incorporó, volviendo a sentarla.

Su mirada era confusa, como si no entendiese qué había pasado. Intentó ocultar el rostro, abochornada por sus pésimas habilidades a la hora de coquetear.

—¿Te has hecho daño?

—No —balbució antes de peinarse con rapidez, dándose un tirón de pelo cuando uno de los anillos se le enganchó en éste. Gimió.

Soltó una maldición en ruso mientras intentaba deshacer aquel desastre.

—Espera, espera. Déjame a mí. Vas a acabar calva.

Colocándose entre sus piernas, de rodillas, le apartó con suavidad las manos y comenzó a deshacer el nudo. No sentía dolor alguno, pues lo hizo con tanta suavidad que algo le dijo que ya había pasado por eso, como por ejemplo con su hermana. Vio que sonreía y negaba con la cabeza, a apenas unos centímetros de su rostro.

Pudo ver la chispa alegre de sus cálidos ojos, las comisuras de su atractiva boca curvadas en una sonrisa, la suave nuez bajando y subiendo cada vez que tragaba. Estirando la mano, acarició el vello incipiente de su mandíbula.

—Eres muy guapo.

Dorek frunció el ceño y luego se levantó.

—Listo, pelo arreglado. Debería irme.

Sorprendida, se levantó lo más rápido que pudo, ignorando el temblor de sus piernas.

—¿Por qué? Estoy sola. No tienes que irte tan pronto —dijo mientras lo seguía hasta la puerta.

Dorek se paró. Al no esperárselo, acabó golpeándose contra su enorme espalda. Él se dio la vuelta y dio un paso hacia atrás.

—No voy a acostarme contigo.

Otro balde de agua fría aquel día... ¿O no?

Vale, le había dolido, pero no pensaba admitirlo. Parpadeando, decidió quedarse callada, sin saber qué decir. Desde luego no iba a cometer el error de Taylor, hablar sin pensar y meterse en otro lío.

Él suspiró y la sujetó por los hombros.

—Irina, has bebido.

—Pero soy consciente de todo. He estado pensando...

—Creo que... Me ha quedado claro que lo que tú buscas y lo que yo busco son cosas diferentes.

Mierda, no sabía cómo tomarse aquel comentario. Irina parpadeó varias veces antes de agarrarlo de las manos, acercándolo a su cuerpo.

—Espera... Mira, sé que he actuado de manera...

—Lo entiendo, Irina. —Dorek le dio un beso en la mejilla—. Quieres estar sola, pasarlo bien. No quieres sufrir más y aún menos teniendo a Amy. Lo comprendo, pero desgraciadamente yo no quiero sólo «pasarlo bien».

Irina sacudió la cabeza.

—Quieres escucharme, yo... —Callada, cerró los ojos con fuerza. Se sentía confusa. Era incapaz de expresar cómo se sentía. De hecho, no lo sabía —. Sólo... ¿podemos hablarlo en otro momento? He bebido y no consigo explicarme del todo bien, las cosas pueden ser diferentes.

La miró fijamente durante unos segundos, como si no la tomase en serio. Irina se arrepintió de haber actuado los últimos días como una niña, escondiéndose de él. Le gustaba Dorek, quería conocerlo, pero al mismo tiempo le gustaba demasiado su cómoda vida, sin preocupaciones, sin tener que mirar el móvil por si le había escrito... Eran demasiadas variables y quería controlarlas todas.

—Mañana... mañana llevo a Amy a sus clases de natación. Si me dejas, me gustaría invitarte a un café, té o lo que tomes. ¿Aceptas? —propuso mirándolo fijamente, y descubriendo la incertidumbre en sus ojos.

Tras asentir, le dio un apretón antes de abrir la puerta e irse, dejándola completamente sola. No había planeado que salieran así las cosas, pero, desde luego, podría haber sido peor, pensó.

Después de quitarse los zapatos, se arrastró hasta el sofá y se dejó caer.

El miedo a volver a ser herida y a pasar por lo mismo que pasó con Carlos la estaba condicionando. Su relación había comenzado siendo tierna, bonita, pasional, para, en unos meses, cambiar por completo. Irina había confiado lo suficiente en Carlos como para pensar que la distancia no supondría nada negativo en su relación... pero se había equivocado. Enterarse por él, a quien había amado intensamente, de que se había acostado con otra durante los casi tres meses de separación había estado a punto de hacerle perder la cabeza. Sobre todo embarazada. Había guardado la noticia para darle una sorpresa, pensando que aquello los uniría todavía más.

Dios, qué ilusa y estúpida...

Odiaba admitir que el recuerdo todavía la hería.

Nunca había conseguido perdonarlo, ni entenderlo. Tras escucharlo, la relación terminó más que rota y decidió continuar soltera; luego llevó una vida llena de comodidad sentimental, pues se escudaba ante las relaciones.

Su madre se lo había advertido, pero Irina había preferido no hacerle caso y mirar hacia otro lado, convencida de que él no era así. Por tanto, la vergüenza que sintió al tener que mirar a Katherine a la cara tras acertar lo que sucedería fue devastadora. Lo único bueno de esa situación consistió en su independencia económica, ya que no tuvo que pedir dinero a nadie ni ahorrar para comprar todo lo necesario.

Había decidido tener una cordial relación con Carlos por Amy, pero si todo hubiese sido diferente...

¿Cómo había podido hablar de planes de futuro con ella cuando claramente no había puesto el más mínimo reparo a engañarla?

Apretando los dientes, decidió que no tenía sentido volver a pensar en lo mismo.

* * *

Grace se alejó del ordenador y miró por la ventana, sin ver realmente nada. Estaba perdida en sus pensamientos, cavilando cómo podría conectar a la pareja protagonista del libro sin que resultara forzado. Desgraciadamente, llevaba meses sin poder escribir apenas nada. No sabía a qué se debía eso y, para ser sincera, iba demasiado atrasada.

El sonido de su teléfono al recibir un mensaje la trajo de vuelta a la realidad.

Inclinándose, vio el nombre de Bryan. ¡Oh, el militar!

Tras ignorarlo, se fue hasta el sofá.

Definitivamente debía dejar de verse con Bryan. En primer lugar, porque le estaba dedicando demasiado tiempo, tiempo que tenía que ser empleado en la escritura. Y, por último, porque no sabía si Bryan era de los que se enamoraban, pero tenía claro que ella no.

Sentía simpatía por él, era divertido, pero hasta ahí llegaba todo.

Quizá sus relaciones no habían funcionado por su enorme independencia; tomaba sola las decisiones, sin tener en cuenta a nadie. Y, aunque odiaba herir a sus parejas, admitía haberlas hecho sufrir repetidas veces por su exigente libertad.

Sabía que tarde o temprano acabaría pagándolo.

El móvil volvió a sonar.

Molesta, estiró la mano y miró de nuevo la pantalla. Bryan. Otra vez. Suspirando, decidió coger la llamada.

—¿Sí?

—Estás desaparecida, Grace.

Su tono de voz bajo y ronco le gustaba; era suave pero grave, como mezclar dos cosas opuestas entre sí.

—He estado ocupada —murmuró levantándose y yendo hasta la cocina. De repente le habían entrado muchísimas ganas de beber algo. Sentía la lengua pastosa y el vientre revuelto.

Estaba nerviosa.

—¿Tan ocupada estás como para no poder responder a mis llamadas?

A pesar de su tono de broma, captaba cierto rencor y dolor. Cansada, aguantó la respiración.

—Estoy muy liada con mi libro. Debo entregarlo en tres meses. Y, además, tengo una presentación dentro de poco tiempo.

—Claro, lo entiendo. —Pasaron unos segundos antes de oír a través del teléfono un pitido—. Quizá podrías sacar aunque fueran diez minutos para mí, ¿no?

—Por supuesto. ¿Quieres que nos veamos hoy a las ocho? Creo que a esa hora ya habré terminado y, encima, no hará tanto calor.

—Genial, ¡te veré después, Gracie!

Al colgar, se quedó mirando el móvil. Esperaba estar equivocada, pero creía saber por dónde iban los tiros. La ilusión en su voz tras decirle que sí se lo había dejado nítido y transparente. Sin tener claro sus sentimientos, miró de nuevo el portátil, encendido, todavía por la página treinta y uno. Deseaba tanto acabarlo y narrar una bonita historia... y, sin embargo, no paraba de encontrarse obstáculos.

Tras soltar un largo suspiro, volvió a la silla y se prometió no moverse de ella... no hasta adelantar la novela.

CAPÍTULO 3

Hasta el sábado siguiente, Irina no volvió a saber nada de Dorek. Y eso sólo podía significar una cosa: el marine se había rendido. Daba por sentado que era una mujer que no lo deseaba lo suficiente como para plantearse tener una relación con él. Y eso no era así. Había cancelado la cita de tomar el té o el café con una excusa bastante mala que le había dejado con muy mal sabor de boca.

Dos días antes, había reunido el coraje suficiente como para pedirle a Kevin la dirección de la casa de Dorek. Ignorando la complaciente mirada de Taylor, había agradecido la información y se había ido a trabajar. Amy, después de la guardería, se quedaría a jugar en casa de una amiga y después Taylor iría a recogerla, hasta que Irina fuese a por ella.

No había sido idea suya, no, sino de Taylor, y no sabía qué se estaría imaginando.

Tras aparcar justo enfrente de la puerta principal, detrás del coche del marine, se quedó unos segundos sentada. Miraba aquella bonita casa adosada como si fuese una abominación, cuando en realidad sólo iba a hablar con él. En el fondo, sólo quería dejar claro que estaba dispuesta a conocerlo y a salir con él si a cambio...

—¿Ira? ¿Qué haces aquí?

Tras dar un salto a causa del susto, bajó la ventanilla para encontrarse con los cálidos ojos color miel de Dorek. Estaba sudando, con una camiseta blanca pegada al musculoso torso y unos pantalones negros de chándal. Clavó los ojos en su cuello, perlado de gotitas, y ascendió por la mandíbula dorada hasta esos labios...

Deseaba tanto morderlos y sentirlos por su cuerpo...

—Humm... ¿Irina? ¿Pasa algo?

Sacudiendo la cabeza, sonrió.

—Sólo he venido a hablar contigo. No has dado señales de vida.

—He tenido mucho trabajo —se justificó él sin apartar sus ojos de los de ella. Ni siquiera miró su escote, especialmente elegido por Ira para la ocasión, ni sus labios rojos. Nada.

Oh, oh... La cosa no parecía ir bien.

—¿La excusa de tener que arreglar el coche también cuenta? —Alzó una ceja, retándolo a negar la evidencia mientras un rayo de sol impactaba en la espalda de Dorek, dándole a todo él un tono dorado, como si se tratara de un dios mayor de la mitología griega—. Tu coche tiene aspecto de estar perfectamente. Demasiado bien, diría yo. Parece nuevo.

Dorek sonrió, sintiéndose algo culpable, y se encogió de hombros.

—Puede ser. Seminuevo.

Irina se cruzó de brazos.

—¿Me vas a invitar a entrar en tu casa o no?

Aguantando la pesada y caliente mirada del chico, pensó en lo mucho que brillaban sus ojos, como si se hubiesen tragado el propio sol. Uno de sus fuertes brazos estaba apoyado sobre el vehículo, como si quisiera intimidarla.

Sin embargo, lo que hacía era atraerla.

—Si no me invitas a hacerlo, te golpearé al abrir la puerta de mi coche. ¡Que lo sepas!

Sin dejar de sonreír, él fue quien la abrió.

—De acuerdo, veamos qué puedo ofrecerte —bromeó cerrando cuando ella salió, para luego meterse las manos en los bolsillos.

—Con un café o un té, me vale. —Observó aquel conjunto de casas—. Me gusta este sitio. Parece muy tranquilo.

—Lo es. —Tras abrir la puerta blanca, Irina se rio al ver la torpe reverencia que le dedicó—. Bienvenida.

La modelo observó la entrada; allí sólo había un mueble para guardar los zapatos y un jarrón de girasoles encima del mismo. Apenas unos pasos más adelante se topó con un enorme salón; resultaba muy masculino y en él destacaba una decoración simple pero cálida: una alfombra blanca, una mesa baja y un gran televisor de pantalla plana frente a un sofá oscuro lo abarcaban casi todo. Se acercó a los estantes para ver libros, tanto en inglés como en polaco, incluso alguno en español, y fotos de sus familiares, entre ellos la chica alta y rubia que había visto con él tiempo atrás.

Cogió la fotografía de un niño pequeño con la cara y las manos manchadas, en una casa de campo. Tenía el pelo rubio, tan rubio que parecía blanco. Sonreía ampliamente, demostrando que desde siempre había tenido aquel carácter tan vivaz.

Lo sintió a su espalda, su respiración en el cuello. Y, aun así, no la tocaba.

—Éste eres tú —murmuró.

—Sí.

—¿Esto es en Polonia?

—Sí. Mi padre es de Estados Unidos, mi madre, mitad polaca, mitad norteamericana también. Yo nací aquí, pero estuve muchos años en Varsovia. Tengo ambas nacionalidades.

Irina asintió.

—¿Quién es esta mujer de pelo oscuro?

—Mi madre. —Lo miró de reojo y percibió que Dorek sonreía—. ¿Por qué?

—¿Y a quién has salido tú tan rubio? —Frunció el ceño—. A tu madre, desde luego que no.

—A mi padre. —Sonrió abiertamente.

—Entonces tu padre tiene que ser muy feo —bromeó.

—Mejor que el tuyo, seguro —replicó mientras le daba un pellizco cerca de las costillas.

Sonriendo, asintió.

—De eso estoy convencida. Todos son mejores que él.

Sin decir nada, él colocó las manos sobre sus hombros y apretó con suavidad.

—Lo siento.

—¿Por qué? No está muerto, creo que está en Rusia. —Dejando la foto sobre la repisa, se dio la vuelta y lo miró fijamente. De acuerdo, su plan inicial no era besarlo, pero estaba dispuesta a hacer una excepción... que quedó en nada cuando él se sentó en el sofá, poniendo distancia entre ambos.

Captado, tendría que hacerlo todo ella. Quizá Dorek realmente pensaba que sólo iban a ser amigos. Tal vez Irina seguía siendo demasiado reservada como para expresar sus sentimientos correctamente, pues fracasaba en sus

intentos una y otra vez. Sin embargo, no pensaba darse por vencida, así que fue hasta él y se sentó a su lado.

—¿Quieres beber algo?

—No, ahora no.

—Yo sí, tengo mucha sed. ¿Te importa?

Vio cómo volvía a levantarse y se encaminaba hacia la cocina. Lo miró con los ojos completamente abiertos, sin poder creerse la cantidad de vueltas que estaba dando. Tras dejar el bolso sobre el sofá, fue también en dirección a la cocina, con los puños cerrados.

Bebía agua y, al terminar, dejó el vaso en el fregadero. La miró con el ceño fruncido, como si se estuviese perdiendo algo.

—¿Va todo bien?

—¿Huyes de mí?

—Estaba bebiendo, vengo de correr —soltó lentamente, como si temiese que de un momento a otro fuese a echarse encima de él.

Se acercó otro paso más, y otro.

—Irina... ¿Pasa algo?

—Tengo la sensación de que... te has creado una imagen errónea de mí.

* * *

Dorek contempló con cierta confusión el extraño comportamiento de Irina. No sólo le estaba costando bastante trabajo no mirar el increíble escote que lucía, sino que, además, ésta se dedicaba a seguirlo fuera a donde fuese. Pero ¿no le había dejado claro que ella prefería mantenerse al margen? Creía que quería centrarse en su hija y en su carrera.

Vio cómo se humedecía los labios, mirándolo con sus impenetrables ojos azules, antes de estar pegada a él, observándolo a través de sus densas pestañas negras. Sus dientes blancos y aquellos carnosos labios rojos... ¡Diablos!, ella siempre iba arreglada a todos sitios, pero... ¿por qué se había puesto tan llamativa? ¿Por qué tan endemoniadamente sexy para una simple visita?

Maldita sea, no sabía cómo actuar.

—¿Quieres el té? Sólo tengo...

—El que sea me vale —murmuró sonriendo.

Por todos los santos, no había mujer más exótica que Irina. Aquellos apretados vaqueros, la camiseta corta de color rosa palo que dejaba entrever su plano y bronceado vientre...

Apretó los dientes al notar cómo casi toda la sangre de su cuerpo se concentraba en su polla. ¡Joder!, y encima ahí estaba, estudiándolo. Un movimiento brusco y descubriría su estado. Su miembro presionaba contra la tela del chándal, como si supiese exactamente dónde se hallaba la razón de su deseo.

Tomando aire, estiró una mano para coger el paquete de los téis cuando, de pronto, Irina lo sujetó del hombro con fuerza. Luego lo giró hasta tenerlo de frente y, de puntillas, lo besó, oprimiendo sus suaves labios contra los de él.

No respondió, pues su actitud lo había dejado en *shock*. No entendía nada. Primero le decía que no quería una relación con él y días más tarde, cuando él se había concienciado de que nada la haría cambiar de opinión, se presentaba en su casa, lo seguía y lo besaba.

Sintió su húmeda lengua haciendo presión contra sus labios, con la intención de penetrar en su boca. Con un gruñido, dejó caer la estúpida cajita al suelo y la agarró. Levantándola, la sentó en la encimera y se colocó entre sus piernas, apretándose contra el cálido y sensual cuerpo que le daba la bienvenida.

—Irina...

Ella le enmarcó el rostro con las manos; ansiaba más.

Y él estaba dispuesto a todo. Luego aclararían las cosas. ¿Para qué perder aquel maravilloso momento? Recorrió sus muslos con las manos, subiendo despacio, para anclarlas en las caderas. Apretaba, soltaba, acariciaba... todo mientras devoraba su boca, perdiéndose en ese suave sabor a fresa. Era tan adictivo como provocador. Resultaba la combinación de lo prohibido.

—Por todos los santos, Irina. Me moría de ganas de besarte.

—Hazlo... —susurró.

Volvió a inclinarse para tomar su boca cuando el timbre de la puerta principal sonó. Irina no se inmutó, siguió con toda la atención clavada en él, esperando. ¡Qué demonios!, fuera quien fuese podía esperar unos...

Volvieron a llamar.

—¡Abre ya, Dorek! Hace un calor de muerte aquí fuera. —La voz de Sean llegó nítidamente hasta él.

—Nos hemos adelantado diez minutos respecto a la hora prevista. Quizá sigue corriendo. —Ése era Kevin—. Vayamos al bar y luego le...

—Y una mierda, tocaba partido en su casa y traigo de todo. ¡Abre!

Dorek cerró los ojos y apoyó la frente sobre la de Irina. Deseaba tanto abrir la puerta para darle un puñetazo a su amigo...

—Lo siento —murmuró—. No me acordaba de que había quedado con ellos.

Ella sonrió y lo besó antes de incorporarse.

—No te preocupes, debería irme ya. ¿Me llamarás?

—Diablos, por supuesto. —Dicho esto, cogió su rostro entre las manos y se inclinó para besarla profundamente.

Se moría de ganas de besarla, de mordisquear y devorar aquella boca que tanto placer le habían dado en tan sólo unos segundos.

Observó cómo Irina se humedecía los labios y apretaba los muslos, quizá intentando aliviar el ardiente deseo que sentía entre ellos. Le encantó saber que había sido él quien había provocado ese efecto en ella. Frunció el ceño mientras se debatía entre ignorar a sus amigos y seguir perdiéndose entre las curvas de su adictivo cuerpo o abrir la puerta.

—Humm... ¿Dorek?

—¡Abre de una puñetera vez! He oído una voz, tío. Nos está ignorando —refunfuñó Sean.

Riéndose, Irina lo cogió de la mano para arrastrarlo fuera de la cocina. Él intentó no mirar su trasero y comprobar lo bien que le sentaban aquellos vaqueros.

—Abre antes de que tiren la puerta abajo.

—Demonios, ¡que se jodan!, podemos... —susurró acariciando su cuerpo, subiendo las manos hasta casi tocar sus pechos con los dedos.

—¡Ahora sí que te he oído! ¡Abre! ¿Con quién cojones hablas? —intervino Sean de nuevo.

Bufando, estiró la mano para abrir, cuando oyó a Kevin.

—¿Quieres dejar de comportarte como un niño? Mira, ahí viene Scott.

Dorek abrió para encontrarse a sus mejores amigos allí, esperando de pie, con la comida y la bebida en las manos. Sean, de ascendencia escocesa y apodado el Escocés, miró a Irina y luego a él antes de soltar una carcajada, tirarle al pecho la comida y coger la mano femenina para imprimirle un beso.

—Encantado, preciosa. —Entró en el salón—. Voy ocupando mi sitio.

Kevin le guiñó un ojo amistosamente a Irina antes de darle un abrazo y dejar bebidas sobre el recibidor. La dicha brillaba en sus ojos color zafiro, claramente feliz por lo bien que le iba con Taylor y la noticia del hijo en camino.

—Me alegro de verte.

Scott fue el siguiente en pasar; le apretó el brazo antes de dejar unas bolsas blancas en el interior que desprendían un increíble olor a arroz, carne y ensalada fresca. Dorek sonrió y salió con ella al exterior, encajando la puerta para tener la suficiente privacidad que requería. Sean gritó algo picante que consiguió sacarle los colores a la increíble mujer que andaba hacia su coche.

Dorek sintió una increíble presión en el pecho, que le decía que finalmente podría estar con ella, y la observó. Los últimos rayos del sol impactaban en su oscuro pelo, sacándole reflejos azulados. Al darse la vuelta, cruzada de brazos, sonreía con timidez pero con coquetería.

—Bueno...

—Te llamaré, mañana mismo —musitó con una sonrisa, pegándose a ella para abrazarla.

Soltando una risa, asintió. La mirada femenina estaba en sus labios, mientras la chica se mordía los suyos. Tomándolo como una señal, se lanzó: pasó la lengua por el carnoso labio inferior antes de ir a por el superior, donde dio un pequeño mordisco que calmó posteriormente con lametazos. Luego los acarició con la lengua para que abriera la boca.

Irina lo sorprendió soltando un gemido demasiado fuerte.

Separándose, ella abrió los ojos.

—Lo siento.

Dorek intentó no sonreír, pero le resultó imposible. Parecía mortificada.

—No te disculpes, no pasa nada. —Le acarició un largo mechón de pelo y lo colocó detrás de la oreja.

—Pásalo bien con tus amigos.

Asintiendo, observó cómo sus pómulos se volvían de un atractivo color rojizo. Se montó en el coche y lo saludó una última vez antes de marcharse. El vehículo fue alejándose hasta desaparecer en la calzada.

Mientras negaba con la cabeza, entró en la casa con rapidez y percibió las voces de sus compañeros, que en ese momento se quejaban por algo relacionado con el partido. Sean estaba de pie, tirando patatas a la pantalla, como si fuese a darle al jugador. Scott comía y maldecía a los jugadores, mientras Kevin se reía por la escena que formaban los otros dos.

Como se dio cuenta de que faltaba uno, Bryan, extrañado, preguntó por él.

—¿Alguien sabe algo de Bryan?

—Ha quedado con la chica hielo —respondió Sean, sin apartar los ojos de la pantalla.

—¿Quién es la chica hielo? —preguntó cogiendo una cerveza y sentándose al lado de Kevin.

—Grace —le aclaró Scott—. Lo tiene cogido por los huevos.

—Eso es su problema, ¿a quién se le ocurre juntarse con una chica con tal historial de hombres?

—Tú no tienes ni idea de su historia, Sean. —Kevin le golpeó suavemente en la nuca antes de robarle patatas.

—Hizo un vídeo porno.

—Tú habrás hecho diez.

La voz de Scott llegó hasta él, haciéndole reír.

—No, mis parejas nunca han querido. —Se encogió de hombros—. Lo que necesito es una mujer fuerte y...

—... y que te ponga en tu sitio. —Dorek esquivó un puñetazo y el Escocés se golpeó contra la mesa, soltando un quejido de dolor tras oírse cómo le crujió un hueso. Todos comenzaron a reírse ante el intento fallido de atizarlo.

—Gilipollas.

—Por cierto, ¿qué hacía Irina aquí? —Scott alzó una negra ceja mirando hacia él—. No me lo esperaba.

—¿Ha aceptado finalmente que vas tras ella como un perro en celo? — Sean tosió varias veces, golpeándose el pecho—. Demonios, estas patatas me van a matar.

—Digamos que sí. —Sonriendo, ignoró las miradas de sus amigos, que parecían estar dispuestos a echarse unas risas a su costa.

—Vaya, la rusa no es tan fría como pensaba. La verdad es que es muy simpática. Y guapa. Tuve un póster suyo colgado en mi habitación cuando estaba en la base. — Sean se rio.

Dorek no dijo nada. Sean era una fuente constante de bromas, chistes malos y palabras sin sentido. Era así. Simple, sin complicaciones. A veces inaguantable, pero leal como ninguna otra persona. Envidiaba la lealtad que demostraba por los suyos y su infinita memoria para todo.

—Me alegro, amigo. —Kevin le apretó el hombro con fuerza—. Pórtate bien con ella; Tay me cortaría los huevos si se enterase de que te has pasado con ella... y yo tendría que hacerte daño.

Sonriendo, se quitó la mano de encima con un movimiento de hombro.

—Sabes perfectamente que no voy a pasarme con ella. Llevo detrás de Irina bastante tiempo. Ahora tengo la oportunidad.

—Caéis, uno tras otro. —Sean puso los ojos en blanco—. Seré el guapo soltero del grupo.

—¿Y Bryan?

—Bryan está tocado y hundido. —Soltó una carcajada—. Pobre de él. El karma. Le está pasando lo que él ha hecho una y otra vez.

—Se lo merece. —Kevin bostezó y entrecerró los ojos, concentrado—. Mañana sabremos si es niño o niña.

Dorek miró a su colega con una sonrisa. Sus ojos brillaban intensamente, a pesar de estar intentando con todas sus fuerzas controlar la inmensa alegría que sentía. Lo entendía. Después del duro golpe de la muerte de su esposa Claire, había llegado Taylor... una mujer llena de energía, loca, muy alborotadora y que se preocupaba por todos sus seres queridos. Era ideal para su tranquilo amigo.

Aunque había sido una sorpresa lo del embarazo, lo habían tomado con satisfacción.

—Será niña. —Sean parecía desear meterse en todos los asuntos que podía—. Será como Taylor.

—Entonces, prepárate. —Scott cogió otra cerveza sin apartar los ojos del partido de béisbol—. Dos torbellinos en tu casa, imparables.

—Bienvenido sea.

El Escocés frunció el ceño antes de coger un puñado de patatas y tirárselo a Kevin.

—Demonios, ¡qué sensible estás! Me dais asco, todos. ¿Podemos concentrarnos en el juego? Tendría que haberme quedado en mi casa.

—Y una mierda, odias ver los partidos solo —le recordó Dorek, quien luego se dirigió hacia el baño, no sin antes oír a su amigo murmurar:

—Joder, es verdad.

* * *

Grace ronroneó contra los labios de Bryan, sintiendo la cálida caricia de su boca mientras continuaba moviéndose en su interior. Evitaba su ardiente y azul mirada, concentrada más en el placer, mientras él la observaba con deleite, como si fuese una obra maestra.

Ella disfrutaba de sus marcados hombros, el torso trabajado, las estrechas caderas desnudas y su grueso pene, entrando y saliendo de su interior con lentitud. Acariciaba su sensible clítoris cada vez que se hundía profundamente en ella. Lo sentía por completo, pero, a la vez, la intensa mirada del marine que notaba sobre ella la estaba poniendo nerviosa. Muy nerviosa.

Tras suspirar, le dio un pequeño mordisco antes de levantarse, estremeciéndose cuando el inflamado grande salió de ella. Bryan sonrió y estiró un brazo, agarrándola. La tiró de nuevo sobre el sofá y acabaron con brazos y piernas entrelazados. Cerró los ojos, los apretó durante unos segundos y esperó.

—Demonios, sigo siendo adicto a ti. Deberías dejarme verte más a menudo.

—Resulta bastante complicado con tu trabajo y el mío, ¿no crees? —Pasó los dedos por sus pectorales, arrastrando luego suavemente las uñas por el fibrado abdomen. Él la miraba; sus ojos brillaban, retándola a continuar.

—No sé en qué trabajas, Gracie.

—Y no lo sabrás —canturreó antes de darle un beso e incorporarse, esquivando sus manos.

—¿Por qué te vas? Estamos muy bien así.

—En una hora y media tengo que irme a trabajar. Voy a ducharme; si tienes hambre...

—Te acompaño —murmuró con una sonrisa, incorporándose del sofá rosa palo.

Grace contuvo la respiración al verlo, nuevamente, desnudo. Grande, fuerte y duro, era como un dios griego. Su perfecto rostro, sus carnosos labios con aquellos ojos tan claros y transparentes; su pecho, musculado gracias al duro trabajo, estaba húmedo, perlado, de forma que parecía haber sido preparado para una sesión de fotos; esas largas y fuertes piernas... Al mirarlas, vio entre ellas su pene. Volvía a estar excitado y, aunque no le sorprendía, tenía que admitir que era una imagen digna de venerar...

Con la punta grande y oscura, el largo tronco parecía más ancho de lo que Grace habitualmente había visto en sus otros amantes. No tenía vello en esa zona, estaba completamente depilado, por lo que podía ver una robusta vena rodeando el tallo. Los pesados testículos colgaban detrás en una bolsa que le recordó lo mucho que le gustaba ser acariciado allí.

Sonriendo, alzó una ceja.

—Ni lo sueñes.

—Oh, vamos, lo estás deseando. Vaya mirada me has echado. —Bryan llevó una mano hasta su polla y comenzó a subir y bajar, dando enérgicos tirones cuando llegaba al rojizo glande.

Maldición. La estaba excitando, y mucho.

—Bryan...

—Lo deseas, Grace. ¿Por qué no tener lo que tan libremente estoy dispuesto a darte? —Su voz ronca llegó directamente hasta ella, haciendo que se le erizara el vello—. Soy todo tuyo.

Poniendo los ojos en blanco, le hizo un gesto.

—De acuerdo, puedes seguirme hasta la ducha.

—¿Sólo seguirte? —susurró contra su oído.

De un momento a otro, se había pegado a su espalda. Grace se agarró al marco de la puerta y lo miró de reojo. Veía sus labios, aquella juguetona sonrisa pícaro que parecía decir que estaba dispuesto a todo con tal de conseguirla. Sentía su erección contra los glúteos y saber lo que pasaría a continuación sólo la humedecía más.

—No siempre te saldrás con la tuya.

Soltó un gemido cuando logró meter el glande dentro de ella. Luego se quedó quieto.

—Siempre me salgo con la mía. —Una suave embestida consiguió que entrase más en ella.

—No conmigo. ¡Oh! Joder.

Grace apretó los dientes cuando finalmente su miembro estuvo completamente dentro de ella. Su sexo lo rodeaba con fuerza, ansioso de sentir de nuevo caricias sobre él. Echó para atrás la cadera, recibiendo una nalgada en el glúteo derecho que la sorprendió. Diablos, amaba cuando hacía aquello... su enorme mano impactando contra su carne...

—Sobre todo contigo. —Salió de ella con exquisita lentitud para entrar de nuevo, lamiéndole el cuello y dando pequeños mordiscos que desataban una auténtica tormenta en su sensible cuerpo. Cogió aire.

—Estás equivocado.

En ese instante, un teléfono sonó. Bryan dejó de acariciarla y de jugar con su cuerpo para separarse de ella de inmediato e ir con rapidez al salón, donde se hallaba el aparato que emitía aquel pitido. Grace se asomó a la puerta e intentó no quedarse mirando aquellos glúteos duros y bien trabajados, pues se concentró en los serios gestos de su atractivo rostro.

Si no recordaba mal, aquél no era su móvil.

—Sí, soy yo. De acuerdo, estaré allí en diez minutos como mucho. Adiós.

Grace contempló en silencio cómo se vestía a toda velocidad. Sin haberse abrochado todavía los pantalones, se acercó a ella con pasos ligeros y, agarrándola por el cuello con cierta rudeza, la besó. Poseyó su boca con fuerza y, cuando Grace se disponía a responder al beso y acariciar su lengua, él se separó.

—Tengo una emergencia en el trabajo, ¿te puedo llamar?

—Llamar, puedes llamar cuando quieras. —Alzó una ceja y sonrió—. Otra cosa es que yo vaya a cogértelo.

Bryan soltó inesperadamente una estruendosa carcajada.

—Un día, no muy lejano, todo cambiará.

—Mientras tanto, seguiremos como estamos. —Se puso de puntillas para besarlo—. Adiós.

* * *

—¿Te ha llamado tu padre?

—No, mamá, todavía no —respondió Irina mientras ayudaba a Amy a hacer deberes en la mesa de la cocina. Su madre estaba preparando pasteles, algo que no había cocinado cuando Irina era una niña.

Con la llegada de su hija, la relación entre ambas se había vuelto más cálida. Katherine parecía aún resentida con los hombres y decidida a mantenerse al margen del género masculino. No la culpaba.

—Mejor.

—¿El abuelo? —Amy miró a su abuela con un inusual brillo en los ojos.

—No, cariño. El abuelo está muy lejos. Nos referíamos a otra persona —respondió Katherine.

—Oh, vale —aceptó la cría encogiéndose de hombros.

Suspirando, Irina cerró el libro de tareas y acarició el suave pelo de su hija, llegándole un increíble olor a fresa.

—Cariño, ¿por qué no te vas a jugar arriba con *Dana*? —preguntó cálidamente refiriéndose a la vieja perra de su madre—. Te ha echado mucho de menos. Mañana terminaremos los deberes.

—¿De verdad? ¡Vale!

Sin esperar un segundo más, levantó su inquieto culo de la silla y salió pitando de la cocina. Aquel tema era preferible no hablarlo delante de ella. No sólo tenía padres separados que vivían bastante lejos uno del otro, sino que, además, su abuelo materno no había querido saber nada de ellas durante todos esos años.

Todavía le costaba entender por qué su padre quería ponerse en contacto con ella a esas alturas.

—¿Te ha vuelto a llamar papá, mamá? —planteó recelosamente.

—Sí, aunque no hemos hablado más de cinco minutos, Irina.

—¿Y qué te ha dicho? —Frunció el ceño.

—Vendrá a Estados Unidos dentro de dos semanas. Quiere concertar una cita contigo.

La modelo tragó saliva y permaneció callada. Los ojos de su madre estaban fríos, bloqueados. Claramente, a ella tampoco le había hecho ninguna gracia la noticia.

—Debería haberme llamado antes. No pienso dejar que conozca a Amy así porque sí. No cuando podría volver a desaparecer. Esta vez está en juego la felicidad de mi hija. No pienso permitirlo.

Su voz salió fuerte y decidida, aunque en verdad estaba temblando.

—Eso mismo le dije yo. Él dice que realmente quiere estar en... vuestras vidas. Yo te apoyaré, tomes la decisión que tomes. En un par de días te llamará. Sólo quería que lo supieses, para que no te coja por sorpresa, Ira.

—Gracias, mamá. Te mantendré informada. Por cierto, ¿podrías recoger mañana a Amy y quedarte con ella? Vamos a hacer una pequeña fiesta, ya que sabremos si Taylor espera niño o niña.

—Por supuesto, no te preocupes.

—Llegaré temprano.

—Puedes quedarte aquí a dormir, así Amy no tendrá que esperarte despierta.

Dando un sorbo al té, asintió.

—Gracias, eso mismo haré. Como todavía no sé el sexo de la criatura, le he comprado un pijama *unisex* diseñado por un amigo mío, por Richard, ¿te acuerdas de él? Le pedí ese pequeño favor.

—Richard tiene un excelente gusto para la moda. Seguro que a Taylor le encantará. ¿Cuándo se celebrará la boda de Andrea?

—Dentro de un mes, aproximadamente; recuerda que tú también estás invitada, mamá. Podemos quedar un día de la semana que viene para ir a comprar un vestido, ¿te parece bien?

—Claro, Irina. Ya sabes que los viernes salgo temprano.

Tras asentir, permanecieron en silencio. Su madre, de espaldas, cocinando, era una figura alta y esbelta, pero fría. Sus rasgos severos, pero bonitos, sólo conseguían recrudecer su rostro, con rasgados ojos pardos, pelo

negro y carnosos labios. Recordó lo impenetrable que se había mostrado en su infancia cada vez que le había preguntado por su padre. Desde un primer momento le dejó claro que se había ido, que tenía otra familia y que no había querido saber nada de ellas.

Aquellas duras palabras habían penetrado en el puro e infantil corazón de Irina. No podía culpar a su madre por su recelo hacia los hombres, pero tampoco habían ayudado mucho sus ponzoñosas palabras cada vez que había querido presentarle una pareja.

—De acuerdo, el viernes...

Irina dejó de hablar para coger uno de sus móviles, aquel que tenía que ver con los negocios, y, tras hacerle un gesto a Katherine, salió al jardín.

—Irina Maxwell.

—Irina, soy Will. —Era su representante, un inglés procedente de Londres con el que llevaba trabajando ocho años—. Pasado mañana tienes una sesión de fotos con el modelo francés Jean Paul. A las diez de la mañana. Son para un acto solidario, todos los beneficios serán destinados a una asociación contra el cáncer infantil. Participan grandes marcas y que intervengas en él puede suponer que consigamos más contratos.

—Por supuesto, ¿me has enviado la dirección?

—Nada más colgar, te la mandaré al teléfono. ¿Te parece bien, entonces?

—Desde luego, ya sabes que no hay ningún problema.

—Perfecto, te llamaré mañana para hablar sobre otros posibles trabajos. Acaban de llegar hoy, así que antes debo echarles un vistazo, estudiarlos. Uno de ellos es para la marca de maquillaje que promocionaste hace unos años...

Irina apretó los dientes y maldijo en ruso. Tim Burlon, director de la famosa marca L'Ol, y ella habían protagonizado un episodio desagradable años atrás, cuando ella fue contratada por su compañía para realizar una campaña publicitaria. Debido a la enorme fama de la firma y de su director, exquisita, y al poco tiempo que hacía que Ira había empezado en ese mundillo, consideró que colaborar con él como modelo de maquillaje resultaría todo un exitazo. Y lo habría sido, si no hubiese sido porque Tim intentó mantener relaciones sexuales con ella. La primera semana fue

simpático, atento y amable, siempre ordenando que todo lo que ella pidiese le fuese concedido en el menor tiempo posible. Su madre la avisó, advirtiéndola de que no se fiara, pero ella prefirió ver la situación de otra forma. Dos semanas más tarde, tras haber grabado un anuncio de lápiz de ojos, Tim se acercó a su camerino y, entablado una escueta conversación en la cual alababa su profesionalidad, su mano acarició suavemente sus glúteos.

Al principio pensó que se lo había imaginado, pero, sentir de nuevo aquella mano en sus glúteos, apretando, no le dejó lugar a dudas.

Ella se zafó de su agarre y lo empujó, pero él insistió un poco más hasta que Irina lo amenazó con contarlo; en ese momento, Tim le echó una fría mirada, se disculpó y se marchó de malas maneras. A partir de entonces, se acabaron los detalles, no más favoritismos. Su relación con esa firma acabó tan rápido como empezó.

¿Volver a trabajar con él? ¡Demonios, no!

—No quiero colaborar con la empresa L’Ol, esa propuesta descártala.

—De acuerdo, te llamo más tarde.

—Muy bien.

Tras colgar, estiró el cuello de un lado a otro. Anhelaba la llamada de Dorek, pero nada, no sabía ni una palabra de él. Se recriminó estar esperando esa comunicación como una niña, pero ¿qué podía hacer? No pensaba presentarse de nuevo en su casa, definitivamente no. Ya le había dejado claras sus intenciones, ahora le tocaba mover ficha a él.

Al día siguiente tenía la fiesta para celebrar el sexo del bebé de Taylor y, al siguiente, la sesión fotográfica. Todo ello, además de tener que ir al gimnasio, cuidarse, planear los próximos viajes... Suspirando, pensó que quizá ya era momento de comenzar a cerrar su círculo de clientes. Se centraría en todo aquello que no la hiciese salir de Estados Unidos. Sí, hablaría con Will.

Se sentó en el patio de fuera, en una de las dos sillas blancas, y miró a lo lejos las casas adosadas y a los niños jugando en el patio.

Sus tortuosos pensamientos parecían estar a punto de hacerle estallar la cabeza. Necesitaba distraerse, salir con sus amigas... pero casi todas ellas tenían pareja. Menos Grace. Sin embargo, daba la casualidad de que Grace

estaba trabajando, aunque no sabía dónde. Quizá podía llamarla e ir con ella, acompañarla. Tras levantarse, entró en la cocina y fue directa al baño.

Observó sus grandes ojos azules pintados con lápiz negro y su cabello oscuro recogido en una coleta alta.

Subió hasta el cuarto donde su hija jugaba con la perra. Asomándose por la puerta, sonrió. Amy le leía un libro en voz alta a una dormida *Dana*, que respiraba con profundidad.

—Cariño, ¿te apetece que salgamos a tomar un helado? Quizá se venga Grace.

Amy frunció el ceño.

—Estoy leyéndole un cuento a *Dana*.

—Ya está dormida, cielo. Déjala tranquila; cuando volvamos habrá descansado y podrás jugar con ella.

Asintiendo, dejó el ejemplar encima de la mesita de noche y cogió su mano.

—¿La abuela también viene?

—Se lo preguntaremos, mi vida, a lo mejor le apetece.

* * *

Grace salió del trabajo casi cuando estaba amaneciendo, con el cuerpo cansado y con la cabeza entumecida por la música. Recordar que en unas horas tendría que ir a la fiesta de Taylor para saber el sexo del bebé no le hizo mucha gracia. Enviaría un mensaje y se presentaría un poco más tarde, necesitaba dormir urgentemente.

Había recibido, a principios de la tarde, una llamada de Irina por si podía quedar, pero ella ya había estado preparándose. Como gogó en aquel exclusivo pub desde hacía unos cuantos años, disfrutaba bastante bailando, haciendo nuevas amistades y sintiendo que tenía el control de todo. Ella era inalcanzable para aquellos hombres que acudían a verla bailar.

Y eso le gustaba. Mucho.

No dominar todas las cosas la desbordaba por completo.

Se había cambiado de ropa y, con los vaqueros y las zapatillas que llevaba, llegó hasta el coche que había alquilado. No pensaba andar a aquellas horas de la mañana; no, gracias. Demasiados borrachos sueltos que deseaban

cruzarse con mujeres solas.

Mientras arrancaba el motor, pensó en el tono de voz de Irina cuando la llamó. Había sonado exigente, como si necesitase distraerse y perder un poco el control de todo. Pensó en Dorek y en cómo les debía ir. Quizá había querido quedar con ella para pedirle consejo. No podía hacerlo con Andrea y Taylor, pues seguramente consideraba que los novios de ambas intentarían forzarla a algo.

Con una sonrisa, Grace se alegró de estar fuera de ese problema.

Los hombres sólo traían dolores de cabeza, pocos realmente se involucraban. Scott y Kevin, sí.

Por su experiencia con respecto al género masculino, Grace había aprendido que lo mejor era mantenerse al margen, dejar las cosas cuando comenzaban a ponerse serias y feas, cuando la magia de los primeros días se esfumaba. Por supuesto, todo ello acarreaba el hecho de estar sola la mayor parte del tiempo y, admitiéndolo con esfuerzo, sentirse sola. Su familia no quería mantener contacto con ella, sus amigas ya estaban comenzando a formar sus propias familias y ella...

Ella era escritora de novelas eróticas y gogó.

Recordó con una sonrisa irónica el nombre que le habían puesto los vecinos años atrás, cuando había sido una adolescente: Señorita Problemas.

Suspirando, nada más aparcar salió con rapidez del vehículo y entró en casa. Se quitó la ropa por la escalera y se tiró sobre la cama nada más llegar a ella. Su cuerpo, poco a poco, fue perdiendo la conciencia, quedándose fundida sobre el colchón y dejándose llevar hasta sumirse en un profundo y reparador sueño.

CAPÍTULO 4

—¿Me lo parece a mí o Grace está dormida?

Ira y todas las demás se giraron para observar a la susodicha, que se encontraba sentada en una silla del patio, con las gafas de sol puestas y cruzada de brazos. No movía ni un solo músculo y su respiración era lenta y profunda. Se había quedado como un tronco mientras ellas ponían la comida en la gran mesa que Kevin había sacado al exterior.

Ira cogió una gorra de encima de la mesa y se la puso con cuidado. No se despertó, ni siquiera se movió.

—Joder, ¿se ha quedado roque? —Taylor bebía una cerveza, mirando a través de unas gafas de sol moradas—. ¡Es la fiesta de mi niña!

—Ayer se quedó trabajando hasta tarde, Tay —la defendió Irina, sonriendo—. Ha hecho un gran esfuerzo al venir.

La rubia giró los ojos antes de meterse comida en la boca.

—Pienso tirarla luego a la piscina.

—Ni se te ocurra. —Todas se sorprendieron al oír la voz de Grace, ronca y adormilada. Ira sonrió antes de pasarle un refresco—. Me he arreglado el pelo para no volver a ser el monstruo del grupo, así que no, rubia.

—Oh, estás despierta. —Violette dejó a *Pearl* en el suelo, que comenzó a olisquear unas flores—. ¿Sabes que el otro día me compré...?

—Oye, ¿qué tal Bryan? —Taylor arqueó las cejas antes de coger una silla y ponerla al lado de Grace, palmeándole una pierna—. No mientas, te lo has...

—Sí, me lo he follado. —Después de bostezar, mantuvo los ojos cerrados tras las gafas—. Bueno, hemos follado.

—¿Y entonces?

—Entonces, ¿qué? —Parecía irritada—. Oye, no estamos juntos ni saliendo ni ese rollo que seguís todas. Estoy en un punto de mi vida en el que sólo quiero preocuparme por mí y mi trabajo, y listo.

—Bryan parece un buen hombre —intervino Andrea mientras se recogía el largo pelo en un moño.

—Bryan es un hombre atractivo que está acostumbrado a que las mujeres vayan tras él. ¿Qué le ha pasado? Que yo paso. Se ha encontrado algo diferente.

—Y mejor —añadió Taylor asintiendo.

—Y de calidad. —Andrea frunció el ceño—. No quiero decir que las otras chicas no...

—No te preocupes, cielo. —Irina aguantó la risa al ver su gesto—. Te hemos entendido.

—Bueno, si tú estás bien y ya has hablado con él... —dejó caer Andrea.

—Se lo dije la primera vez, y él accedió. —Grace parpadeó varias veces, incorporándose de la silla—. ¿Podemos dejar de hablar de hombres? Parece nuestro único tema de conversación.

Taylor soltó una brusca carcajada.

—Tienes toda la razón, ¿alguien quiere otra cerveza?

—Deberías parar, Tay. —Ira le arrebató la lata, sorprendiéndose al notar que no había ya ni la mitad—. Estás embarazada, hay refrescos dentro. Por cierto, ¿cuándo vas a abrir los regalos? He dado muchísimas vueltas para encontrar algo *unisex*... No quisiste decirnos nada.

—Mi regalo está en el maletero. —Grace se levantó—. Vuelvo en un segundo.

El resto de las amigas entraron en la casa y se sentaron en los sofás. Irina sonrió al notar el cambio drástico en la decoración, ya que había muchas fotos de Kevin y de su amiga, desde abrazados hasta otras donde se los veía dando un paseo. Taylor estaba abriendo el regalo de Andrea con los ojos en blanco, quizá intentando ignorar los sentimientos que desbordaban a la española, que se veía ilusionada.

Tras romper el papel con poca delicadeza, hecho que consiguió que Violette murmurara algo, miró el conjunto de sábanas para la cama del bebé con una sonrisa.

—Vaya, son preciosas, Andrea. Me encantan. Ya sabes lo mucho que me relaja el color blanco y los dibujos de flores.

—De nada. Scott me llevó a una tienda que estaba cerca de nuestra casa. No pensé que fuese a encontrar algo, la verdad.

—Pues son fantásticas, las usaré como servilletas. —Al ver el rostro de la española, soltó una carcajada—. Es broma.

—Toma el mío —intervino Irina, mientras se quitaba las gafas de sol y se las colocaba encima de la cabeza, recogiendo así algunos molestos mechones—. Espero que te guste.

La embarazada le guiñó un ojo antes de arrancárselo de las manos.

—A ver qué me ha traído mi rusa favorita... —murmuró rasgando el papel de charol pulcramente colocado con un lazo blanco roto—. Como sea tan bonito como el envoltorio, me voy a echar a llorar.

Grace soltó una risa, apareciendo en ese momento con su presente.

—Estando encinta has llorado más que en toda tu vida.

—No me lo recuerdes, Grace. Es algo que Kevin me echa en cara cada día. Vaya... ¡Demonios, pero ¿cuánto te ha costado esto?! —balbució Taylor levantando el pijama diseñado por su amigo Richard. De un color blanco con sombras grisáceas que lo hacía verse muy suave y delicado, no era una prenda que se soliese ver por los escaparates.

—Es precioso, Ira —añadió Andrea—. Es más, estoy por robárselo y llevármelo para cuando me toque a mí.

—Ni se te ocurra —gruñó la futura mamá—. Me encanta.

—Me alegro, tenía du...

Irina dejó de hablar cuando sintió una vibración en el bolsillo izquierdo del pantalón. Frunciendo el ceño, miró a sus amigas con una sonrisa para excusarse y dirigirse a la puerta, donde estaban los coches aparcados, deseosa de tener intimidad.

Con el móvil en la mano y una suave brisa moviéndole los cabellos, observó el número. ¿Quién sería? Trabajaba para compañías internacionales, pero le resultaba extraño recibir llamadas de números desconocidos, pues no solían contactar con ella directamente, sino con William. De repente, un esperanzador pero a la vez aterrador pensamiento cruzó por su cabeza. ¿Podría ser su padre?

Su corazón dio un vuelvo antes de comenzar a latir con mucha rapidez.

«De acuerdo, tranquila, respira hondo...»

¿Qué debía decir?

Nerviosa, sintió los dedos húmedos por el sudor. Tras tomar aire, pensó que tenía dos opciones: aceptar la llamada y saciar su curiosidad o rechazarla y quedarse con la duda. No era para tanto; además, tenía una tercera opción: si en algún momento le entraba miedo, siempre podía colgar. Sí, eso haría.

—Irina Maxwell, ¿dígame?

—¿Irina? Soy Anton Boyka. Tu... padre —murmuró una voz con un marcado acento ruso. Era dura, fría y áspera, como la de un roble.

Irina se agarró a la barandilla con fuerza hasta tener los nudillos blancos. Cerrando los ojos, contó hasta tres e intentó sosegar los erráticos latidos de su corazón. Había sabido desde el principio que aquella llamada llegaría. Tarde o temprano.

—Hola, Anton... Sí, mi madre me comentó que me llamarías.

—Estoy en Estados Unidos, en un hotel de Nueva York; permaneceré aquí durante las próximas dos semanas. —Una pausa y el sonido de expulsar humo. ¿Su padre fumaba?—. Me gustaría citarme contigo, si a ti te parece bien.

¿Por qué estaba tan nerviosa? ¿Por qué aquel futuro encuentro la hacía sentir como si estuviese recuperando una parte de su vida? Siempre se había sentido completa, pero tenía curiosidad. Conocer a su padre, verlo en persona... De pequeña le había pedido una foto a Katherine, y aunque lo recordaba vagamente, por supuesto el paso del tiempo también habría hecho mella en él.

—Mañana estoy ocupada, pero pasado mañana podríamos vernos en una cafetería. ¿Te parece bien si te mando la dirección en un mensaje a este número?

—Sí, por supuesto. —Silencio. Ira se preguntó si debía añadir algo más—. De acuerdo. Gracias, Irina.

Tras colgar, necesitó cinco minutos para tranquilizarse antes de entrar. No quería responder a todas las preguntas de sus amigas, y seguramente ellas creerían que había sido Dorek quien la había llamado... aunque éste parecía

haber perdido todo interés por ella. Ignorando la punzada de decepción que sintió, se recompuso con celeridad y entró en la casa con una enorme sonrisa en el rostro.

Andrea sacaba del frigorífico más comida; estaba sola. Supuso que las demás estaban de nuevo en el patio.

Al verla, sonrió.

—Ey, cariño, ¿todo bien?

—Sí, gracias —respondió débilmente con una sonrisa.

—¿En serio? Pareces... desilusionada.

—Estoy cansada, tengo muchas cosas que hacer y...

—¿Estás segura? —Andrea fue hasta ella, para colocar una cálida mano en su hombro—. Sabes que me puedes contar lo que quieras. Quizá pueda echarte una mano.

Irina miró a su amiga con desesperación, debatiéndose entre guardar silencio o desahogarse. Derrotada, optó por la segunda opción, odiando no ser tan fuerte como su madre y mantener los problemas a un lado. Suspiró y se encogió de hombros.

—Mi padre se ha puesto en contacto conmigo.

Los grandes ojos castaños de su amiga se abrieron por completo.

—¿T-tu... pa-padre? Pero... tenía entendido que nunca lo habías visto.

—Nunca he tenido contacto con él; le pasaba una pensión a mi madre, pero jamás quiso saber nada de mí. —Con los ojos húmedos, miró las sandalias de su amiga, incapaz de aguantar el peso de su mirada—. Estoy aterrada y, a la vez, eufórica. Siempre he querido verlo, conocerlo...

—¡Entonces hazlo! Mira, no voy a defender lo que hizo tu padre, porque, sinceramente, me parece horrible. Pero sé egoísta por una vez en tu vida. ¿Quieres verlo? Queda con él. Tal vez te sientas mejor al hacerlo y al poder preguntarle las razones por las que no se quedó contigo. Irina, eres una madre estupenda y muy buena amiga, permítete por una vez ser egoísta. Piensa en ti.

Sonriendo, asintió y abrazó a su amiga con fuerza, captando el dulce olor de su colonia.

—Gracias, Andrea.

—Para eso estamos, cariño. Deja de intentar ser perfecta y mantener una vida uniforme y controlada al detalle; puedes permitirte ser espontánea algunas veces —añadió guiñándole un ojo.

Irina se rio y negó con la cabeza.

—Si te refieres a Dorek...

—¡Bien!, tenía muchas ganas de hablar sobre ese tema —dijo cogiendo un taburete y sentándose.

—Yo... estoy hecha un lío. Estoy confundida, vivo en un caos interior. Le dije que estaba interesada en él, que quería conocerlo, pero él no me ha llamado ni ha venido a buscarme. —Encogiéndose de hombros, intentó restarle importancia al asunto—. Supongo que no estaba verdaderamente interesado en mí.

—Ira, Dorek está loco por ti. Quizá esté muy ocupado con el trabajo o le haya surgido algún problema familiar. Él no es así, no pienses mal de ese chico. ¿Por qué no dejas que ocurra lo que tenga que ocurrir? Quizá, si dejases de intentar controlar todo el tiempo la situación, las cosas resultarían más fáciles.

Quiso protestar, gritar que ella era así, que necesitaba tenerlo todo bajo control, que estaba harta de que los hombres quisiesen jugar con ella, de no encontrar algo serio... de sentir envidia de la vida que Taylor y Andrea estaban llevando... Pero supo que era una tontería. No debía hacer protagonista de su vida a alguien que claramente no tenía tiempo que dedicarle.

—Claro —asintió.

Andrea la miró con comprensión, como si la entendiese.

—Sé que es complicado...

—¡Y una mierda es complicado! —Taylor entró en ese momento. Tenía la gorra puesta al revés y el pelo húmedo por el calor—. Ira, ¿Dorek te está jodiendo? Puedes decírmelo con sinceridad, te juro que yo me ocuparé de él.

Sonriendo, miró a su embarazadísima amiga.

—Tay...

—Tengo una pistola guardada arriba; Kevin no quiere que la coja, pero por ti haría una excepción.

Andrea soltó una carcajada.

—Por Dios, deja la violencia...

—Contigo no hablo, española..., así que haz el favor de sacar la comida mientras charlo con Ira y le doy una solución a su problema.

—No eres la más indicada para hablar y dar consejos... —dejó escapar Andrea antes de salir corriendo y cerrar tras de sí. El paño que le había lanzado Tay se estrelló contra el cristal de la puerta.

Luego la miró a ella con una ceja alzada.

—¿Estás permitiendo que un hombre represente un problema en tu vida? Porque, definitivamente, te creía más lista.

Irina sonrió y alzó una ceja.

—Mira quién habla.

—Perdona, pero yo siempre he sido un hueso duro de roer. ¿Dorek te ignora? Sinceramente creo que tiene problemas o le ocurre algo. Creo que está colado por ti, pero, si tú crees que no es así, definitivamente pasa de él. —Los claros ojos de su amiga brillaron con fuerza—. Irina, si estás en una relación es para reírte, pasarlo bien, sentirte mejor... nunca peor. ¿Me entiendes? La vida de los militares no es tan complicada como ellos quieren hacernos creer, pero a veces es cierto que tienen muchas cosas que hacer.

Ella se quedó sorprendida por el grado de madurez que contenían las palabras de su amiga. Siempre la había considerado demasiado salvaje, impulsiva y enérgica como para tener claros sus pensamientos, pero al parecer era la que conseguía verlo todo con la suficiente claridad.

Abrazándola, acarició su abultada barriga con gran cariño.

—Gracias.

—Eso, a las desconocidas. Ahora cógeme un batido de fresa, se me ha antojado.

Asintiendo, se agachó y abrió el frigorífico, en su busca. Taylor iba a salir al jardín cuando se paró y giró la cabeza.

—Ira —la miró y asintió—, disfruta, ¿vale? Permítetelo por una vez.

Esbozando una sonrisa, salió al exterior y comenzó a cantar una extraña canción. Oyó a Violette quejarse.

Relajada, pensó en lo afortunada que era por tener amigas tan buenas y desinteresadas.

* * *

Irina fue a tirar la basura y se quedó mirando cómo el sol se escondía entre las casas hasta dejar un cielo oscuro repleto de estrellas. No fue consciente de cuánto tiempo se quedó allí observando la bóveda celeste, pero resultó un pequeño capricho que le encantó darse. Luego, tras regresar a su casa después de la fiesta de celebración, llevó a su madre y a su hija a un restaurante. Cuando terminaron de cenar volvieron a casa dando un paseo. Su madre tenía dos días libres por delante y, con una agenda tan apretada como la de Irina, había aceptado quedarse con ellas para cuidar de Amy cuando la modelo tuviese que ir a trabajar y llevar a la cría al colegio.

Pasado un rato, salió al porche y se soltó el cabello; se sorprendió al notar lo tan largo. Pensó que debería cortárselo para el verano, aunque a Amy le encantaba jugar con él. Inmersa en sus pensamientos, descubrió de pronto un coche oscuro que le pareció conocido. El cristal delantero de la ventanilla descendió, para mostrar ante ella los ojos color miel del polaco.

Con el pelo húmedo y el vello incipiente en la mandíbula, parecía un dios dorado. Sonriendo, se cruzó de brazos e intentó parecer informal y desinteresada. Seguramente no lo estaba consiguiendo.

—Dorek.

—Ira, lamento no haberte llamado, he estado muy ocupado. ¿Me permites invitarte a cenar?

Ampliando la sonrisa, negó con la cabeza.

—Ya lo he hecho, lo siento.

—Entonces... ¿aparco y damos un paseo?, o quizá Amy está sola... De verdad, entiendo que estés decepcionada. Podría haberte escrito un mensaje estos días, pero he tenido problemas y...

—Humm... ¿Estás bien? —lo interrumpió, sin saber a dónde quería llegar.

—Sí; si aceptas dar una vuelta conmigo, puedo explicártelo todo. —La intensidad de su cálida mirada la dejó paralizada—. Por favor.

Suspirando, asintió.

—De acuerdo, mientras aparcas voy a entrar un momento. Salgo en dos minutos.

Dorek sonrió abiertamente, lo que le hizo parecer un poco más joven y jovial. Su rostro se había iluminado.

—Genial.

Irina entró en casa a gran velocidad para cambiarse el chándal por unos vaqueros y unos zapatos cómodos. Fue hacia el salón para hablar con su madre, que estaba viendo la televisión, un programa de cocina.

—Mamá, ha venido a visitarme un amigo. Voy a dar un paseo, pero volveré pronto.

Katherine asintió lentamente, con una clara duda en sus oscuros ojos.

—Muy bien, cariño. Yo me quedo con Amy. Ya está dormida.

Asintió en silencio y salió de la casa, cerrando la puerta tras de sí. Se encontró a Dorek justo enfrente, esbozando una gran sonrisa. Llevaba unos pantalones chinos que le sentaban de infarto, gracias a aquellas largas piernas que tenía. Cogiendo aire, fue hacia él.

El marine la miró rápida y disimuladamente de arriba abajo antes de hacerle un gesto.

—Te prometo que será un paseo corto. Me imagino que debes de estar cansada.

Repentinamente, se sintió nerviosa, pero procuró que él no lo notase.

—La fiesta de Taylor ha estado bastante bien, sinceramente. —Sonrió—. Ha sido un buen día.

—Taylor no quería que los hombres estuviésemos por allí. —Dorek asintió cuando ella lo miró con una ceja alzada—. En serio. Es más, nosotros lo hemos celebrado en casa de Scott. Hemos tomados unas cervezas y poco más. Bryan no ha parado de preguntar por Grace.

Irina sonrió irónicamente. Su situación era la inversa a la de su amiga.

—Ah, ¿sí?

—Sean se está cebando con él, ¿entiendes? Le gusta tomarle el pelo todo el tiempo.

Negando con la cabeza, frunció el ceño.

—Los hombres sois muy diferentes a nosotras.

—Bueno, Grace...

—Grace es como es por circunstancias de la vida —la defendió, sintiéndose repentinamente incómoda—. Oye, Dorek...

—Perdona, espera, espera... —Alzó las manos y se colocó delante de ella—. Mira, estoy nervioso, ¿vale? Me gustas muchísimo y no quiero volver a meter la pata. Sólo he venido a contarte por qué he estado ausente. Estoy gestionando papeleo en mi trabajo para poder promocionarme y...

—Lo entiendo —Irina lo interrumpió con suavidad—, pero yo quiero a alguien que pueda dedicarme su tiempo.

—Yo puedo hacerlo, Irina; reconozco que he tenido un fallo, pero es sólo eso, de verdad. Entre la burocracia para la promoción y los problemas con la herencia de mi abuela, ha sido una semana pésima —La cogió de las manos, quizá inseguro por su silencio—. En serio, quiero estar contigo.

¿Había muerto su abuela? Demonios, aquello no se lo esperaba.

—Lo siento. —Al ver su confusa mirada, se aclaró la garganta—. Lo de tu abuela.

—Gracias; no tenía mucha relación con ella, pero es una pena no tenerla con nosotros.

—Lo entiendo, de verdad.

Aguantando aquella mirada topacio, sonrió con suavidad. Inesperadamente se encontró entre los fuertes y protectores brazos de Dorek. Su increíble olor a frescor masculino la envolvió durante unos segundos antes de devolverle el abrazo, sintiendo una súbita felicidad.

—Te he echado de menos. Déjame verte mañana por la tarde.

Curvando las comisuras de los labios, suspiró.

—De acuerdo.

—¿En serio? Guau, estoy que me muero de los nervios, princesa. ¿Sobre las cinco?

Conteniendo la sonrisa, asintió.

—De acuerdo, te esperaré en mi casa. Ahora creo que...

Dorek la agarró de la mano para evitar que se alejara y se la apretó dulcemente, para luego llevársela a los labios. Aquel cálido y pequeño gesto la sobrecogió. No pudo contener las tremendas ganas que sintió de mirarlo a los ojos, pero sí las inmensas que tuvo de besarlo.

Besar, para ella, era una de las cosas más excitantes. Cuando Dorek la besaba, un fuerte escalofrío la recorría de pies a cabeza, seguido por un intenso calor que luego tardaba en desaparecer. Deseaba tanto al hombre que

le besaba la mano que a veces odiaba el hecho de que él no se atreviese a más.

Quizá... ¿era culpa suya? ¿Tendría razón Taylor y su aire de perfeccionista sólo conseguía alejar a los demás de ella? Pero... podría cambiar. Podría ser más atrevida e ir a por lo que quería. Sin quedarse esperando. ¡Por Dios!, llevaba demasiado tiempo anhelando que las cosas sucedieran, y tal vez lo que tenía que hacer era ir a buscarlas.

Dorek frunció el ceño.

—¿Ira?

Sonrojada por las intenciones que rondaban su cabeza, intentó retomar el hilo de la conversación... ¿por dónde estaban?

—Debo irme, pues tengo que madrugar por cuestiones laborales... y me he perdido —admitió. A pesar de ser alta, tuvo que ponerse de puntillas para besarle muy cerca de la boca, presionando lentamente hasta casi lamer aquella escueta piel cerca del labio. Los ojos de él brillaron, amenazadores, como si el beso lo hubiese encendido—. Me encantará verte mañana. Hasta entonces.

Tras darse la vuelta, contuvo una sonrisa de satisfacción mientras se alejaba, sintiendo la mirada del marine a sus espaldas.

Irina tomaría las riendas, dejaría a un lado sus preocupaciones y disfrutaría de lo que Dorek le ofreciera, fuera lo que fuese y durara lo que durase.

Cuando llegó a su casa, observó el asombro en el rostro de su madre, seguramente sorprendida por lo poco que había durado el paseo. Acercándose a ella, besó su mejilla y fue hacia su habitación.

—Voy a ir a acostarme, mamá. Mañana tengo que levantarme temprano.

—De acuerdo cariño, yo me quedo un poco más. Descansa.

CAPÍTULO 5

Irina estaba poniéndose el bikini color carne para las fotos mientras una peluquera terminaba de recoger su largo cabello oscuro en un moño desenfadado. Las fotos debían parecer un desnudo, pero en realidad sus partes más íntimas estaban tapadas con aquellas pequeñas prendas, pues así se sentía más cómoda. El famoso modelo francés que compartía esa campaña publicitaria con ella debía de estar ya esperándola, por lo que, con un pequeño asentimiento, salió del camerino con una suave bata puesta.

Mientras caminaba por los pasillos, donde un montón de gente trabajaba frenéticamente, vio de espaldas, junto al fotógrafo y los focos, a un gran hombre rubio. Sus anchos hombros, los trabajados brazos y aquellos glúteos duros le recordaron a alguien, aparte de atraer su atención. Cielos, no recordaba al francés tan enorme y dominante.

Es más, Jean Paul era bastante femenino en algunos aspectos, por eso gustaba tanto.

El pelo rubio del modelo estaba peinado hacia atrás y se preguntó si...

—Irina, ven, por favor. Hemos sufrido algunos contratiempos —le dijo el fotógrafo, haciéndole un gesto—. Espero que no te importe.

Confundida, fue hacia ellos, pero, al ver el perfil del rostro masculino, se paró.

Aquella nariz recta, los labios fuertes y duros, la mandíbula suavemente pronunciada... Demonios. ¡Demonios...! Era Dorek. Él la miró con sorpresa, luego con alegría y, por último, con un sentimiento que no pudo descifrar.

—¿Dorek? ¿Qué haces aquí?

—Algunos marines a veces nos ofrecemos voluntarios para aparecer en calendarios benéficos; me llamaron ayer por la noche, justo después de irme de tu casa, y acepté. No tenía ni idea de que ibas a estar aquí, aunque me alegro.

Frunció el ceño y parpadeó.

—Pero...

—Soy Joshua, me encargaré de dirigir la sesión fotográfica y tomar las imágenes. Irina, ¿te parece bien que cambiemos al modelo? Lo tenemos todo listo, por favor. Las fotos serán tal como acordamos y firmamos.

La suplicante mirada del fotógrafo la hizo asentir incluso antes de pensarlo. Luego se centró en Dorek y él también asintió. Desde luego era muchísima casualidad que estuviese allí sustituyendo a un prestigioso modelo francés. Y no porque Jean Paul fuese mejor que él, pues, para ella, no lo era, sino porque habría muchísimos modelos masculinos dispuestos a ocupar ese lugar.

Suspirando, se puso en el escenario, a la espera de las órdenes del fotógrafo. Temblando de anticipación y con todo el cuerpo repentinamente caliente, observó cómo Dorek se dirigía hacia ella, imponente, fuerte, moviéndose como un felino y sin quitar sus ardientes iris dorados de ella.

Mordiéndose el labio, se miró los pies y lo sintió a su espalda. El delicioso calor que desprendía, el olor masculino a limpio y fresco... ¡Joder!, su corazón latía cada vez más rápido. Deseaba... no, ansiaba que pusiera sus manos sobre sus hombros, la pegara a su cuerpo y posara la boca sobre su cuello... para lamer esa sensible zona y luego subir hasta encontrar sus labios y...

—¿Irina? ¿Todo bien?

Sonrojada, levantó la mirada hasta Joshua. Asintiendo, murmuró una suave disculpa. Sintió la risa silenciosa del polaco en el ancho pecho que tenía detrás.

—Dorek, abraza a Irina tapando sus pechos con uno de los brazos y colocando el otro sobre su estómago, y mírala. Querida, tú cierra los ojos pero dirige la mirada hacia él; con ello pretendemos anteponer el tacto a la vista y...

Sin terminar de escucharlo, esperó a que Dorek la pegara a su cuerpo. Tras sentir las manos de éste en sus caderas, la atrajo hacia él hasta estar apoyada en su cuerpo. Un flash saltó, pero Irina no pudo desprender su atención de lo que él hacía... de lo que provocaba en su cuerpo.

Las manos ascendieron con lentitud hasta llevar un brazo a sus pechos, tapando la banda de color carne. Avergonzada, notó cómo sus pezones se ponían duros como guijarros. Dorek lo estaba sintiendo, y estaba segura de que él percibía todo lo que su fornido cuerpo le estaba haciendo pasar.

De repente, sintió cómo una de sus manos le giraba el rostro... ¡Ah, sí!, tenía que mirar hacia él, pero con los ojos cerrados. Sí, eso podía hacerlo... si Dorek dejaba de seducirla delante de todo el equipo. Sorprendida, descubrió que lo que más deseaba en ese momento era bajar la mano de Dorek hasta su entrepierna y echar el trasero hacia atrás. ¿Cabía la posibilidad de que él estuviera duro, que la deseara?

—Ahora cambiaremos la posición a...

Los dos fueron efectuando las siguientes posturas según las indicaciones de Joshua, hasta que Ira tuvo que girarse y abrazarse a él. Evitando su mirada, se pegó al cuerpo masculino y...

Oh, oh... Así que no era la única que estaba viviendo una tortura en aquella sesión de fotos. Sentía contra su estómago la dura polla de Dorek, presionando, muy caliente. Apretándose un poco más, oyó la maldición que soltó éste entre dientes. Sonriendo, intentó controlar...

—No te rías, Ira —murmuró contra su oído, apenas moviendo los labios. Sopló suavemente, haciendo que la sensación de calor fuese mayor—. Esto no quedará así.

—Chicos, lo estáis haciendo genial. Ya queda menos, ¿queréis parar a beber...?

—No, estamos bien. —La voz de Dorek sonó ronca y rasposa, pero a la vez dulce como el terciopelo. Aguantando la sonrisa, ella supo que, si se movía, todos verían la espectacular erección que tenía—. ¿Verdad?

—Sí, por supuesto —susurró débilmente.

Tras terminar la sesión, todos comenzaron a recoger. Irina buscó una bata para él lo más rápido posible, y luego otra para ella. Mirándolo de reojo, sonrió y negó con la cabeza, incapaz de creer la química sexual que había entre ellos.

El fotógrafo se acercó con una sonrisa y le cogió las manos, dándole un amistoso apretón.

—Muchas gracias, Irina. Ha sido un placer trabajar contigo. Tu fama te precede; muchos modelos habrían puesto el grito en el cielo al tener que trabajar con alguien que no es un profesional del sector.

Devolviéndole el gesto, asintió.

—Lo entiendo perfectamente.

—Jean Paul tiene gripe; podría haber venido, pero tu representante no quiso que te arriesgaras a contagiarte, parece que tienes muchos proyectos.

—William siempre piensa en mí.

Con un gesto afirmativo de cabeza, el fotógrafo volvió a musitar un «gracias» antes de hablar con otros trabajadores, que recogían el escenario.

Irina fue hacia su camerino sola, sin dirigirle ni una palabra a Dorek. Aquellos tacones de aguja que llevaba usualmente, y con los que podía caminar a la perfección, se le hacían en ese momento difíciles de soportar. Cada vez que sus muslos se frotaban entre sí, el calor palpitante que sentía en su sexo aumentaba.

Una vez dentro del camerino, cerró los ojos y se apoyó sobre el cambiador.

Maldito fuese Dorek, su cuerpo y aquella dichosa sesión fotográfica.

Cuando viese al marine por la tarde, se lo...

La puerta de su camerino se abrió. Irina se giró con rapidez para pedir cortésmente a quien fuera que la dejara sola... cuando lo vio. A él, colándose y echando el pestillo. El inmenso marine se quitó la bata y la prenda que tapaba su desmedida erección... que en ese instante apuntaba hacia ella con la enorme cabeza roma de color rojo oscuro. El tronco, largo y ancho, estaba surcado por algunas suaves venas.

Suspirando, lo miró a los ojos.

—No me digas que no quieres esto, porque sé que sí —susurró acercándose a ella.

Como respuesta, Ira se quitó la bata y las prendas a gran velocidad, exponiéndose por completo.

Luego alzó la cabeza, para mirarlo fijamente.

—¡Demonios!

—Vamos, deja de tratarme como si fuera una cría de quince años. No soy virgen —musitó agarrándose al borde del tocador.

—Por todos los santos, no.

Dorek acortó la distancia para pegarse a ella y alzarla por las caderas; tras subirla al tocador, abrió sus muslos con una rodilla mientras una mano en su cuello la apretaba con suavidad, acercándola a su boca.

Irina se humedeció los labios antes de sentir cómo él la atraía bruscamente a su boca. La devoró. Aquel salvaje y ardiente beso la estremeció, provocándole un gemido. Los labios de él la obligaron a abrir los suyos para penetrar con su lengua y acariciar todos los recovecos de su boca. Cuando se animó a hacer lo mismo, los dientes de él apresaron con delicadeza su lengua.

Ella hizo el amago de alejarse, pero la mano de él en su cuello lo impidió.

La dominancia y la calidez de su mirada la derritieron.

—Quieta, *dushka*. —Irina lo miró sorprendida. Esa palabra rusa representaba una verdadera expresión de cariño.

Su corazón dio un vuelco.

—Eres hermosa, *dushka* —siguió hablando. Le acarició la mejilla con el dorso de la mano—. No sé cómo he aguantado tanto tiempo hasta conseguir estar aquí contigo. Desnuda. Tus pechos, tus oscuros pezones... —Dorek se metió un dedo en la boca. Tras chupárselo, ella observó complacida cómo lo llevaba hasta sus doloridos botones, acariciándolos y humedeciéndolos. ¿Quién demonios le iba a decir que Dorek eran tan dominante y caliente en el sexo? Lo había visto tan callado, reservado y respetuoso... Le gustaba.

Aquella faceta de él la fascinaba.

Los tendones de su cuello se tensaron cuando intentó estirar una mano y coger el enorme mástil que sobresalía entre sus piernas.

Él se lo impidió.

Cuando Irina lo miró con el ceño fruncido, la besó en los labios.

—Más tarde.

Lo observó agacharse hasta quedar de rodillas entre sus piernas. Tragando saliva, supo lo que se disponía a hacer y sonrió plácidamente. Lo ansiaba. Sentir su boca sobre ella. Recordó que años atrás había salido con un

estadounidense que nunca había querido practicarle sexo oral. Al principio le había dado igual, pues estaba enamorada de él, pero con el paso del tiempo había descubierto que quería más. Algo más.

Y ahora iba a tenerlo.

Ansiosa, asintió.

—Por favor...

Ante el primer contacto de su boca en ella, gritó y llevó las manos a su cabello dorado. Los labios de él mordieron y lamieron los suyos inferiores, mientras con sus dedos la penetraba para prepararla. Dio un pequeño salto por la intrusión, incómoda al principio, pero enseguida terminó por aceptarla. Llevaba tanto tiempo sin mantener relaciones sexuales que tuvo cierto miedo por si volvía a sentir dolor.

Sin embargo, su propia excitación ayudó a que los dedos entraran y salieran sin dificultad, oyéndose un sensual sonido de succión. Sonrojada, lo miró con disculpa en los ojos. Dorek le guiñó uno y se concentró en el inflamado clítoris, dibujando círculos a su alrededor. Irina contempló cómo la acariciaba, cómo la humedecía... sin tocarlo. Sus labios estaban más oscuros, abiertos y húmedos.

Dorek volvió a lamerla desde el clítoris hasta el final de su sexo.

—Dios... —Apretó los ojos, pero volvió a mirarlo—. Demonios...

—Estás tan caliente y abierta, Ira. Lista para mí.

—Sí, lista. —Asintió varias veces, mirando su erección. Vio una lágrima preseminal en la punta, lo que le hizo comprender que él también estaba deseoso de ser acariciado. Estiró la mano con rapidez—. Déjame...

Sin oírla, retiró su mano con cierta brusquedad y absorbió su clítoris. Sorprendida, llevó las manos hasta su pelo y apretó los dientes, queriendo controlar los intensos gemidos que estaban a punto de escaparse de su boca. La forma en la que la acariciaba decía claramente lo bien que sabía complacer a una mujer.

—Me encantas, cariño —susurró antes de penetrarla con dos dedos sin dar descanso a su palpitante y dolorido clítoris.

—Ya, ya. No puedo más... —jadeó—. Espera.

—Sí que puedes —tras otra lamida, Irina gimió más fuerte—, y vas a correrte ya.

Moviendo los dedos sobre su sexo y a la vez prestando atención a su clítoris con la lengua, la llevó a un enloquecedor orgasmo que la hizo gritar y arquearse sobre el tocador mientras apretaba el rostro de Dorek contra su sexo, sintiendo su respiración.

Dándole una última lamida, subió sobre ella hasta llegar a sus labios.

Hambrienta, le rodeó el cuello con los brazos y lo besó. Introdujo la lengua en su boca, saboreándose y excitándose aún más. El hecho de que le gustara el sexo y no tuviera miedo a probar diferentes cosas le agradó infinitamente. Dispuesta a devolverle gustosamente el favor, iba a agacharse cuando él volvió a apresarla, impidiendo que se moviera.

Lo miró a los ojos.

—Otro día, cariño. Ahora déjame estar dentro de ti.

Asintiendo, lo paró un momento. Abrió el primer cajón del tocador y sacó un condón. La mirada de él la hizo reír.

—No, no son míos; llevan aquí desde que entré a trabajar. Y no pienso mantener sexo sin protección.

Sonriendo, él asintió.

—Por supuesto, no sé con cuántos has estado... podrías pegarme algo — murmuró llevando las manos de ella hasta su erección, instándola a que le pusiera el preservativo.

Riéndose suavemente, frunció el ceño.

—Sí, claro.

Lo miró al oírlo silbar por lo bajo. El preservativo le quedaba bastante apretado. Tras terminar, lo miró fijamente e intentó no mostrar lo inquieta que estaba. Siempre había sentido molestias al mantener relaciones sexuales, seguramente porque en la mayoría de las ocasiones no había estado lo suficientemente preparada.

Dorek le acarició el rostro con el dorso de la mano para luego alzarle una rodilla y colocarla sobre el tocador, abriéndola y dejándola expuesta a sus hambrientos ojos.

—¿Estás nerviosa?

—Sólo te pido que vayas despacio... por favor.

Tras asentir, la sujetó por la cintura y la acercó al borde del mueble. Ella observó cómo Dorek se agarró el miembro, apretando varias veces antes de colocar la cabeza en la entrada de su sexo, y luego gruñó.

Irina cogió aire al sentir la primera penetración, que la expandió. De acuerdo, no era incómodo, sólo sentía que la estaban abriendo mientras un abrasador calor la recorría por todo el cuerpo. Percibió cómo el cuerpo del marine se iba perlado de sudor y al volver a mirar hacia donde sus cuerpos se unían...

¡Diablos, nunca había contemplado algo tan erótico!

El ancho pene de Dorek estaba completamente empapado de ella y entraba y salía sin parar, pero con lentitud. Los labios de su sexo se habían oscurecido levemente, y estaban muy mojados. Alzando la vista, agarró a Dorek por el cuello y lo besó, abriéndole la boca con los labios y saboreándolo por completo.

Se estremeció cuando unos dedos acariciaron sus húmedos pliegues para luego ascender hasta el tenso clítoris. La forma en que lo pellizcaba, efectuando una suave presión para luego frotarlo, consiguió que se arquease, ansiosa de sentirlo otra vez. Nunca la habían acariciado de aquella manera, con tanta magia y placer. La mayoría de las veces sus exparejas habían sido demasiado brutos, frotando con tanta fuerza que había tenido que pedirles que pararan.

Apretó los dientes.

—Me encanta —murmuró pegando los pechos al torso de Dorek. Él le recorrió el cuello con la lengua, dándole suaves mordiscos—. Oh, Dios mío...

—Me aprietas tanto, Irina. Hazlo de nuevo —gruñó, entrando totalmente en ella.

—Yo...

Entraba y salía de ella despacio, dejando que se acostumbrara hasta poder imprimir un ritmo más rápido.

De repente sus miradas se encontraron. No sabía explicar el porqué, pero la intimidaba. Aquella sonrisa pícaro y juvenil, los hoyuelos que se le marcaban al sonreír, el inmenso y enorme cuerpo que embestía contra el suyo, los ojos dorados tan cálidos y derretidos como miel ardiente...

Se extasiaba con sólo mirarlo.

De pronto dio una fuerte embestida, entrando por completo en ella.

—Ay, Dios —susurró.

Dorek volvió a salir casi totalmente para entrar de nuevo. Irina se agarró más fuerte a sus masculinos hombros y lo instó a aumentar el ritmo, apretando las piernas alrededor de sus caderas.

—Sí, sí, ¡sí! ¡Hazlo un poco más rápido! —Cuando él paró, lo miró—. ¡Por favor, no me dejes así! Estoy muy cerca.

Moviéndose más veloz, vio maravillado cómo los pequeños pechos de Irina se movían con cada embestida que daba. Tenía una mano puesta en su cadera, sujetándola mientras intentaba aguantar lo máximo posible. No quería que aquello acabase tan deprisa... no cuando había esperado tanto tiempo para estar dentro de ese tentador cuerpo femenino... tanto tiempo deseándola, queriendo estar con ella.

—*Dushka...*

Miró hacia aquel íntimo lugar en el que ambos estaban unidos y gruñó. Llevó la mano que le quedaba libre hacia uno de sus pechos. Lo acarició y, sin poder controlarse, se echó sobre ella y chupó sus pezones hasta notar que las paredes del sexo de Irina le apretaban la polla, obligándolo a llegar hasta el ansiado clímax. Aquella suavidad y calor que le daba... Era como estar en casa. Estaba hecha para él, su medida era perfecta para su cuerpo.

Cuando se corrió, se sostuvo sobre sus brazos para no dejar caer todo su peso sobre la modelo. Sentía pequeños temblores recorrer el cuerpo de la chica, gotas de sudor deslizarse entre el valle de los pechos... Estaba húmeda, completamente húmeda. Su piel brillaba como si miles de estrellas se hubiesen pegado a ella. Parecía una diosa.

Llegó hasta sus labios y la besó con suavidad.

Ella abrió los ojos y sonrió, satisfecha enteramente. Miró los brazos del marine, donde los músculos y los tendones se marcaban. Acarició su fornido torso, raspándolo dulcemente con las uñas mientras alzaba la mirada hacia aquellos ojos puestos en ella. Eran tan hermosos que la hicieron suspirar.

—Ha sido fantástico, Irina... No te imaginas cuánto deseaba esto... cuánto te deseaba a ti.

—No ha estado mal —bromeó ella, consciente de que había sido igual de intenso para ambos.

—No, nada mal... Sigue en pie la cita de las cinco, ¿verdad? —preguntó sin incorporarse, encantado de tener aquel cálido y grácil cuerpo pegado al suyo.

—Sí —musitó con una sonrisa.

—Amy puede venirse con nosotros, podemos cenar en un sitio que a ella le guste, ¿te parece bien?

Los ojos dorados del polaco se veían sinceros, alegres y llenos de intenciones. No iba a mentir: el hecho de que, tras la pasión y sus halagadoras palabras, contara con el ser más importante de su vida la llenó de dicha. Sin poder aguantar la sonrisa, asintió enérgicamente y lo abrazó por el cuello.

—Amy se pondrá muy feliz.

—Tengo muchas ganas de verla. ¿Quieres que te acerque al colegio o a tu casa? Déjame que te ayude a incorporarte.

Estaba sorprendida. Ningún hombre había tenido tantas consideraciones con ella y con su hija. Eso era lo que siempre había querido, y parecía que lo había encontrado. Dorek salió de ella con suavidad, robándole un pequeño sonido antes de cogerla y bajarla al suelo.

—¿Hay duchas aquí?

Asintió y señaló hacia el final del camerino.

—Sí, están ahí.

—Genial. —Con una sonrisa, se quitó el preservativo y lo tiró a la basura. Le hizo un gesto con la mano—. ¿Vienes?

Entreabrió los labios y ladeó la cabeza, ¿a dónde?

—¿A ducharme contigo?

—Claro —soltó sonriendo—. Vamos.

Delante de él, lo dirigió hacia las duchas y se apoyó en la pared, algo incómoda por su desnudez, aunque le gustaba bastante poder mirarlo de arriba abajo sin tener que preocuparse de qué pensaría él. Se habían acostado, tenía ese derecho.

Dorek apagó la luz, dejándolos en penumbras.

Irina lo miró con una ceja arqueada.

—Así todo es más... íntimo, ¿no crees?

Abrió el grifo del agua y se metió bajo ésta con rapidez, estirando un brazo en señal de invitación. Irina se repitió nuevamente que no debía caer... con tanta facilidad en sus brazos. Pero ahí estaba, desnudo, con el agua deslizándose por su fuerte cuerpo hasta llegar al húmedo suelo.

Lo miró a la cara y se sonrojó.

Pudo ver cómo sus ojos, a pesar de la semioscuridad, brillaban con fuerza.

—*Dushka...*

En ese momento fue consciente de la gran erección que lucía... otra vez. Inmensa, ancha y con la punta, más oscura, apuntando hacia arriba, hasta rozar directamente su ombligo; bajo ésta colgaban sus testículos, pesados.

Dios, era increíble.

Los abdominales de su torso se tensaron ante la expectación.

Sintiendo cierta humedad entre sus piernas, alzó la cabeza.

—Quizá...

—Ven. —Movió la mano—. Ven aquí, Ira.

Tras morderse el labio inferior, fue hasta él. Cuando sus manos se tocaron, él tiró de ella hasta tenerla pegada a su cuerpo, donde el agua caía como una cascada. Su cuerpo rápidamente se mojó, y ambos quedaron envueltos en un espeso vaho.

Dorek dirigió sus labios hacia su largo y femenino cuello, para lamerla y devorarla. Mientras, la inclinó con ambas manos para poder encajar mejor su pene entre la unión de sus muslos, ella apoyada sobre la pared de baldosas de la ducha. Luego deslizó una de las manos por su plano estómago, llegó hasta su monte de Venus y, abarcando con toda la mano su sexo, apretó suavemente, encajando el pulgar sobre el clítoris.

Irina gimió y alzó las caderas.

Las bocas de ambos se encontraban a la misma altura, así que, sin poder evitarlo, Irina lo besó. Luego abrieron las bocas y entrelazaron sus lenguas mientras el beso se fue profundizando más y más, creando entre ambos una atmósfera muy íntima. Se sentía totalmente perdida en sus besos; besaba tan bien que a veces se preguntaba si ella besaría así. Su cuerpo vibraba con cualquier caricia que él le diese.

Separó los labios de los de él al sentir las yemas de sus dedos acariciando la entrada de su sexo, con una promesa oscura y salvaje. Jadeó y clavó las uñas en sus anchos hombros.

—Por fin puedo tenerte como siempre he querido —susurró contra ella. Uno de sus dedos la penetró por completo. Gimió al sentirlo totalmente dentro, moviéndose en su interior con suavidad, acariciando las mojadas paredes de su sexo.

—No me fiaba de ti —confesó perdida en el placer.

—Yo sólo quiero estar contigo, Ira. Sólo contigo. Creo que te lo he demostrado todo este tiempo.

Chilló cuando un segundo dedo entró en ella. Sus caderas se movían solas. Mientras tanto, su corazón golpeaba con fuerza su pecho a la vez que notaba los primeros síntomas del clímax.

Moviendo los dedos con rapidez y acariciándole el clítoris, el ansiado orgasmo de Irina llegó rápidamente. Apretando con fuerza aquellos dedos que estaban en lo más hondo de su sexo y sintiendo bajo sus manos los poderosos músculos que componían sus brazos, se corrió gritando su nombre y arqueándose.

Percibió cómo todo su cuerpo se relajaba mientras los últimos espasmos de placer la recorrían, y Dorek la besó con dulzura. Éste movió por última vez sus dedos y luego los sacó. Irina aprovechó ese momento para llevar sus manos a la gran erección. Lo oyó sisear y comenzó a subir y a bajar mientras sonreía contra sus labios.

Ella le daría placer... tanto como él le había dado a ella. Quería que él sintiese al menos la mitad de lo que Irina sentía por él. Sin querer pensar en el futuro ni agobiarse, se concentró en el momento presente.

Lo sentía caliente, duro y suave. Era algo tan difícil de expresar que a veces se preguntaba si aquella relación no se le estaba yendo de las manos.

Y nunca mejor dicho...

Bajó una mano hasta sus testículos con delicadeza...

Dorek embistió contra sus manos. Al mirarlo a los ojos, Irina se estremeció. La promesa de sexo duro, caliente y del bueno brillaba en aquellos iris ambarinos.

Sorprendiéndola, le apartó las manos y le hizo darse la vuelta. Las manos del marine acariciaron varias veces sus caderas, subiendo y bajando e inclinándola aún más, hasta que tuvo su trasero casi totalmente levantado; entonces le abrió las piernas y llevó una mano hasta su clítoris.

—¡Joder! —gritó poniendo los ojos en blanco por el placer—. Dorek... no hagas eso...

Se rio por lo bajo.

—¿El qué? ¿Esto? —De nuevo acarició el clítoris, ejerciendo un poco más de presión.

Gritó tan fuerte que él se rio.

—*Dushka*, nunca te había oído hablar tan alto.

—Es por tu culpa —balbució mientras jadeaba.

Pasó la palma de la mano por su sexo. Irina estaba totalmente segura de que podía sentir en su mano el palpitar de su sexo y su humedad.

Apoyando la mejilla contra la pared de la ducha, gimió.

—Dorek, nunca he rogado, pero... si hace falta que lo haga para que me penetres... lo haré.

Él se rio suavemente. Fue a buscar un preservativo y después de colocárselo, la abrió con los dedos y dirigió su miembro hacia su sexo. La penetró de una sola embestida, ganándose un aullido de placer por parte de Irina. No, no le había dolido, descubrió sorprendida.

—Oh, cielos...

—*Dushka*... no te muevas —gruñó con voz ronca mientras apretaba los dientes.

—Pero necesito...

—No-te-mue-vas.

Pasados unos segundos, en los que recuperó el control, Dorek comenzó a embestirla con rapidez y fuerza a la vez que la agarraba por las caderas. Irina mantenía las manos en la pared mientras se dejaba llevar por el instante, sintiéndose completamente llena en todo momento. Notaba bajo el estómago una gran bola de fuego que la quemaba. El calor iba extendiéndose poco a poco, hasta desembocar en sus terminaciones nerviosas.

Cerrando los ojos con fuerza, apretó los labios.

Esa bola incandescente explotó al sentir los dedos masculinos en su parte más necesitada del cuerpo. Llegó al orgasmo rápidamente y con fuerza, provocando que las rodillas le temblasen y Dorek tuviese que hacer presión para mantenerla donde estaba.

—Mierda —gruñó.

Ella ronroneó de placer mientras sentía el orgasmo del marine. Mientras se corría, apoyó casi por completo su peso en ella. Las respiraciones de ambos estaban agitadas y toda su piel, muy sensible. Sentía una opresión en el pecho, acompañada de la necesidad de mirar a los ojos a Dorek.

Girando la cabeza, observó con deleite su rubio pelo mojado y el agua cayendo sobre él. Sus ojos claros estaban puestos en ella con energía, brillantes y con determinación. Sonreía complacido y el amor que percibía en su mirada...

Se estremeció.

Se sentía la mujer más bella en sus brazos.

Se dio la vuelta, le rodeó el cuello con las manos y se puso de puntillas tambaleándose.

Devoró sus labios con ansias, deseosa de hacerle saber a través de aquel beso lo importante que era para ella. Dorek respondió al beso con la misma o más pasión que Irina, manteniéndola pegada a su cuerpo. Al separarse, le dio un pequeño y casto beso en los labios.

Dios, iba a resultar muy fácil enamorarse de él. No tendría que hacer ningún esfuerzo. Al darse cuenta de ello, parpadeó y se quedó en silencio mientras ambos se miraban fijamente. Él debió de percatarse de que algo había cambiado, ya que llevó sus manos hasta sus pechos y los acarició con suavidad. Fue más una muestra de cariño que algo sexual.

—Déjame ducharme contigo, cariño. Te prometo que te dejaré descansar.

Asintiendo, sonrió ampliamente.

Sí, no resultaría nada difícil.

CAPÍTULO 6

Grace sacó la basura y se sacudió las manos sobre los pantalones. Eran casi las nueve de la noche y, aunque no había conseguido contactar con Ira por si le apetecía tomar algo, Tay le había mandado un mensaje. Al parecer la relación entre su amiga y Dorek iba bien. Por fin. Se alegraba de ello, pues Ira era muy sensible y se lo merecía.

De regreso a su casa, iba pensando en lo cómoda que era su vida. Cero preocupaciones, amigas fieles y... ¿quién demonios era esa pareja?

Oh, Bryan y una mujer con curvas. Él tenía colocado un protector brazo sobre sus hombros. Lo rodeaba un aura dominante y juvenil que muchas mujeres considerarían irresistible. Ella no. Grace había sufrido demasiado con los hombres como para saber cuándo merecía uno la pena... y cuándo no. Y Bryan no la merecía. No de momento, al menos. Si maduraba, en unos años podría llegar a valerla.

Ignorándolos y sin ninguna punzada de celos o dolor por su parte, entró en casa y fue directa a su pecera. Después de darles de comer y observar todos aquellos peces de miles de colores nadar en su enorme hogar, se encaminó hacia su mesa para ponerse a escribir.

Una reminiscencia de su pasado apareció rápidamente en su cabeza, pero la desechó... aunque no antes de recordar a su primer novio y el dolor que a ella le supuso perderlo; recordar cómo la persona que más había amado no había sentido lo mismo y había preferido continuar solo... Aquel dolor fue profundo, tan profundo que incluso le ocasionó algunos problemas de salud. Meses más tarde, al darse cuenta del poder que le había estado dando a una simple persona, decidió marcar un antes y un después en su vida.

Nunca más volvería a ser aquella mujer.

Sus amigas parecían deseosas de tener pareja y establecerse. Ella no. La libertad que disfrutaba al estar sola, sin preocuparse por nadie... era una sensación cálida y, a la misma vez, fría, que la hacía ser inmune a sentir nada

por nadie. En un mundo donde el sexo era tan fácil de conseguir, el amor era sólo para los afortunados. Y Grace no lo era.

Su trabajo de gogó y escritora de novelas eróticas era todo lo que deseaba... al menos por el momento.

Cogiendo aire con lentitud, encendió el portátil y se quedó mirando aquella hoja en blanco. No, no era una escritora muy conocida, no era famosa, pero ganaba bastante dinero como para permitirse caprichos que otras personas no podían darse. Y lo que era más importante, la liberaba.

A Grace le habían durado los novios lo mismo que duraban las flores de Pascua al comprarlas, semanas. Excepto el primero que tuvo... quien se encargó de llenarla de dudas y romperle el corazón y consiguió que, durante meses y meses, no fuera capaz de sacárselo de la cabeza. Cuando la dejó, esperó recibir un mensaje, una llamada... algo, pero los días fueron pasando y acabó por darse cuenta de que él no era tan considerado ni ella tan importante.

Apretando los ojos, sonrió y se encogió de hombros.

—Ya todo me da igual.

Era verdad. Lo había superado tiempo atrás y era feliz. Tan feliz que no pensaba permitir que nadie destruyera su paz mental, su tranquilidad. Era una mujer exigente si a parejas se refería y Bryan no cumplía los requisitos.

* * *

—¿Sabes? Yo soy más de que enseñes pecho. —Taylor asintió varias veces, dándose la razón a sí misma—. Enseña tet...

—No seas burra. —Andrea entraba en ese instante, con Amy, por la puerta.

Irina miró a su rubia amiga con una ceja alzada. La cría estaba aprendiendo un vocabulario bastante... rudo, desafortunado, por culpa de su alocada y embarazada amiga.

Al recordar todo lo que había pasado entre ella y Dorek horas atrás... sus mejillas se encendieron por completo. Sus amigas aguantaron la sonrisa y Andrea salió con Amy hacia la cocina, diciéndole que iba a darle una de las galletas que había traído para ella.

Taylor se levantó con esfuerzo de la cama y cerró la puerta. Luego se acercó hasta estar a su lado y la agarró del brazo, tirando suavemente. Sus ojos azules brillaban de anticipación.

—Humm... ¿Te lo has tirado? Lo sé, lo sé...

—Sí. Varias veces.

Se alejó de su amiga para pintarse los labios. Ella la miraba con la boca abierta.

—Entonces, ¿estáis juntos?

—No —contestó con demasiada rapidez—. Sólo nos estamos conociendo y... ya sabes.

—Hablaré con Kevin. ¡Qué demonios! No me hace falta Kevin, cuando lo vea...

—Tay, para —dijo con una sonrisa y terminando de pintarse—. Las cosas no van así. Ni siquiera para ti fueron así.

Su irreflexiva amiga hizo un gesto con la mano.

—Cosas del destino.

—Eras tú la que huía de él. —Esquivó un cojín que le tiró—. Y eso, ¿por qué?

—Regla número uno: siempre tengo razón. Si dices lo contrario... — Volvió a tirarle un cojín, que esta vez le alcanzó el muslo.

—... me arriesgo a sufrir golpes de cojines, entendido.

Ira se guardó que también estaba nerviosa porque conocería a su padre. Al día siguiente por la mañana debía recibir su llamada y entonces concretarían un lugar de encuentro. Después de tantos años, vería a su progenitor. ¿Tendría el pelo canoso debido al paso de los años? ¿Se conservaría bien? ¿Aparecería solo o bien se presentaría acompañado de su otra familia...? Aquel tema le removía recuerdos infantiles que nunca antes habían salido a la luz.

No iba muy arreglada. Pensaban ir a comer a un restaurante especializado en pollo, por Amy. Llevaba un vestido blanco con algunas transparencias en la espalda y en la parte alta de los muslos, y unos zapatos de tacón bajos de color gris plateado.

Taylor la miraba con el ceño fruncido.

Se olía algo. Sabía que su agitación no se debía sólo a Dorek... era por alguien más.

—Ira...

—Voy a bajar, me están esperando.

—Queda media hora, Dorek llegará dentro de poco, pero no todavía —dijo agarrándola de la muñeca—. ¿Te pasa algo? Sabes que puedes contarme lo que quieras.

Asintiendo, la abrazó.

—Lo sé, pero... prefiero esperar.

—No será por Dorek, ¿verdad?

—No, no es por él —admitió con una sonrisa—. Son asuntos más serios.

—Tienes nuestro apoyo incondicional, nunca vas a estar sola —sentenció con seriedad, mirándola sin un ápice de broma.

—Lo sé, sólo es que... necesito tiempo, procesar las cosas. Eso es todo.

Tras asentir, ambas bajaron al salón. Amy estaba sentada en el sofá con Andrea, quien intentaba quitarle las galletas del regazo.

—Cariño, no más galletas. Vamos a ir a cenar —intervino su madre.

—¡Sólo una! Están riquísimas. La tía Andrea las hace geniales.

Taylor frunció el ceño.

—No muestras tanto entusiasmo cuando te traigo las mías.

Irina puso los ojos en blanco. En ese momento sonó el timbre. Ira fue a abrir para encontrarse a Dorek, Kevin y Scott. Sorprendida, parpadeó varias veces, confundida.

—Venimos a por nuestras chicas —anunció Kevin dándole un beso en la mejilla.

—Exacto, borra ese gesto de horror de tu rostro, Irina —exclamó Taylor lanzándose a los brazos de Kevin y abrazándolo con fuerza—. No nos vamos a entrometer.

—Recuerda que tú querías hacerlo, pero te convencimos de que los dejáramos a solas —replicó Andrea, quien fue hasta Scott y se dieron un casto beso, aunque Irina pudo ver el brillo abrasador en los oscuros ojos del marino.

—Hemos pensado que, si nos llevamos a Amy al cine y al parque infantil que hay detrás del restaurante donde tenemos pensado ir a cenar, quizá se lo pasará mejor que con vosotros. —Kevin le tendió una mano a la pequeña, cuyos ojos brillaban..

Irina miró a sus dos amigas con una ceja alzada, preguntándose a qué venía todo aquello.

—¿Te parece bien, Ira? —intervino Andrea—. La trataremos como una princesa.

—Pensábamos ir a su restaurante favorito...

—¡Mamá, quiero ir al cine y al parque infantil a jugar! —Amy parecía estar a punto de llorar de los nervios.

—Pero... ¿a qué hora pensáis regresar? —Dorek habló por primera vez, colocándose al lado de ella. Siempre se le olvidaba lo alto que era—. Si se cansa...

—Se quedará con nosotros y *Salem*. —Taylor miraba al polaco como si fuese un gran problema, el núcleo de todos los problemas de Ira. Pobre...

—Mamá... —murmuró Amy.

—Bueno, de acuerdo. —Abrió el bolso—. Toma esto para la entrada del cine y las atracciones.

—Eso sobra, Irina, por favor —objetó Kevin con voz tranquila—. Pasaremos a recoger a Jay y nos iremos todos juntos.

Jay era el hijo que tuvo Kevin con su mujer antes de que ésta falleciera. Era un niño increíblemente tierno y simpático, que conseguía ganarse el corazón de los demás con rapidez.

Asintiendo, les sonrió.

—Gracias.

Tras despedirse de todos, Dorek e Irina se quedaron a solas. Aprovechando que él estaba de espaldas y cerrando la puerta, miró lo guapísimo que estaba con aquellos pantalones oscuros y una camiseta blanca. Su dorado pelo estaba peinado hacia atrás, y casi era incapaz de evitar las tremendas ganas que tenía de hundir los dedos en él.

Dorek se giró y fue hasta ella en dos zancadas. Se detuvo a apenas diez centímetros, sin rozarla, pero aun así ella sintió el calor que desprendía y el olor a fresco de su ropa. Inspiró. Su olor la excitaba, la llevaba hasta el límite.

Incluso comenzaba a notar la fricción de la ropa interior contra los pliegues de su sexo.

No era justo.

—¿Qué te gustaría hacer? —Su voz la trajo de vuelta—. ¿Quieres que vayamos de todas formas al restaurante que le gusta a Amy? O... podríamos ir... ¿Confías en mí? Prometo llevarte a un lugar muy especial.

Irina se humedeció los labios.

—¿A tu casa?

Dorek se rio con suavidad antes de atraparle la mano y acercársela a la boca para depositar un beso.

—No, todavía no.

—Oh, claro. —Se sonrojó—. De acuerdo, llévame donde quieras.

Poco más tarde, Irina estaba montada en el coche de Dorek. Era grande y espacioso, y ella disfrutaba del paisaje oscuro que ofrecía la noche, de la redonda luna llena iluminándolo todo. Dejándose llevar por lo que los rodeaba, le pareció que se dirigían a las afueras, ya que se alejaban del centro de la ciudad.

Relajada, Irina desechó los nervios y la expectación de conocer a su padre al día siguiente y gozó de la compañía de Dorek. La seguridad que le transmitía, lo especial que la hacía sentir... Se preguntó si ella tendría la suerte que habían tenido sus amigas, si al fin habría encontrado a alguien que realmente quisiera comprometerse en serio con ella.

Dorek aparcó en la entrada de un bosque y le abrió la puerta antes de que ella tuviese tiempo de abrirla. Sonriendo tímidamente, la besó con suavidad y rapidez. Irina lo siguió, aceptando su mano mientras andaban entre los árboles. Había varios grupos de amigos, parejas jóvenes e incluso algunas como ellos. Mirándolo, se preguntó qué plan tan especial tendría en mente para ella.

El parque estaba iluminado por las farolas, que dejaban ver el camino entre toda la vegetación.

—¿A dónde vamos?

—A comer algo... —Dorek le apretó la mano—... mientras vemos la luna y las estrellas, y toda la ciudad.

—Guau... —Irina soltó una risita, feliz.

—¿Demasiado cursi para un hombre?

—Para mí es perfecto —susurró honestamente.

Él la miró y llevó sus manos unidas hasta su boca, depositando un beso sobre el dorso de la suya. Fue cálido, suave... y mandó una sacudida por su cuerpo. Intentó controlar los latidos de su corazón, los fuertes golpes contra su pecho, pero se dio cuenta de que le resultaba imposible. No estando con él.

Se pararon en un puesto donde un hombre mayor hacía sándwiches: grandes, dorados y cuyo olor consiguió abrirle el apetito; se llevó una mano al estómago e ignoró la complaciente mirada del marine.

—¿Me dejas elegir por ti? Te prometo que te encantará.

—¡Dorek! Muchacho, ¿quién te acompaña hoy? —le dijo el anciano, entregando un par de sándwiches a una pareja que esperaba.

—Ella es Irina Maxwell, quiero impresionarla, ¿puedo confiar en ti? —Envolvió sus hombros con un brazo. Irina intentó no sonreír muy intensamente ante el cariñoso gesto.

—Entonces ya sé lo que quieres. ¿Para llevar?

—Sí, por favor. ¿Martha está bien?

—Oh, sí, hoy viene mi hija. En media hora, para echarme una mano. Ya sabes que esto se llena y es imposible dar abasto.

Irina se inclinó para observar cómo el queso se derretía en el tierno pan tostado. No logró ver qué otros ingredientes estaba poniendo el hombre dentro del bocadillo. Ellos dos seguían charlando, preguntando por sus respectivas familias; eso le hizo recordar que hacía poco que su abuela había muerto. Quizá realmente no habían tenido una relación muy estrecha, ya que no se lo veía muy afectado.

Unos diez minutos más tarde, Dorek pagó y volvió a coger su mano, fría en ese momento.

—Vaya, estás congelada.

Sonriendo, se encogió de hombros.

—Soy de manos frías.

—Pero de corazón caliente.

Ambos se sostuvieron las miradas hasta que él se rindió. Irina alzó una ceja.

—Ahora sí que empiezo a notar ese duro y frío carácter ruso.

—No es que los americanos seáis muy cálidos —dijo con una sonrisa.

—Yo me considero más polaco que americano, pero tienes razón. Me ha parecido percibir rencor en ese comentario sobre los americanos.

Irina miró hacia otro lado, esperando que la oscuridad no mostrase sus mejillas ruborizadas.

—Humm... No creo.

—Sí, ha sonado a rencor. ¿Alguno te ha roto el corazón?

—Sí, uno —admitió—. Y era militar, pero es algo que ya está olvidado. Y enterrado. ¿Y tú?

—A mí también me han hecho daño.

Irina puso los ojos en blanco.

—No suenas muy herido —dijo mientras se preguntaba a dónde la llevaba. Estaban subiendo una cuesta por el parque.

—Lo he superado; sé que en esta vida te van a afectar las cosas tanto como tú lo permitas, por lo que yo he decidido no perder el tiempo en el pasado. —Se encogió de hombros—. Tampoco te voy a mentir, no tardé mucho en olvidarla.

—Vaya... Genial. —Lo observó en silencio durante unos segundos. Aquella frialdad e independencia que mostraba le gustaban bastante en él. Era lo que ella quería conseguir. Irina, cada vez que le rompían el corazón, pasaba un pequeño duelo, provocando que a su cabeza acudieran antiguos recuerdos que sólo la ahogaban y lograban abrir sus heridas una y otra vez.

—Eso no quiere decir que sea un capullo con las mujeres, simplemente soy claro. Siempre digo lo que quiero y, cuando siento que no queremos lo mismo, creo que lo mejor es poner distancia de por medio. —Dorek la miraba intensamente. Ella no podía devolvérsela, estaba más pendiente de no revelar ninguno de los pensamientos que pasaban por su mente a toda velocidad—. Pero, cuando veo a la indicada, voy a por ella. Sin descanso. Sé que merece la pena.

Irina soltó una sonrisa.

—Para, ligón.

—¿Quién ha dicho que seas tú? —Su tono bromista la encandiló.

—Quizá porque no has parado de mirarme, me has invitado a cenar a un sitio oscuro y has hablado en presente. —Le dio un suave golpe en el hombro—. Deja de hacerlo, ya nos hemos acostado. No tienes nada más por lo que esforzarte.

Dorek la miró durante unos largos segundos, y luego sonrió con fuerza.

—Sí, todavía me queda algo.

Se quedaron en silencio hasta que finalmente terminaron de subir la pequeña colina. Dorek tiró de su mano con delicadeza y la pegó a él. Irina aguantó la respiración.

—¿Y bien? ¿Qué te parece? ¿Ha merecido la pena?

Incapaz de hablar, sólo asintió con la cabeza.

Delante de ella se veía la ciudad, iluminada, y la incesante actividad. El cielo oscuro aumentaba de tono a medida que se alejaba, pudiéndose ver algunas estrellas. Los árboles de alrededor le daban un aire triste, poético y a la vez inspirador que logró emocionarla. Nunca se hubiese esperado que Dorek la llevara a un sitio tan bonito como aquél. Y tan especial.

Lo miró.

—Cuando no me encuentro bien, vengo aquí solo. Es un buen sitio para oxigenarte las ideas, ¿verdad?

Sonriendo, asintió.

—Sí, sí que lo es. Me encanta, Dorek. —Lo besó lentamente—. Gracias.

Fue a separarse cuando las manos del marine se lo impidieron. Él bajó la cabeza para besarla, pero esta vez atrapando su labio inferior entre los dientes. El mordisco fue acompañado por una caricia de su lengua, que consiguió aliviar la zona. Aturdida por aquel inesperado beso, le respondió con ganas, agarrándolo por la cintura y apretando su estrecho cuerpo al masculino.

Unos segundos más tarde, él tenía apoyada la frente sobre la suya.

—Demonios, quiero que tengamos una cita en condiciones y desde que te he visto me es imposible mantener las manos alejadas de ti. —Empujándola con suavidad, Irina se dejó caer en un banco de madera, mirándolo—. Quiero conocerte mejor, Irina.

Sin poder evitarlo, los nervios volvieron.

* * *

Taylor cerró la puerta de la habitación donde Amy estaba dormida, con lentitud. Salió y fue hasta el salón, donde Kevin la esperaba con los brazos abiertos. Jay se había acostado ya, por lo que ahora tendrían un poco de tiempo para ellos dos solos. Con una pícaro sonrisa, se tiró a sus brazos con delicadeza y apoyó la cabeza en su hombro.

—Kevin, ¿crees que les irá bien?

—Sí, seguro que sí —susurró besándola en la cabeza.

—¿Estás seguro de que Dorek quiere algo... serio con ella? Es decir, si fuera Grace me preocuparía más por Bryan, pero es Irina... Ella es dulce, tímida...

—Dorek no es Bryan, cariño. Deja que las cosas fluyan, que se conozcan, y ya verán si quieren estar juntos.

Suspirando, asintió.

—Sí, vale, de acuerdo... ¿Sabes? Irina ha estado muy rara estos últimos días.

Kevin acariciaba su corto pelo con los dedos, jugando con los claros mechones.

—¿A qué te refieres?

—No sé, como si hubiese algo que la incomodase o no la dejase en paz. He intentado saber qué es, pero no me ha querido contar nada. —Se quedó en silencio unos segundos, luego suspiró—. Tampoco es que pueda decir nada en concreto acerca de lo que le ocurre, pero...

—Cuando te lo propones, puedes llegar a ser la más entrometida de tus amigas, cielo.

Taylor se incorporó lo suficiente como para mirar sus ojos zafiro.

—No suena como si fuese un cumplido. Por cierto, ¿me trajiste los bollos que te pedí o no? ¿Y el queso?

Kevin se estiró para besarla con suavidad y... persuasión. Oh, sí. Ella sabía lo que él quería. Podía verlo en sus oscurecidos ojos.

—Te lo he traído todo, y deberías recompensarme.

Mordiéndose el labio, sintió un latido entre sus piernas. Cielos, lo deseaba.

—Tráeme el queso y los bollos y te recompensaré, lo prometo.

Sonriendo, se incorporó. Taylor aprovechó para darle una nalgada. Cuando él se volvió a mirarla, ella se encogió de hombros.

—Ya sabes lo mucho que me gusta tu trasero. Culpable.

Negando con la cabeza, Kevin fue hacia la cocina. Taylor aprovechó para coger el móvil y marcar el número de su amiga. No pensaba dejar que Dorek se aprovechara de ella, así que la llamaría y le preguntaría qué tal estaba y...

—Taylor... no llames a Irina.

Oh, oh... ésa era la voz de Kevin. Alzando la mirada, parpadeó. Colgó y dejó el aparato encima de la mesa.

—Yo...

—Eres una cotilla.

Su tono era ronco, rudo... y sexy. Muy sexy. Tanto que Taylor se estaba olvidando de los bollos y el queso.

Vio cómo se quitaba los pantalones y le hacía un gesto con la cabeza. Oh, sus fuertes brazos, sus anchos hombros ejercitados y aquel torso que ella amaba morder y lamer. Desde luego, tenía suerte. Mucha suerte.

—Al cuarto.

Humedeciéndose los labios, alzó la barbilla.

—Oblígame.

Oh, sí. Sabía que lo haría.

* * *

Cuando terminaron de comer, tiraron los restos a la basura e iniciaron el camino de vuelta. Cogidos de la mano, Dorek se preguntó qué estaría pasando por su cabeza para que estuviese tan seria y hermética, completamente cerrada. Sí, había hablado mientras comían y habían mantenido una tranquila conversación, pero parecía estar alejada de todo, como si se hallara a kilómetros y kilómetros de allí.

Contempló lo guapa que era, desde sus fríos ojos claros hasta su oscuro y largo cabello, un contraste de lo más exótico. Siempre guardaba la compostura, como si para ella lo fuera todo. Sabía que era tímida, cariñosa y

muy reacia a dejar saber cómo se sentía, pero él ansiaba descubrir más y más; sin embargo, cada vez que intentaba indagar más sobre ella, se encontraba con una pared.

Al sentir sus ojos sobre ella, Irina lo miró.

—¿Pasa algo?

—No, sólo admiro lo hermosa que eres.

Ella sonrió.

—Oh, vamos...

—Eres modelo, Ira. Por algo será. —La atrajo hasta él. Ella lo miraba fijamente, parpadeando con lentitud—. ¿Te ha gustado?

—¿El sitio? Me ha encantado, creo que no podrías haber elegido uno mejor.

Su voz sonó tan sincera que asintió.

—¿Ahora vas a decirme que soy la única mujer a la que has traído aquí? —Volvió a hablar alzando una ceja.

—No, no te voy a mentir. Eres la segunda, sólo traigo a personas especiales.

Ella sonrió con ternura, como si le agradeciese su sinceridad.

—¿Es especial?

—¿Ella? Claro, es mi hermana —respondió con una sonrisa.

Irina abrió por completo los ojos, sorprendida quizá por el giro que había dado la conversación gracias a esa confesión.

Dorek suspiró y cogió las dos delgadas y finas manos femeninas, deteniéndose. El reflejo de la luna sobre su rostro acentuaba sus marcados rasgos, haciéndola parecer más fría, pero también vulnerable. Irina tenía una gruesa piel que pocos conseguían atravesar, pero él estaba dispuesto a ser uno de ellos.

—Sólo... relájate. No estoy jugando contigo, Ira. Me gustas, quiero seguir conociéndote, que pasemos tiempo juntos. Lamento que tus anteriores parejas te hayan hecho daño, pero eso no quiere decir que tengas que contenerte todo el rato. Si lo nuestro no funciona, será porque no hay chispa entre ambos. —La acercó más hasta tener sus pechos pegados al torso—. Y la hay. Ése sería el único motivo. Confía en mí, por favor.

La fragilidad en los ojos azules de Irina le hizo cuestionarse cuánto daño le habrían hecho. Seguramente tener una niña, separarse y pasar por relaciones que finalmente habían acabado en nada no la habían ayudado en absoluto. Era una mujer fuerte que intentaba ocultar sus sentimientos a los demás.

Ella asintió débilmente.

—De acuerdo. —Su voz fue tan tenue que en un principio creyó haberlo imaginado—. Lo siento. Sé que a veces soy muy... seca. Fría. Cerrada.

—No te disculpes, cariño. Y no lo eres —murmuró abrazándola y besándola en la coronilla—. Eres perfecta y me gustas así.

Sintió que sonreía.

—Vaya... Así que te gustan los cumplidos... —susurró cerca de su oído, agachándose.

—A todas las mujeres nos gustan... —Deslizó una mano hasta tocar el trasero de Dorek, dándole un fuerte apretón—, marine.

—Perdonen. ¡Oigan! —Una voz ronca perteneciente a un hombre consiguió que Irina soltase un gemido antes de separarse de él. Dorek la mantuvo pegada, ignorando sus forcejeos—. Vamos a cerrar el parque. Tienen que salir.

—Nos íbamos ya. —Cogió su mano—. ¿Nos vamos?

Al llegar al coche, ella sonrió cuando Dorek le abrió la puerta. Aprovechó que se metía para darle una suave palmada a su trasero. Tenía que controlarse, las ganas de acariciárselo, mirárselo y lamérselo lo volvían loco. Sí, Irina era modelo y por tanto cuidaba tanto su alimentación como su estricta tabla de ejercicios, pero él había estado con mujeres más provocativas, guapas y fuertes, que seguramente atraerían a muchos hombres, pero a él no. La idea de tener a alguien al lado y compartir las cosas buenas y las malas le resultaba más atractiva, aunque no a la mayoría de los marines.

Condujo mirando de reojo a Irina. Su cabello era movido por la brisa que entraba por la ventanilla. Sonreía, observando el oscuro cielo mientras se acercaban más y más a su casa. Deseaba alargar al máximo el trayecto, pero, al ver una chispa juvenil en los ojos femeninos, supo que ella lo había pillado.

Sonriendo, puso una mano sobre la desnuda rodilla de Irina. Ella colocó una suya encima, fría como de costumbre.

Podría acostumbrarse tan fácilmente a aquello...

La casa de Irina finalmente estuvo frente a ellos. Abriéndole la puerta, ella le sonrió y apretó los labios. Dorek estaba apoyado en el vehículo, con las manos dentro de los bolsillos. No pensaba hacer nada... que ella no le pidiese. Comprobaría hasta dónde estaba dispuesta a llegar.

Irina colocó las manos sobre sus hombros, ejerciendo una deliciosa presión. Pegó sus caderas a las de él para luego llegar hasta su pelo.

—Yo... ¿quieres entrar? —le propuso en un susurro cerca de sus labios.

—¿Quieres que lo haga?

Su voz sonó demasiado ronca, grave... pero ella parecía encantada. Agarrándolo de la mano, asintió y lo llevó hasta su casa. Al entrar, Dorek cerró la puerta y enmarcó su rostro entre sus manos para besarla. Abriendo los labios sobre los de ella, penetró en la cálida cavidad con la lengua, acariciando todos los rincones. El gemido que emergió de la garganta de Irina lo estremeció.

Ella llevó las manos hasta la bragueta del pantalón. Sintió el delicado tacto de ella sobre su polla como el más grande de los alivios. Separándose de él, le quitó la camiseta y volvió a atraerlo hacia sí.

En ese momento Irina fue consciente de la gran erección que tenía. Acabó de desnudarlo y su miembro quedó libre por completo... poderoso, grueso y con el capullo apuntando hacia arriba.

Le resultaba irresistible, y sus entrañas empezaron a humedecerse de anticipación.

Sus labios se colocaron sobre su cuello, lamiendo y devorando. Él la inclinó un poco hacia atrás, mientras le levantaba el vestido hasta los muslos, para poder encajarse mejor entre sus piernas. Luego deslizó las manos por su terso y plano vientre, hasta llegar a su sexo. Allí, acarició y rebuscó hasta colocar el pulgar en su abultado clítoris.

Irina emitió un prolongado gemido y alzó las caderas.

Las bocas de ambos se fusionaron antes de que ella fuese consciente de sus movimientos, pues abrió la boca y enredó la lengua en la de él de forma instintiva, mientras la temperatura a su alrededor iba creciendo. Estaba

totalmente entregada a él, y esperaba no decepcionarlo; su cuerpo vibraba con cualquier caricia que él le imprimiese.

De pronto, Irina separó sus labios de los de él al sentir las yemas de sus dedos acariciando la entrada de su sexo, con una promesa oscura y salvaje. Jadeó y clavó sus uñas en sus anchos hombros.

—Dorek...

Intentó alcanzar sus labios.

—Confío en ti, ya te lo he dicho.

—Eso espero, porque yo no soy como ellos. —Uno de sus dedos la penetró por completo. Irina gimió al sentir la invasión, y jadeó al percibir que empezaba a hacer movimientos con él en su interior.

—Lo sé. —El placer que le produjo hizo que se arqueara entre sus manos.

—¿Me lo prometes?

—Ajá. —Chilló cuando un segundo dedo entró en ella. Sus caderas parecían tener vida propia, pues se movían solas, y su corazón galopaba desbocado, con brío, mientras percibía los primeros atisbos del orgasmo que estaba por llegar—. Yo... lo... sé.

—Nosotros somos diferentes.

Rotando los dedos con habilidad y velocidad, a la vez que se ocupaba con el pulgar de su clítoris, Irina estalló de placer, corriéndose en su mano y gritando su nombre. Eso provocó que los espasmos debidos al orgasmo contrajeran con fuerza aquellos dedos que estaban en su interior, y Dorek sonrió, satisfecho.

Con el cuerpo sumamente relajado por el clímax que acababa de experimentar, y con los destellos del mismo aún brillando en todo su cuerpo, Dorek la besó con dulzura mientras sacaba los dedos de su ser. Irina, entonces, decidió devolverle tanto placer y aprovechó ese momento para agarrar su enorme miembro. Lo oyó suspirar, y empezó a masturbarlo mientras sonreía contra sus labios.

Bajó una mano hasta sus testículos suavemente... y Dorek embistió contra sus manos. Al mirarlo a los ojos, Irina se estremeció. La promesa de sexo duro, caliente y del bueno brillaba en aquellos iris claros.

Sorprendiéndola, le apartó las manos y la cargó en brazos, llevándola hasta arriba. Irina le indicó dónde estaba su habitación y él obedeció, sin poder retirar los ojos de ella. Al llegar al dormitorio, la soltó sobre el colchón y la inmovilizó.

—Quieta.

Tumbada y a sabiendas de que no podría hacer nada contra aquella mano situada entre sus pechos, suspiró y decidió dejarse hacer. Dorek le colocó el trasero en el límite de la cama y se puso de rodillas frente a ella en el suelo. En esa posición, y con las braguitas negras que llevaba puestas, de un tejido delicado y muy suave, los labios de su vulva se marcaban suavemente. Sin poder evitarlo, pasó los dedos por la entrada aún cubierta y gruñó con aprobación al notar la humedad de su sexo.

Irina suspiró entrecortadamente.

—Estás jugando sucio. —Se sobresaltó al sentir un suave mordisco en una nalga—, y lo sabes.

Sin decir nada, consiguió sacarle las pequeñas braguitas sin trabajo. Tras dejarla completamente desnuda, situó la frente sobre su delicado y desnudo pubis, olisqueando. Ella se ruborizó por completo.

—Humm... Eh...

—Hueles a coco.

Irina se mordió el labio inferior.

—Lo sé. Me duché con un jabón especial. —Le guiñó un ojo, intentando controlar su nerviosismo—. ¿A que huelo bien?

Le dio un beso en la cara interna del muslo.

—Exquisita —susurró con voz ronca mientras tenía cuidado de no precipitarse—. Quítate el vestido, *dushka*.

Ella asintió. Levantó los brazos y, arqueándose, se sacó la prenda con rapidez y cierta torpeza, para nada usual en ella. Luego le tocó el turno al sujetador, así que abrió el broche por detrás y lo tiró al suelo. Él lo observaba todo con interés, disfrutando de cada momento que vivía con ella.

Pasando las palmas de las manos por su estómago, fue subiendo hasta abarcar con ellas sus redondos y cálidos pechos, para después colocar los pulgares en sus oscuros pezones, masajeándolos y pellizcándolos hasta sentirlos erectos entre sus dedos.

Cogió aire y aguantó la respiración durante unos segundos.

Tras ello, fue ascendiendo por su cuerpo hasta tener aquellos deliciosos y tiosos botones a la altura de su ansiosa lengua. Se metió uno en la boca y sonrió al oír el gemido que escapó de los labios de Irina mientras sus manos se agarraban con fuerza a su cabello, tirando suavemente de él. Luego, mientras seguía devorando el pezón con suaves lametazos y mordiscos, la otra mano se ocupó del otro.

—Sí... sí, sigue así, por favor.

Las caderas de la joven se movían sin control, frotándose contra la dura erección del marine. Sin poder aguantarlo más y tras dar la misma atención al otro pecho, Dorek se incorporó.

Su polla salió de un salto, balanceándose ante ella erecta, orgullosa y grande. La cabeza era más grande que el tronco y de un tono rojizo. Por lo demás, el tronco del pene estaba cubierto por algunas venas que Irina había sentido varias veces en sus manos al tocarlo.

Debajo colgaban sus testículos, pesados y cerca de su sexo.

Ella frotó las piernas al sentir su excitación deslizándose por sus muslos. Dorek debió de verlo, ya que clavó sus ojos en su sexo.

—Abre las piernas para mí, *dushka*. Quiero verte.

Mordiéndose el labio, asintió varias veces y lo hizo.

La visión de aquellos delicados y sonrojados pliegues ante él, mostrando lo más íntimo de su ser, lo volvió loco. Sin poder contenerse, se arrodilló entre sus piernas y ubicó cada pierna sobre sus hombros.

—Humm... Do-Dorek, yo-yo... —tartamudeó mientras jadeaba—. Por fa-favor-r...

—Chist, déjame a mí.

Dicho esto, dio el primer lametón.

Irina gritó con fuerza y, cogiéndolo de los hombros, lo atrajo más hacia ella. Cada movimiento realizado por su lengua ocasionaba miles de descargas que recorrían su cuerpo y, cuando decidió penetrarla con un dedo, las paredes de su sexo lo atraparon con fuerza, instándolo a entrar más.

Era hermosa, pensó mientras veía aquel cuerpo arqueado sobre el colchón. Sus pechos apuntando hacia arriba, con sus erectos y húmedos pezones tapados por mechones de oscuro cabello, aquel vientre plano y de

piel olivácea... Pero, sin dudarle en absoluto, su rostro era su parte favorita. Sus ojos azules ahora parecían brillar como una constelación.

Demonios, tenía la sensación de no poder saciarse.

Colocó la boca sobre su clítoris y lo mordisqueó suavemente, provocándole uno de los orgasmos más fuertes que había tenido en toda su vida. Tras dar una última lamida a su sexo, volvió a subir, se colocó un preservativo y, tras ponerle las piernas alrededor de su cintura, la agarró de la barbilla.

—Introdúceme dentro de ti, *dushka*.

Asintiendo mientras mantenía los ojos puestos en él, cogió su gruesa y enorme polla entre sus manos y, tras darle unas cuantas sacudidas con una sonrisa pícaro, situó la punta roma sobre la entrada de su húmeda vagina.

—Ardes, *dushka* —jadeó mientras iba entrando poco a poco en el paraíso de su sexo.

Ella se mordió el labio.

Terminó de penetrar completamente de una dura embestida. Irina se arqueó y de inmediato lo abrazó. Dorek sentía, con cada envite que daba, sus pezones rozándose contra su pecho. Sus caderas se movían con las de ella, intentando restregar su clítoris con el hueso de la cadera siempre que era posible y, cuando no lo era, llevaba el pulgar hacia ese punto y realizaba enloquecedores círculos a su alrededor para después mantenerlo pulsado con suavidad.

— Oh, Dios... —jadeó—. No... puedo aguantar máááás.

—Córrete para mí, *dushka*. Hazlo. —Se agachó para poder besar sus labios al mismo tiempo que ella gritaba y se arqueaba, llegando a un arrebatador orgasmo.

Dorek continuó embistiendo en su sexo, mirándola fijamente y recreándose con cada gesto que ella hacía mientras los últimos escalofríos del orgasmo le recorrían todo el cuerpo. Gruñó al sentir sus dedos en sus testículos, acariciándolos y acercándolo más al clímax.

—Juegass ssucio, *dushka*. —El acento polaco le salió más duro y cerrado y pronunció las eses con fuerza sin poder evitarlo.

—¿Prefieres que pare?

Mirándola, supo que ella estaba esforzándose todo lo que podía para que él también gozara plenamente del sexo. Lo que Irina no sabía era que, con ella, ya era especial y lo disfrutaba muchísimo. Más que nunca.

La otra mano de Irina fue a su pene y, cuando éste salió casi por completo de ella, dejando sólo el glande dentro, ella lo acarició con los dedos suavemente. Al hundirse en ella de nuevo, llegó a un desgarrador orgasmo que lo hizo derrumbarse sobre el cuerpo de Irina.

Sus manos le acariciaban la musculosa y ancha espalda, amando la manera en que la cubría.

Dorek apoyó el rostro entre sus pechos y, tras besarle un pezón, la miró fijamente. Quizá ella no fuese consciente de ello, pero su rostro en ese instante era como un libro abierto: los sentimientos que mostraba en sus ojos y en la hermosa sonrisa eran perfectamente perceptibles para él. Sintió una opresión en el pecho y le devolvió la sonrisa.

Ella sentía algo por él. Lo sabía.

—Eres increíble, *dushka*.

Acarició sus labios con las yemas de los dedos.

—¿Nos podemos ver mañana?

Irina lo miró con los ojos muy abiertos, para luego cambiar de dirección.

—Mañana voy a estar muy ocupada, aunque por la tarde noche estaré con Amy. Si te apetece venir... Dorek, tienes que saber que no siempre podré salir contigo, tengo una hija pequeña y...

—Lo sé, Ira. —Dorek se tumbó y la atrajo hacia su cuerpo—. Lo que puedas dedicarme será suficiente para mí.

Sonriendo, Ira se levantó para ir al baño y se llevó el bolso. Le había parecido percibir una pequeña vibración. Tras cerrar la puerta, utilizó el retrete y luego se duchó con rapidez para despejarse. Seguidamente sacó el móvil, y vio que había varios mensajes, uno de su padre.

Se sentó, nerviosa, en la tapa del váter y lo abrió. Su padre le preguntaba por un sitio y una hora. Quizá a las once, se dijo, así podría dejar a Amy con su madre. Y el lugar... Cuando lo decidió, escribió la respuesta a toda velocidad, concretando la cita, y miró los demás mensajes. Uno de ellos era una foto de Taylor con Amy en el parque infantil, con un texto que la informaba de que ya se había ido a dormir.

Sonriendo, salió del cuarto de baño. Dorek estaba dormido; su amplio pecho se movía armónico, con respiraciones profundas y lentas. Sin querer hacer ruido, se puso un conjunto de ropa interior y buscó un camisón en el cajón. Agachada, tiraba hacia fuera de uno de ellos, esperando...

—No lo necesitas; ven aquí, cariño.

La voz perezosa y sensual de Dorek llegó hasta sus oídos. Mirándolo de reojo, sonrió.

—Quiero ponérmelo.

—Yo te lo quitaré. —Su sonrisa torcida era caliente, y la derretía.

CAPÍTULO 7

Dorek se había ido a primera hora de la mañana a trabajar tras darle un cálido beso de buenos días, por lo que Irina había aprovechado para arreglarse y llamar a Taylor para confirmarle que su madre recogería a Amy.

Tras cerrar la puerta y montarse en su coche, partió hacia el sitio en el que había quedado con su padre... la cafetería de Taylor. Sí, sabía que los trabajadores del local se lo contarían a su jefa rápidamente, por lo que todas sus amigas no tardarían en preguntarle quién era ese hombre y qué estaba pasando.

Al llegar y encontrarse con tantos clientes, agradeció el bullicio, pues así podría pasar más desapercibida. En una de las esquinas descubrió a un individuo que bien podía ser su padre, Anton Boyka. Éste, sentado de manera rígida y observando el lugar detenidamente, parecía encontrarse en un campo de batalla, y tenía las piernas muy dobladas, porque no le cabían bajo la mesa. Llevaba una camisa de cuadros y unos pantalones chinos grises. Estaba impecable.

Su pelo oscuro estaba vetado por delgadas líneas blancas que sólo conseguían acentuar aún más sus duras facciones. Labios gruesos, nariz recta y larga, ojos rasgados... Además, era enorme.

Debió de notar que alguien lo observaba, porque clavó en ella sus gélidos ojos azules de un duro golpe seco.

Irina dio un pequeño salto, pero se obligó a sonreír.

Anton se incorporó.

Dios mío... ¿Cuánto medía? Le sacaba tres cabezas, debía de superar los dos metros.

—Ah...

—Irina, gracias por venir. —Se dirigió a ella en ruso a la vez que le tendió la mano.

Oh, por supuesto. Se la estrechó con calidez, sorprendiéndose por la rudeza de sus dedos y el fuerte apretón.

—Es un placer. ¿Has pedido algo ya? —respondió también en ese idioma; seguramente su padre lo prefería, el inglés apenas lo chapurreaba.

—No, te estaba esperando.

—De acuerdo, yo me ocuparé —murmuró alzando una mano. Uno de los trabajadores se acercó. Era nuevo, ya que Irina solía pasarse por allí y a éste no lo recordaba. Sin embargo, otros los estaban mirando con curiosidad.

—Buenos días. ¿Qué desean tomar?

La modelo miró a su progenitor para preguntárselo.

—¿Anton?

—Un café solo —murmuró con su voz pausada y cortante, recordándole que la frialdad era un distintivo de las familias tan clasistas como había sido la de su padre, o al menos eso le había contado su madre.

—Un café solo y un *latte*, por favor —pidió ella al empleado.

—De acuerdo, ahora vengo —dijo el camarero antes de desaparecer.

Quedándose a solas con él, Irina se preguntó si ella debía iniciar la conversación, pero no sabía qué decir. Quería soltar una enorme batería de preguntas y que se las respondiese con todo lujo de detalles. Supuso que para eso había quedado con ella. Por otra parte, no tenía confianza con él, no quería que la cortase o...

—Imagino que te estarás preguntando qué hago aquí, por qué me he puesto en contacto contigo después de tantos años.

Ella miró los fríos ojos de su progenitor y asintió.

—No... no entiendo que desaparecieses cuando apenas era una niña y ahora quieras volver a verme.

—Hasta hace poco ejercía de comandante en el ejército ruso, Irina. Mi vida no era fácil. Estaba siempre fuera de casa, moviéndome de un lado a otro. No te voy a mentir, nunca quise tener una familia hasta que fui cumpliendo años. Conocí a tu madre una de las muchas veces que vine a Estados Unidos. Ella aceptó trasladarse a Rusia, y estuvimos juntos todo el tiempo que pudimos.

—Todo el tiempo que quisiste antes de desaparecer —puntualizó en un murmullo sin poder contenerse.

Anton la miró detenidamente unos segundos antes de asentir.

—Mi trabajo cada vez era más complicado...

—No pongas tu trabajo como excusa. —Apretó los dientes—. Si hubieses querido mantener contacto con nosotras, lo habrías hecho. No te atrevas a tener la desfachatez de mentirme tras no haberme hablado en toda mi vida... o me iré de aquí.

Sorprendida por la dureza de su propia voz, se sintió orgullosa de sí misma. Estaba sacando todo el dolor y las incógnitas que tenía en su interior.

Él asintió.

—Si quieres saber la verdad, te diré que yo no deseaba una familia. Quería centrarme en mi trabajo, estar solo. Eso es lo que siempre... quise.

Irina bufó.

—¿Por qué has cambiado de opinión? ¿Resulta que te has hecho mayor y ahora necesitas a alguien que...? —Se contuvo y asintió—. Continúa, por favor.

El camarero apareció, dejó los cafés y se fue mostrando una tenue sonrisa. La tensión se había instalado entre ellos, resultaba casi asfixiante; no era, ni mucho menos, una situación cómoda.

—Hace poco que me he dado cuenta de los errores que he cometido —volvió a hablar—. Imagino que de niña te debías de sentir frustrada.

Irina negó lentamente, sonriendo.

—Mamá siempre ha estado conmigo, nunca me ha decepcionado. Jamás me he sentido frustrada.

Anton asintió.

—Voy a ser sincero. Quiero tener relación contigo y con tu hija... Amy. Me gustaría establecer lazos con vosotras, saber más. Svetlana...

—¿Svetlana? —preguntó confusa.

—Mi actual esposa. Ella quedó muy decepcionada conmigo al saber cómo me había comportado contigo y con tu madre, ya que su padre tampoco estuvo presente en su vida. La diferencia es que él sigue sin querer saber nada de ellas. —Tras dar un sorbo al café, murmuró algo demasiado rápido en ruso que Irina fue incapaz de entender—. No puedo reparar el daño que os hice, pero al menos me gustaría conocerte, formar parte de tu vida y de la de mi nieta.

Irina suspiró y cogió su *latte*. El vaso temblaba violentamente. ¡Ah, no!, eran sus manos, que agarraban el recipiente como si éste fuera un flotador en medio de un turbulento océano, sus emociones.

—Yo... tengo que pensar en ello. Anton, has de saber que ella es todavía una niña pequeña; está experimentando muchos cambios y no le beneficiaría que un día lo reconsideraras y desaparecieses de su vida.

—Entiendo tu postura. Si decides que conozca a Amy, antes de que vuelva a Moscú, ya sabes cómo ponerte en contacto conmigo.

Irina sintió cierta tristeza. El encuentro no había sido cálido; eran dos desconocidos que estaban unidos por la sangre, pero nada más. Sentía un intenso vacío en el pecho mientras observaba a esa persona a la que podría haber querido tanto como a su madre, pero que finalmente había decidido desaparecer. Ella no era rencorosa, pero estaban hablando de Amy... una cría que no llegaba a los cuatro años de edad, y que era muy sensible.

Asintiendo, miró las grandes y callosas manos de su padre.

No sentía rencor por él. No había conocido las circunstancias que lo empujaron a actuar como lo hizo, pero sí las dificultades que había pasado su madre y la fortaleza que las había sacado adelante.

—Debo pensarlo... te daré una respuesta mañana. Quiero reflexionarlo bien y hablar con mamá antes—admitió—. No te conozco, no sé nada de ti. Ella sí.

—Lo entiendo.

Se quedaron en silencio unos segundos, o quizá fueron minutos. Irina ansiaba preguntarle por qué había sentado la cabeza con Svetlana y no con su madre y ella, qué no tenían ambas para que se hubiese ido. Después, rápidamente, se dijo que no se trataba del quién, sino del momento. O quizá ambos factores habían influido.

—Sé lo que pasa por tu cabeza, Irina —intervino su padre, con una escueta sonrisa—. No es que no fueseis suficiente para mí; las cosas, sencillamente, ocurrieron así. Creo que no tiene sentido que pensemos más en ello. Nada va a cambiar el dolor que os he causado. Sólo puedo pedir os disculpas.

Asintiendo, curvó las comisuras de su boca para mostrarle una sonrisa.

—Lo sé, yo... sigo sin entenderlo, pero te perdono. —Irina sintió que acababa de liberarse de algo que llevaba muchos años en su interior, como si hubiese necesitado esas palabras.

Tras asentir, su padre iba a volver a hablar cuando se frenó al ver la cara de Irina, quien acababa de ver entrar por la puerta una cabeza rubia y dos morenas. Abriendo los ojos por completo, se encontró directamente con los dorados iris de Dorek.

Demonios, ¿qué iba a hacer? No le había comentado que pensaba encontrarse con su padre. Era algo que había preferido mantener en secreto. Scott y Kevin los saludaron con cierta confusión, como si no entendiesen qué hacía con aquel hombre, para luego abrir los ojos con sorpresa. Sí, ella tenía los mismos ojos y labios...

Cuando Dorek se acercó a ella, Irina y Anton se levantaron. Sin duda, su progenitor era mucho más grande que Dorek, y se veía más imponente.

Tras darle un beso en la mejilla, estiró un brazo hacia él.

—Encantado de conocerlo, soy... —Dorek la miró. Irina tomó el control.

—Es mi pareja, Dorek. Él es mi... padre, Anton —murmuró, sintiendo un extraño calor en la boca del estómago al poder decirlo. Por fin, después de tantos años de espera, había podido articular esas palabras.

Le pareció ver un brillo en los ojos del moscovita, como si le hubiese pillado por sorpresa y, a la vez, le hubiese complacido. Tras estrecharse las manos, Irina lo miró.

—¿Quieres tomar algo?

—Tengo que volver al trabajo, sólo pasaba para llevarme algo de comer. —Sí, Dorek le estaba diciendo con la mirada que esperaba una explicación de todo aquello. Se la daría, pero más adelante—. Os dejo que sigáis charlando. —Llevó su mano hasta sus cálidos labios y depositó un beso—. Cuídate, cariño.

Suspirando silenciosamente, asintió.

—Tú también.

Ella y Anton volvieron a quedarse a solas. Una sincera y cordial sonrisa apareció en el rostro de él.

—Creo que tengo ganas de comer algo, ¿te apetece?

CAPÍTULO 8

Irina temió que, por una vez en su vida, las cosas estuviesen funcionando. Estaba esperando a que llegase algún golpe del destino. Era imposible que todo le fuera tan bien, ella no tenía esa suerte. Su padre había vuelto a Rusia tras pasar las dos semanas en Estados Unidos. Se habían reunido más veces, incluso su madre había estado presente en uno de los encuentros y habían llegado a la conclusión de que a Amy le haría mucha ilusión conocer a Anton.

Y Dorek... era todo lo que siempre había buscado: atento, cariñoso, interesado por la cría. Se veían siempre que sus horarios lo permitían. Irina estaba muy concentrada en una línea de ropa que iba a trabajar para una famosa marca que destinaría parte de los beneficios a causas solidarias, entre las que había querido incluir refugios de animales. Dorek había rellenando unos papeles para ascender, para promocionarse, por lo que también andaba bastante ajetreado.

Habían mantenido una conversación el mismo día que había conocido a su padre. Se había mostrado algo molesto porque ella no le hubiese contado nada, aunque finalmente lo comprendió. Irina era una persona muy reservada, necesitaba tiempo para abrirse por completo a él.

En cambio, él siempre estaba dispuesto a contarle cosas sobre su vida. Admitía haber sentido cierta pena por no haber pasado más parte de su infancia en Polonia, pero a la vez le había ido bastante bien allí. No mantenía mucha relación con sus parientes de Europa, aunque siempre iba en Navidades.

Tumbados sobre la cama de su habitación, Irina acarició la pequeña cicatriz que tenía justo en la zona del pectoral izquierdo. Era una herida de bala.

—¿Qué te pasó, Dorek? Tuvo que ser doloroso —murmuró mientras sentía el calor que transmitía su cuerpo.

Él la miró con una espléndida sonrisa que consiguió derretirla. Depositó un beso en tu torso.

—Hummm... Creo que no debo contártelo; no volverías a mirarme con los mismos ojos —dijo guiñándole uno.

Ella soltó una carcajada.

—Oh, venga. ¡Suéltalo!

El pelo rubio del polaco se veía como oro fundido debido a la pequeña luz de la mesita de noche. Estirando la mano, lo acarició sin poder evitarlo.

—Me encanta tu pelo. Es más suave incluso que el mío.

Dorek frunció el ceño.

—Eh... ¿Es un cumplido?

Al ver su horrorizado rostro, bufó.

—Ni que hubiese dicho... ¡No cambies de tema! Quiero oír qué te sucedió.

—Cabezota, ¿eh? —Le cogió el rostro con ambas manos para besarla al ver que iba a quejarse—. Y guapa. Eres preciosa.

Ella sonrió con cierta timidez y lo miró a los ojos.

—Gracias. Ahora... ¡por favor!

—Estábamos entrenando para mejorar nuestra puntería con las armas. No habíamos comenzado cuando, erróneamente, no se me ocurrió otra cosa que pasar por en medio del campo de tiro. Uno de mis compañeros no me vio y me disparó.

Dorek se acarició la cicatriz con aire ausente.

—Todos pensaron que no me había alcanzado hasta que vieron que no me levantaba del suelo. Lo primero que hice al despertar en el hospital fue darle un puñetazo en la nariz al que me había pegado el tiro. Aunque lo hubiese hecho sin querer, y yo hubiera sido tan inconsciente, podría haberme matado.

Irina parpadeó. Seguro que le había dolido muchísimo.

—¿Hicieron algo con el hombre que te disparó?

—No, no fue culpa suya. Fue mía, por cruzar por el campo de tiro a lo loco. Lógicamente, está prohibido. Finalmente se hizo la vista gorda y poco más. Los accidentes, allí, ocurren con más frecuencia de lo que crees.

—Vaya... No me esperaba esa historia, la verdad —murmuró asombrada.

—Ah, ¿no? —susurró abrazando su cuerpo y poniéndose encima de ella—. ¿Acaso hubieses preferido que te mintiese y me inventase una historia que me dejara en mejor lugar? Puedo hacerlo.

Los labios de él capturaron los de ella en un tierno y seductor beso. Deseosa de sentir más, entreabrió los suyos cuando una mano fue lentamente hasta su cuello, apretando con suavidad pero con firmeza. Un gemido escapó de su garganta.

Él la miró fijamente. Sus ojos se habían oscurecido y sentía en la unión de sus muslos su erección, dura y caliente.

Humedeciéndose los labios, esperó. Sí, a Dorek le gustaba llevar el control, pero siempre con ternura. Apretando un poco más el agarre, volvió a besarla. Sus labios mordieron los de ella, lamiendo después para suavizar la presión. La mano libre cogió su pierna y la puso sobre su cadera. La fricción entre ambos sexos era directa. Piel con piel.

—Jesús, me encantas, cariño. —Besó su barbilla—. Podría estar así horas y horas, lamiéndote...

Irina soltó una risilla.

—Oh, vamos...

Ella suspiró entrecortadamente cuando sintió un dedo acariciar sus húmedos pliegues, rondando el hinchado clítoris.

Soltó el aire que contenían sus pulmones.

—Dorek... déjame a mí tocarte también...

Volvió a besarla, centrándose en el placer de ella mientras seguía acariciándola.

—Eh...

El teléfono de Irina, que estaba en la mesita, comenzó a vibrar. Ambos se miraron fijamente durante unos segundos. Conscientes de que podía ser una emergencia, pues eran las dos de la madrugada, se estiró para coger el móvil y ver quién llamaba. Era Andrea.

—¿Andrea? ¿Pasa algo?

—Cariño, lamento llamarte a esta hora, pero Taylor se ha caído cuando iba al baño. Están en el hospital. Nosotros vamos para allá.

Alarmada, se incorporó del colchón.

—Pero ¿se encuentra mal?

—Dice que no, pero Kevin ha insistido en llevarla para que la revisen. Ya sabes que Tay es muy dura. Duncan está con Jay, para no despertarlo.

Irina quería ir; Amy estaba dormida y no podía despertarla a esas horas para llevarla con su madre, pero podía quedarse con Dorek. Andrea debió de suponer qué pensaba, ya que volvió a hablar.

—Cariño, no es nada, seguro. Quédate con Amy y yo te avisaré de cualquier cosa, ¿vale?

—Sí, mándame un mensaje. Dile que mañana iré a verla.

Tras colgar, dejó el teléfono en la mesita de noche y se tapó el rostro con los brazos.

—¿Sucede algo? —Unas caricias en el brazo la hicieron relajarse.

—Oh, no es nada... creo. Taylor se ha caído cuando iba al baño. Kevin la ha llevado al hospital.

—¿Es grave? ¿Se ha hecho daño?

—No, creo que no —murmuró preocupada—. Yo también me caí un par de veces estando embarazada de Amy.

—Ven aquí —susurró atrayéndola a su cuerpo—. Creo que sólo necesitas descansar. Estoy seguro de que no ha sido nada grave. Mañana iremos a verla.

Irina sonrió contra su pecho, pensando en lo bien que sonaba aquello. Los dos. Juntos. Parecía que por fin había conseguido lo que siempre había deseado, tener a alguien a su lado.

* * *

—¿Queréis dejar de preguntarme si estoy bien? ¡Claro que lo estoy!

Irina contuvo la risa al ver cómo Amy terminaba de pintarle las uñas de la última mano. Taylor estaba aguantando bastante bien todos los cuidados que tanto los demás como ella le estaban dando. Sobre todo porque Taylor odiaba aquello.

Tras toda una noche de pruebas, los médicos determinaron que tanto Taylor como el bebé se encontraban bien. Tenía unas contusiones en la cadera, pero que no pasarían de unos pequeños morados. Kevin se había

pedido el día libre y la miraba fijamente, con los brazos cruzados. Jay estaba con ellos, aunque, según había podido oír Irina, sus abuelos pasarían a recogerlo para llevárselo a su casa, para que Tay y Kevin descansaran cuando le dieran a ella el alta.

Andrea se había ido hacía apenas unos segundos para volver al trabajo, al igual que Scott. Violette, junto a Duncan, habían quedado en ir un poco más tarde para no agobiarla, y Grace debía de estar a punto de llegar.

Irina sintió unas manos en su cintura que la hicieron sonreír. Calientes y grandes, la estremecían. Para qué mentir, Dorek era tan bueno con las manos y con...

Un beso en el cuello le hizo darse la vuelta.

—Tengo que volver al trabajo; te llamo más tarde, ¿de acuerdo?

Taylor sonreía con picardía. Ella se sonrojó.

—Por supuesto.

Enmarcando su rostro entre las manos y mirando sus labios fijamente, Irina lo besó antes de separarse de él para dejar que se fuese. Miró su trasero dentro de aquel uniforme que llevaba cada vez que iba a la base y apretó los muslos.

Demonios, deseaba tanto pedirle que hiciera realidad su fantasía sexual... Una fantasía que siempre la había acompañado, pero que no había tenido la posibilidad de convertir en realidad. Le gustaba el aspecto dominante que mostraba, su forma de agarrarla, cómo la miraba y...

—¿Ira?

Sacudiendo al cabeza, miró a Taylor. Sus mejillas ardieron.

—¿Sí? —murmuró.

—Acércate, ven, ven. —Hizo un gesto con la mano. Luego miró a Kevin—. Cariño, ¿por qué no le compras algo de beber a los niños? Es más, que vayan contigo y elijan algo.

Kevin frunció el ceño, pero asintió, tras darle un beso en la cabeza. Al irse, Taylor la agarró de la mano.

—¿En qué pensabas cuando le mirabas el culo mientras se iba?

Sonrojada, alzó la cabeza.

—No sé a qué te refieres.

—Sí, a esa mirada que dice que te mueres de ganas de follártelo. No pasa nada, todas lo hacemos con el nuestro. Humm... —Taylor se acarició el vientre delicadamente—. Creo que sé en qué estabas pensando.

—¿Ah..., sí?

—Oh, oh... Dios mío, Ira, eres de las mías por mucho que Andrea diga lo contrario. —Soltó una carcajada.

Deseaba con todas sus fuerzas salir de aquella habitación y poner como excusa que tenía que ir al baño. Hablar sobre aquello la avergonzaba.

—Sí, admito que, cada vez que vamos a hacerlo y lo veo con el uniforme, me encanta. Me vuelve loca. Pero, con o sin él, lo deseo igual.

—Pídele que se lo deje un día. Te dirá que sí. Oh, vamos... Está loco por ti; además, tampoco es que le vayas a pedir dinero ni nada por el estilo. ¿Por qué no dejas de intentar controlarlo todo? Sé mala, suéltate... ¿a que nunca te has echado encima de él? Siempre ha sido él quien ha tomado la iniciativa, seguro. —Taylor se relajó sobre la cama del hospital. Parecía un poco cansada, las ojeras bajo sus ojos la delataban. Bostezando, murmuró—: Mira, me voy a quedar dormida, pero que sepas que yo se lo pido a Kevin. Y mucho.

Asintiendo, le acarició la mano.

—Duérmete, anda.

Irina salió a la puerta pensando en lo que su amiga le había dicho hasta que vio a Kevin volver con Amy y Jay. Agradeciéndole con un gesto que se hubiese llevado a su hija, le señaló con la cabeza la habitación.

—Se ha quedado dormida.

—Ya era hora, no ha parado de hablar en todo el rato. —Irina sonrió. Kevin le acarició un hombro—. ¿Todo bien?

—Sí, todo bien. Voy a llevar a Amy con mi madre y luego me paso a verla de nuevo.

Él asintió, sin dejar de mirarla con sus ojos color zafiro, penetrándola, como si estuviese leyendo en su interior. Esperaba que no.

—Claro, si quieres te mando un mensaje cuando se despierte.

—Te lo agradecería —añadió antes de despedirse.

* * *

Irina había quedado con Dorek en quince minutos y lo tenía todo listo. Había tardado diez minutos en decidirse y... lo iba a hacer. Aparcaría a un lado su timidez, su inseguridad y, aunque se expusiera a recibir un «no» como respuesta, le diría lo que quería. Claro. Alto. Amy se había quedado con su abuela, aunque le había prometido que iría a recogerla para llevarla a cenar fuera. Katherine tenía una cita a las siete y no podía hacerla llegar tarde o hacer esperar al hombre que saldría con ella.

Con una camiseta gris de tirantes, unos pantalones deportivos cortos negros y descalza, se soltó el cabello para que cayera sobre sus hombros como una oscura cascada. Se miró por última vez y asintió.

Llegaría en apenas unos minutos y...

Estaba sonando un móvil. Era el suyo.

Vio el nombre de Bryan en la pantalla y frunció el ceño. Él nunca la llamaba; no tenían mucha relación y apenas intercambiaban unas palabras cuando se veían.

Descolgando, pensó que le preguntaría por Grace.

—Hola, Bryan, ¿va todo bien?

—Hola, Irina. Quería informarte de que a Dorek le han disparado en el hombro izquierdo cuando estaba entrenando con unos principiantes. Se encuentra en...

—¿Qué? Pero ¿está bien? ¿Es de gravedad? Porque... ¿está vi...?

—Sí, sí, ¡demonios! Hace falta algo más que eso para matar a un bicho como Dorek. ¿Quieres que te mande la ubicación al móvil?

—Sí, por favor. Ahora mismo.

—De acuerdo, nos vemos ahora, entonces.

Irina colgó y se quedó con el móvil entre las manos, esperando que vibrara. Un minuto más tarde lo hizo, Bryan le había mandado la dirección. Sin esperar, se puso unos vaqueros oscuros y las primeras zapatillas deportivas que encontró.

Salió de casa y cerró con rapidez antes de montarse en el coche y poner la opción de GPS en su móvil.

Al iniciarse, Irina le dio la vuelta a la llave dentro del contacto y giró la cabeza cuando oyó un ruido sordo proveniente del motor del vehículo. Paralizada, probó dos veces más a poner el motor en marcha antes de darse

por vencida y golpear el volante con los puños, maldiciendo en ruso.

Su móvil comenzó a vibrar.

Cerrando los ojos, cogió aire y esperó varios segundos antes de contestar. Definitivamente no le estaba saliendo nada como había planeado. En primer lugar, Dorek había sufrido un accidente, luego su vehículo no arrancaba y ahora la llamaban, sustituyendo el GPS.

—¿Sí?

—¿Irina? Soy Grace, oye, estaba en casa y...

—¿Grace! No vas a creerte lo que ha pasado. ¿Puedes venir a recogerme a mi casa para acompañarme al hospital?

—Irina... ¿qué ha ocurrido? ¿Por qué hay que ir al hospital? Pero ¿estás bien?

—Sí, sí, es Dorek. ¿Puedes venir y llevarme? El coche, no sé... —Volvió a golpearlo—. No sé qué demonios le pasa, no arranca.

—Tranquila, estaré allí es cinco minutos, ¿de acuerdo?

Suspirando, musitó un pequeño «sí» antes de colgar y salir del vehículo, tras coger el bolso. Apoyada en él, esperó a que apareciera su amiga. ¿Habría sido muy grave ese disparo? Esperaba que no, Bryan al menos no lo había calificado como tal.

Cinco minutos más tarde, vio el coche de Grace. Yendo hacia ella, se montó a toda velocidad y se abrochó el cinturón. La cara de su amiga era un poema. Irina volvió a introducir la dirección en el GPS del móvil y lo colocó apoyado en el salpicadero para que su amiga pudiera ver en todo momento por dónde ir.

—Por favor, vamos aquí.

—Sí, sí, por supuesto —murmuró arrancando—. ¿Qué ha pasado?

—Dorek ha recibido un disparo en el hombro mientras entrenaba con unos principiantes, apenas deben de llevar unos meses en la Marina.

Los ojos de Grace se abrieron por completo.

—Joder, ¿está mal?

—Bryan dice que no, pero quiero verlo de todas formas. Supongo que, si la bala ha salido, no debe de haber problemas.

Grace asintió con lentitud. Luego Irina recordó su historia con el guapo marine y suspiró.

—Lo siento; me llamaste antes de que tuviese tiempo de reaccionar y creo que Andrea no habría podido acompañarme, y menos Taylor. —La modelo se llevó una mano a la cabeza—. Diablos, se me ha olvidado llamarla.

—Está bien, creo que le han dado el alta. —Sonriendo, Grace apagó la radio, donde sonaba una canción nada romántica—. Y no te preocupes por Bryan y por mí, somos adultos. De todas maneras, hace bastante tiempo que no hablamos. Creo que está saliendo con alguien.

Irina frunció el ceño.

—¿Cómo?

—La última vez que lo vi iba en compañía de una mujer. —Se encogió de hombros antes de girar a la izquierda—. Tampoco me importa, ya sabes qué pienso.

Asintiendo, sonrió con sutileza. Definitivamente su amiga era todo lo contrario a ella. Irina no podía verse con alguien y no acabar cogiéndole cariño, ni tener sentimientos por esa persona. Más bien era todo lo contrario, pues odiaba lo rápido que acababa encaprichada, sobre todo cuando esa relación tenía pinta de no ir a ninguna parte.

Unos quince minutos más tarde, Irina pagó, a pesar de las protestas de Grace, por aparcar y se bajó a toda prisa, sin esperarla. Su amiga intentaba seguir su paso.

—¡Espera! ¿Quieres dejar de ir tan rápido? Por Dios, Ira...

—Lo sé, sé lo que estás pensando, pero necesito verlo —gritó para que la oyese.

—Al menos... ¡ten cuidado! ¡¡¡Cuidado con ese coche!!! —chilló alarmada.

Irina se giró para mirar hacia la izquierda. Un todoterreno gris la arrolló sin demasiada fuerza, debido a la poca velocidad que llevaba, y ella acabó tendida sobre el asfalto. Quizá acababa de salir del aparcamiento, cosa que agradecía. Simultáneamente ocurrieron varias cosas. La ensordeció el sonido del claxon del coche, oyó el grito de su amiga y notó el golpe de su cabeza al impactar contra el suelo. Gimiendo, intentó incorporarse... pero todo empezó a dar vueltas a su alrededor.

—Oh... qué dolor...

—¡Ira! —Grace impidió que se levantase—. ¡Llamad a alguien! ¡En el hospital! Ira, ¿se puede saber qué cojones haces? Deja de actuar como una adolescente. Nadie se va a llevar a Dorek del hospital, cálmate.

Avergonzada, intentó incorporarse de nuevo cuando la voz de un paramédico llegó hasta ella.

—Espera, hemos pedido una camilla que ya está en camino y te pasaremos al interior. Mírame, ¿cuántos dedos ves? —Irina puso los ojos en blanco—. Por favor, respóndeme...

—Me encuentro...

—Responde, Ira. Deja de pensar en los demás. Ahora se trata de ti.

Tras contestar a las preguntas del paramédico, rápidamente se vio colocada sobre una camilla que la llevó hacia el interior.

Con los ojos cerrados, sintió escozor en uno de los costados. Se recriminó ser tan inconsciente... tenía una niña, una hija. En vez de andar corriendo detrás de alguien, debía dedicarle todo su tiempo a Amy y no arriesgar su vida de aquella forma, estúpida y absurda.

Cuando su madre se enterase... Sus mejillas se tiñeron completamente de rojo.

CAPÍTULO 9

Irina se hizo unas cuantas pruebas a regañadientes y le limpiaron las superficiales heridas. Sentía un persistente dolor en uno de los costados, por lo que se tomó un antiinflamatorio. Tras ello, tuvo que aguantar la cara de enfado de Grace, quien aceptó no decirles a las demás lo que había sucedido... sobre todo porque era vergonzoso. Firmó unos papeles y pudo escapar de aquellos pares de ojos que insistían en que se quedara sentada por unas horas.

Tras saber el número de la habitación donde se encontraba Dorek, fue con Grace.

Después de llamar a la puerta, Grace abrió y dejó que pasara ella antes.

Los dorados ojos del polaco impactaron contra ella. Brillaron como dos monedas de oro fundido. Sonriendo, fue con lentitud hacia él.

Intentó no reírse cuando él abrió los brazos, rodeándola con suavidad y cierta rigidez.

—Me habías asustado —murmuró con el rostro en su pecho, lejos de la venda que cubría el hombro izquierdo. Aquella posición era algo incómoda para ella, pues sentía cierto ardor en las heridas.

—No ha sido nada, es una herida limpia. La bala salió.

—Sí, has tenido suerte en ese sentido —intervino Bryan por primera vez.

Irina se incorporó para saludarlo. Vio cómo éste miraba a Grace, sonriendo con cierta tensión, y se acercaba a ella.

—¿Te apetece tomar algo? No lo he dejado solo ni un momento y tengo sed.

Grace asintió, mirando a Irina con una sonrisa.

—Por supuesto. Ahora volvemos.

Quedándose a solas, Dorek frunció el ceño y la miró una y otra vez de arriba abajo. Ira se sonrojó. Su cara presentaba unos pequeños arañazos, su camiseta parecía haber sido cortada con unas tijeras por el borde y sus pantalones... Debía de tener una pinta horrible.

—Yo...

—¿Qué te ha pasado? —susurró cogiendo su mano y atrayéndola a él. Mirando hacia el suelo, suspiró.

—Al salir del coche en el parking del hospital y dirigirme hacia aquí, iba tan acelerada que no vi un coche y éste me arrolló. Nada grave, apenas acababa de arrancar.

—Cariño...

—Ha sido un accidente, de verdad. No tiene sentido que te preocupes, porque no tengo nada. Me han hecho un montón de pruebas desde entonces, ése es el motivo de que no haya venido antes a verte. —Sonrió—. Grace me ha tenido que traer, mi coche no arrancaba. No sabes el susto que me ha dado.

—Ten más cuidado la próxima vez, ¿vale?

Irina asintió antes de agacharse y besarlo, disfrutando del suave y caliente tacto masculino. Un potente escalofrío le recorrió la espalda, llegando a todas las extremidades de su cuerpo. Ansiaba tanto... tocarlo, besarlo, saborear cada parte de su cuerpo.

—Conozco esa mirada. —La voz de Dorek sonó ronca—. Sé en qué estás pensando. —Irina lo miró con los ojos completamente abiertos, sintiendo calor... y no sólo en las mejillas. Sus pezones estaban duros como dos guijarros contra el sujetador. Ansiaba que los acariciara, que se los metiera en la boca y jugara con ellos, como hacía siempre que la desnudaba—. Quieres que te bese, que meta mis manos por dentro de tu camiseta y te acaricie, ¿verdad? Ven aquí, cariño, siéntate en mi regazo.

Irina se rio y se separó, huyendo de sus manos.

—Definitivamente no, no aquí —murmuró mirándolo fijamente.

—Ven.

La orden en su voz, oscura y ronca, fue como una dulce cosquilla en su clítoris. Demonios, odiaba sentirse así.

—Para estar convaleciente, sigues muy mandón.

A pesar de sus palabras, se estaba acercando, y él la había agarrado con suavidad del cuello, atrayéndola a su rostro. Irina observó el vello incipiente, de color arena mojada, salpicando la mandíbula. Lo acarició con las yemas de los dedos, provocando un suave gruñido proveniente de su pecho.

Subió las manos hasta el pelo rubio y lo acarició también. A Dorek le encantaba que hiciera aquello, sobre todo cuando estaban tumbados en una cama.

—Me matas, cariño. Me encanta.

—Lo sé —musitó alzando las comisuras de la boca—. Lo haré siempre que quieras.

Dorek abrió los ojos y la miró fijamente, con el rostro desprovisto de cualquier rastro de humor.

—¿Siempre?

Cogiendo aire, observó detenidamente el rostro masculino. Su corazón dio un vuelco.

—Siempre.

—Eso no se acerca ni siquiera un mínimo a todo el tiempo que quiero pasar a tu lado —añadió él, cogiendo una de sus manos y atrayéndola hacia sus labios.

* * *

Irina desconocía si entre Grace y Bryan había sucedido algo el día que se volvieron a encontrar en aquel hospital, pero tenía claro que algo había cambiado entre ellos; eso pensaba en la pequeña fiesta que su amiga había organizado para celebrar la presentación de su nuevo libro. Tampoco había hablado de eso con Grace, pues ésta siempre evitaba el asunto y acababa sacando algún tema que provocara que Taylor saltara para que no hubiese oportunidad de volver a preguntarle sobre ello.

Miró el libro que tenía entre sus manos y sonrió. La portada era de lo más sugerente, se dijo sonriendo. La figura de una mujer iluminada por la luz lunar que entraba por una ventana. Dorek había ido con ella, pues tenía el día libre. La relación entre ambos cada vez iba mejor, se estaba afianzando; era estable, apasionada y muy cariñosa, todo lo que siempre había querido tener.

Poco a poco, Irina estaba reforzando los lazos afectivos con su padre, así que permitió que éste hiciera una sesión de Skype con Amy. Su hija se había mostrado muy feliz al saber de la existencia de su abuelo, y le preguntó qué armas sabía utilizar y si pensaba invitarla a Rusia. Azorada, Irina se mantuvo recelosa, pero la esposa de su padre apareció por detrás, con una enorme sonrisa, y las invitó a ir cuando quisieran. Al parecer, Irina tenía tres hermanastras, fruto de la relación de su padre con Svetlana: Katerina, Olga y Galina. Las tres estaban emocionadas con la idea de conocerla y ella prometió que iría un día a verlas.

Mientras cogía una copa de vino, observó la cantidad de lectores que tenía su amiga... desde adolescentes hasta señoras mayores de setenta años. Muchísimas personas habían acudido a la firma de ejemplares, excitadas ante la experiencia de conocer por fin a la autora que conseguía enamorarlas con sus historias. Grace no había mostrado estar nerviosa en ningún momento.

Una mano en la cintura de Ira la sacó de su ensimismamiento, encontrándose con Dorek.

—¿Todo bien?

—Sí, estaba pensando, sorprendida, en la cantidad de gente que ha asistido. ¿Taylor se acaba de ir?

—Sí, se encontraba un poco mareada; Kevin insistió.

—¿Y Andrea?

—Ahí —murmuró cerca de su oído, señalándola. La susodicha estaba con Scott, apoyada en su pecho mientras leía en voz baja en una esquina. Scott jugaba con un mechón de su largo cabello castaño claro. Ella estaba sonrojada—. Se lo están pasando de maravilla... justo lo que deberíamos hacer nosotros.

Humedeciéndose los labios, Irina asintió varias veces. Un par de días después de que a Dorek lo dispararan, los médicos no vieron razón alguna para que continuara allí. Sí, desde entonces se habían acostado, pero desde luego ella tenía cuidado de no hacerle daño. «Control», ésa era la palabra. Todo lo controlaba al máximo para no...

—Deja de pensar. —Un beso en su frente la relajó por completo.

Clavando sus ojos en él, se estiró para besarlo.

—Gracias por acompañarme.

—No tienes por qué dármelas. La presentación me ha parecido muy interesante — dijo apretándola contra él—. Grace es... diferente. ¿Sabes?, por mucho que ella lo intente, no creo que sea fría ni indiferente a nadie.

Irina frunció el ceño y buscó con la mirada a su amiga, pero no la encontró. ¿Dónde estaba? Pocos segundos antes la había tenido delante.

—Pues... no lo sé. Es un enigma —añadió convencida—. Nunca quiere hablar de sentimientos o de su vida amorosa, a no ser que sea del pasado.

La triste sonrisa de Dorek la desconcertó.

—Porque tiene miedo del futuro, de lo que no puede controlar.

La empatía que él demostraba, aun sin tener la relación tan estrecha que ambas compartían, la hizo sentir culpable. Siempre la había visto como a una mujer que prefería estar sola por comodidad, porque simplemente no quería tener a nadie a quien atarse. Sin embargo, realmente el motivo podía ser porque no estaba preparada o temía no poder controlar... lo que pasara.

La cara de Irina debió de ser muy expresiva, mostrando lo mal que se sentía, ya que él volvió a besarla y sonrió.

—No es nada, quizá necesite tiempo antes de contarte el porqué.

Asintiendo, se prometió que al día siguiente, sin falta, hablaría con ella... o lo intentaría. Grace era muy reservada sobre los asuntos que no quería tratar, tan reservada que huía.

* * *

Grace mordió con fuerza el hombro de Bryan, agarrándose a su espalda y clavando las uñas cada vez que él entraba y salía de ella, rozando su hinchado clítoris con el hueso de la pelvis. Él tenía una mano en su estrecha cintura para marcar el ritmo, otra en su cabello. Dio un tirón para atrás en éste, obligándola a mirarlo a los ojos.

Azules, como un cielo primaveral.

Él dejó de moverse y ella intentó que siguiese, apretándose a él.

—Continúa —gimió frustrada, haciendo un esfuerzo para no quedarse hechizada por aquellos fuertes hombros, los grandes brazos y el marcado torso, productos de un arduo entrenamiento militar. Estaba cubierto por una película de sudor, ambos encerrados en los baños de aquel local que Grace había alquilado para la presentación de su libro.

No sabía cómo se había enterado Bryan. Ella no lo había avisado.

En un momento dado de la presentación estaba hablando del erotismo y del poder que podía transmitirse a través de la escritura cuando sintió unos ojos clavados en ella, con fuerza, ardientes y amenazadores. Al mirar hacia el fondo de la sala, apoyado en una columna y casi a oscuras, lo descubrió. Camisa de cuadros y, debajo, una camiseta blanca que remarcaba su espectacular figura, además de unos vaqueros que ocultaban sus largas piernas... Estaba allí, observándola mientras ella se humedecía, mientras hablaba de sexo y se imaginaba todo lo que le haría, y todo lo que ella le haría a él. Su editora estaba situada a su lado, asintiendo por la fuerza de sus palabras...

Si hubiese sabido que ella no estaba allí... no espiritualmente hablando.

Deseaba tanto derretirse entre las enormes y trabajadas manos de Bryan... Recordaba cómo la acariciaba, como si fuera la mujer más deseable del mundo, pero, al mismo tiempo, le costaba controlar sus pensamientos, sus reacciones... sus sentimientos hacia él.

—Muévete —casi le suplicó, sintiendo cómo se alejaba el orgasmo que había estado cerca de conseguir.

—No pienso hacerlo hasta saber a qué demonios estás jugando, Grace.

La mano de la cintura fue subiendo hasta uno de sus pechos. Pellizcó el pezón para luego hacerle una suave caricia. Respirando entrecortadamente, descendió por su cuerpo hasta clavar la vista donde se unían, en lo cerca que estaban.

Sentía su polla dentro de ella y... la estaba sacando de su interior. ¡Demonios, eso no pensaba permitirlo! Agarrándose a su cuello, lo abrazó con las piernas y le dio un tirón de pelo. Él gruñó. Sus ojos estaban oscurecidos.

—No sé a qué te refieres, pero como no me folles...

—Follar. Eso es lo que quieres. Follar —murmuró con desprecio.

—No sirvo para nada más —soltó inesperadamente.

Grace cerró los ojos y maldijo el no poder contener su lengua cuando estaba enfadada. Su cuerpo se había enfriado por completo. Quería irse a su casa, esconderse, volver al pasado y...

Bryan le había agarrado la barbilla con suavidad e intentaba que alzara la cabeza. Apretó los dientes.

—¿Por qué dices eso, Grace? —preguntó con suavidad—. Eso no es verdad.

—Ahora mismo no importa. —¿Por qué su voz temblaba tanto?, se preguntó, odiándola más y más cada segundo que pasaba—. ¿Podemos continuar? Si no, me gustaría marcharme a tomarme tres o cuatro copas. Estoy mareada.

Lo que ocurrió a continuación la dejó sin aliento. La estaba besando con fuerza, mordisqueando su boca, acariciando con su lengua la de ella... y moviéndose. Sus movimientos no eran tan fuertes, sino más pausados, como si... como si sintiera algo por ella. Notaba su pene acariciando sus labios, entrando y saliendo mientras frotaba el punto más sensible de su sexo.

Cerrando los ojos, respondió al beso, bajando por una vez la coraza que se había fabricado, sintiendo algo cálido y penetrante en su interior... Sintiendo.

—Oh, Bryan... —susurró contra él.

—Deja de alejarte de mí, Grace. —Entró con más fuerza en ella—. Deja de alejarte de mí —repitió antes de salir casi por completo, dejando sólo el glande dentro.

Sin responder, dejó que su cuerpo llegara al ansiado clímax, experimentando una corriente caliente y electrizante que la invadió por completo. Su sexo apretaba el miembro masculino con fuerza, en espasmos que ambos sentían. Bryan acalló sus gemidos con su propia boca, apretándose a ella, sintiendo cómo presionaba sus pechos y el olor fresco masculino la rodeaba.

Una última embestida le hizo saber que él acababa de correrse.

Acarició la ancha espalda del marine, lo apretó con fuerza antes de dejarse caer, mientras él la sujetaba.

Aterrorizada, notó cómo él la abrazaba, dejaba besos por su cuello, pecho y labios. No, no... definitivamente no. Ella no quería sentir nada. Se divertía sin querer saber nada más del sexo masculino. No deseaba tener hijos, no anhelaba casarse y no quería compartir su vida con un hombre.

Humedeciéndose los labios, cogió aire entrecortadamente.

—Nena, estás temblando. —Bryan se separó apenas unos centímetros para mirarla—. ¿Qué te ocurre?

No quería hablar. Es más, no creía poder decir una sola palabra.

—Yo... Creo que debería volver a la presentación, ¿de acuerdo?

No, él no estaba de acuerdo y podía verlo en sus ojos. Pero quizá la desesperación que vio en ella le hizo asentir y separarse con cuidado, tendiéndole su ropa. Mientras se vestía y le daba la espalda, incapaz de aguantar su mirada inquisidora, se miró en el espejo y pensó que nunca antes había estado tan desaliñada... y perdida.

De reojo observó cómo él se vestía también. Joder, lo deseaba tanto, le gustaba tanto...

Bryan se estaba colocando el cinturón y, al terminar, la miró.

—Gracias por venir a la presentación, espero que la hayas disfrutado. Hasta luego —musitó mientras quitaba el pestillo.

—Un día dejarás de huir, Grace. —Ella se quedó paralizada, dándole la espalda—. Pienso llegar hasta el fondo de este asunto. Me gustas, y no voy a rendirme. No eres tan fría como quieres aparentar. Lo sé. Eres cálida, apasionada y, aunque odias admitirlo, te gusta la sensación de estar entre mis brazos, conmigo. Te aseguro que acabarás admitiéndolo.

Mordiéndose los labios, cogió aire y se fue. Las piernas le pesaban toneladas.

Sí, estaba huyendo... otra vez.

CAPÍTULO 10

Una semana más tarde

«Déjate llevar. Sé tú misma. Guarda la inseguridad, saca el lado más oscuro de ti...»

Irina puso los ojos en blanco. Definitivamente el plan que tenía entre manos no era difícil; estaba esperando a que Dorek llegara a su casa del trabajo. Amy se había ido con su madre de compras, por lo que... tendrían unas horas por delante para disfrutar el uno del otro. Algo que ocurría en contadas ocasiones.

Acaba de darse una ducha, por lo que no se había puesto más que unas braguitas, una falda gris, un sujetador y una camiseta blanca de tirantes. Todo fácil de quitar.

Porque ése era su plan... pensaba ser mala. Pretendía estar completamente desnuda, para hacer realidad su fantasía con Dorek, el hombre del que estaba enamorada y en el que podía confiar. Él nunca se reiría de ella... ni de sus fantasías sexuales.

Tumbándose en la cama, miró el techo y se preguntó cómo era posible que su vida hubiese cambiado tanto tan rápidamente. Su táctica, en un principio, había sido esquivarlo, ignorarlo, pero se alegraba de que todo hubiese sido diferente. Definitivamente, estar con él era como un chute de energía, disfrutar de sus bromas, de su cariño... compartiendo su tiempo libre.

Rodando en la cama, sintió que sus párpados se cerraban.

En verdad, si lo pensaba bien, podía incluso echarse una pequeña siesta y...

Alguien la estaba moviendo con suavidad, por el brazo... ¿qué...? Parpadeando, Irina abrió los ojos con dificultad y se encontró a Dorek inclinado sobre ella, sonriendo. Frunciendo el ceño, bostezó.

—Yo... ¿Me he quedado dormida? —murmuró con voz pastosa.

—Parece que sí —contestó con una franca sonrisa, colocándose en la cama con la espalda apoyada en el cabecero. Luego la cogió y la colocó en su regazo—. Te has quedado roque, cariño.

Bostezando, se abrazó a su cuello.

—Cada vez queda más claro que no soy una chica mala —susurró cerrando los ojos.

El pecho de Dorek vibró por la risa contenida.

—¿Chica mala?

—Humm... Chica mala. —Irina abrió los ojos—. Maldición, joder...

—Vaya, parece que Taylor ha conseguido lo que siempre ha querido, que digas palabrotas. —Dándole la vuelta, la colocó a horcajadas sobre él. Irina se removió hasta sentir entre sus piernas el pene de Dorek. Al mirarlo, vio sus ojos oscurecidos—. ¿Irina?

Observó que llevaba el uniforme, no el de gala, sino el casual, el que se ponía a diario para trabajar. Sonriendo ampliamente, se mordió el labio.

—¿Te... apetece?

Él alzó una ceja rubia.

—Si me apetece... ¿qué?

Irina llevó sus manos hasta la bragueta para empezar a frotar el duro miembro masculino, preguntándose si él también habría estado esperando pacientemente que llegase aquel momento del día para estar a solas.

Lo sacó de la bragueta, sin desnudarlo, y, mirándolo a los ojos, comenzó a subir y a bajar con la mano sobre el grueso y caliente tronco, apretando cada vez que tocaba el sonrojado glande. Acercándose a sus labios, lo besó con ternura, apenas un contacto superficial.

Sonriendo, fue a descender por su cuerpo cuando él la agarró del cuello. Capturó su boca en un cálido y cariñoso beso que la derritió, provocando que finalmente acabara frotándose contra su duro miembro una y otra vez, sintiendo cómo la ropa interior se humedecía y su clítoris palpitaba.

—Dorek... déjame hacer algo.

—No —murmuró contra sus labios, capturando el inferior—. Quítate las braguitas y siéntate de nuevo como estás. —Una nalgada la sorprendió... y excitó. Mirándolo con los ojos completamente abiertos, asintió—. Ésa es mi chica.

Haciéndole caso, se quitó la prenda y la tiró a una esquina del cuarto. Volvió a subirse a horcajadas sobre él. Dorek la guio hasta tener su miembro entre sus piernas, anidado, sintiendo el intenso calor que desprendía.

—Puedo sentir lo húmeda que estás, cariño —murmuró contra su cuello, lamiendo y mordisqueando.

Irina se mordió el labio con fuerza. Dorek estaba frotándose contra ella, sobre todo donde más lo necesitaba, con la suavidad y la presión suficientes como para que la hiciera desear más. Sus labios inferiores estaban completamente mojados, y la facilidad con la que sus sexos estaban en contacto resultaba totalmente excitante.

Decidida a darle el placer que él siempre le daba a ella, lo besó por última vez antes de bajar, para colocar el rostro a la altura de su polla. Sonriendo, observó cómo él, tenso, se quedaba callado. Puede que Irina no fuera una gran experta, pero al menos sabía que a él le gustaba, tanto o incluso más que cuando él se lo hacía a ella.

—Hazlo, cariño.

Abriendo la boca, dejó que el glande penetrara en ella. Luego movió la lengua sobre éste repetidas veces, a la vez que oía maldiciones que no conseguía entender. Poco a poco fue introduciéndolo más y más, jugando con la mano con el resto que no lograba meterse en la boca. Comenzó a subir y a bajar con lentitud para luego aumentar el ritmo frenéticamente.

Dorek cerró los ojos y agarró su cabello. Dio un suave tirón.

—Dios, cariño... sigue, vuelve a...

Irina dejó de oírlo, sobre todo cuando sintió que su miembro se hinchaba más y más. Metió las mejillas para adentro, segura de que así lo volvería loco.

Una dura embestida contra su boca se lo confirmó. Volvió a concentrarse en la cabeza del pene, acariciándolo con la lengua, centrándose en la pequeña abertura y... Dorek la retiró con suavidad pero rapidez, se puso rápidamente un preservativo y volvió a sentarla sobre él.

La exactitud de la posición hizo que sintiera de inmediato en la entrada de su vagina su pene, empujando. Moviéndose, se agarró a sus hombros.

—Cielos, Ira, definitivamente me encantan tus...

—Chist —susurró besándolo. Dorek devoró su boca, pegándola a él. Sus manos acariciaron los pechos, sacándolos del sujetador.

Jugó con sus pezones, capturando primero uno y mordisqueándolo para luego lamerlo. La tierna caricia aliviaba la irritación producida por los dientes. Cuando sintió en su cadera presión, haciéndola descender, supo que iba a entrar en ella.

Cogiendo aire, escondió el rostro entre el espacio entre su cuello y su cara, percibiendo cómo entraba centímetro a centímetro, abriéndola.

—Oh... —suspiró.

—Se siente genial, cariño. —Su mano impactó contra las nalgas. Irina gimió—. Sigue bajando.

Haciéndole caso, bajó hasta tocar con los glúteos sus muslos. Estaban completamente unidos. Quedándose quieta, se concentró en las sensaciones... en el sudor de su cuello y espalda, en el olor que desprendía Dorek, en los latidos de su pene en su interior. Sí, él estaba cerca.

Comenzó a moverse despacio, ayudada por él. Besándolo, aumentó el ritmo hasta que sintió que él les daba la vuelta, para quedar encima de ella.

Las embestidas eran paulatinas, entraba y salía de ella con un suave movimiento que daba justo en un punto sensible de su sexo. Los escalofríos le recorrían todo el cuerpo y el hecho de estar vestidos sólo aumentaba las sensaciones, haciendo la situación más animal y frenética.

—Dios mío... —murmuró agarrándose a sus hombros.

Quedándose por completo dentro de ella, le enmarcó el rostro. No tuvo más remedio que mirarlo. Humedeciéndose los labios, hizo un pequeño movimiento con la pelvis.

—Por favor, estoy cerca. Sólo necesito...

La interrumpió, besándola de forma tierna, suave... era un tipo de beso que le daba desde hacía poco... como si... como si ella se estuviese metiendo dentro de él. Respondiéndole, le rodeó el cuello con las manos, acariciando su pelo.

—Te quiero.

Irina abrió los ojos por completo. Sonrojada, se mordió el labio.

—Yo también te quiero, Dorek. —Irina sonrió cuando volvió a besarla. Sí, definitivamente luego iba a tener los labios hinchados, pero no pensaba quejarse. Besarla era la forma más rápida de calentarla, de excitarla... y Dorek lo hacía de maravilla—. Quería decírtelo antes, pero tampoco hemos tenido mucho tiempo.

Oh, sí. Se estaba moviendo otra vez. Su cuerpo respondió con rapidez.

—Yo-o... Hazlo. Sigue, hazlo de nuevo —murmuró.

Estaba acariciando su clítoris, moviéndose en su interior y, además, sentía la respiración en su cuello. Cerrando los ojos con fuerza, dejó que el placer la recorriera por completo. Doblando las rodillas, una última y fuerte embestida terminó por hacerla llegar al orgasmo, soltando un gemido.

Abrazándolo, Irina sintió en su interior que él también había llegado. Relajada de nuevo, cerró los ojos y sonrió cuando unos pequeños besos por su barbilla y por los pechos le pusieron la piel de gallina.

—Me encanta, cariño —susurró.

—Deberíamos darnos una ducha —musitó incorporándose. Luego se quitó el uniforme, mientras Irina observaba atentamente su esculpido cuerpo

Asintiendo, lo completó desnudo y se estiró en la cama, consciente de que él la observaba. Arqueándose, dejó que sus pezones se marcaran contra la camiseta blanca.

—Desnúdame...

—Por supuesto que lo haré —murmuró agarrándola de los muslos. Los abrió por completo, exponiéndola a su hambrienta mirada—, pero, antes, voy a hacer otra cosa.

Sonriendo, Irina pensó en lo magnífica que eran las perspectivas de futuro teniéndolo a él a su lado, y junto a Amy.

BIOGRAFÍA

Emily Delevigne es una escritora española conocida por sus novelas dentro del género romántico adulto. Sus libros han encabezado las listas de más vendidos durante meses. Profesora de Educación primaria especializada en Lengua Extranjera, escribe a la par que toca el piano y disfruta de la vida junto a su familia.

Sus libros publicados hasta el momento son: *El guardián de los vampiros* (2013), *Adicta a Scott* (2014), *Devórame, Kevin* (2015) y *El libro de Skype* (2016).

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:
<http://emilydelevigneautora.blogspot.com.es/> y
<https://www.facebook.com/emily.delevigne.7>

Notas

¹ *Photograph*, Atlantic Records UK, interpretada por Ed Sheeran. (*N. de la e.*)

Una chica mala para Dorek
Emily Delevigne

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Jasminko Ibrakovic / Shutterstock
© fotografía de la autora: archivo de la autora

© Emily Delevigne, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): agosto de 2017

ISBN: 978-84-08-17545-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

